

Amor y martirio

5483

- IBO ALFARO -



860-31

ALF

9

1500

AMOR Y MARTIRIO

860-31

ALF

9

Amor

y martirio

NOVELA ORIGINAL

POR

== I. A. ==



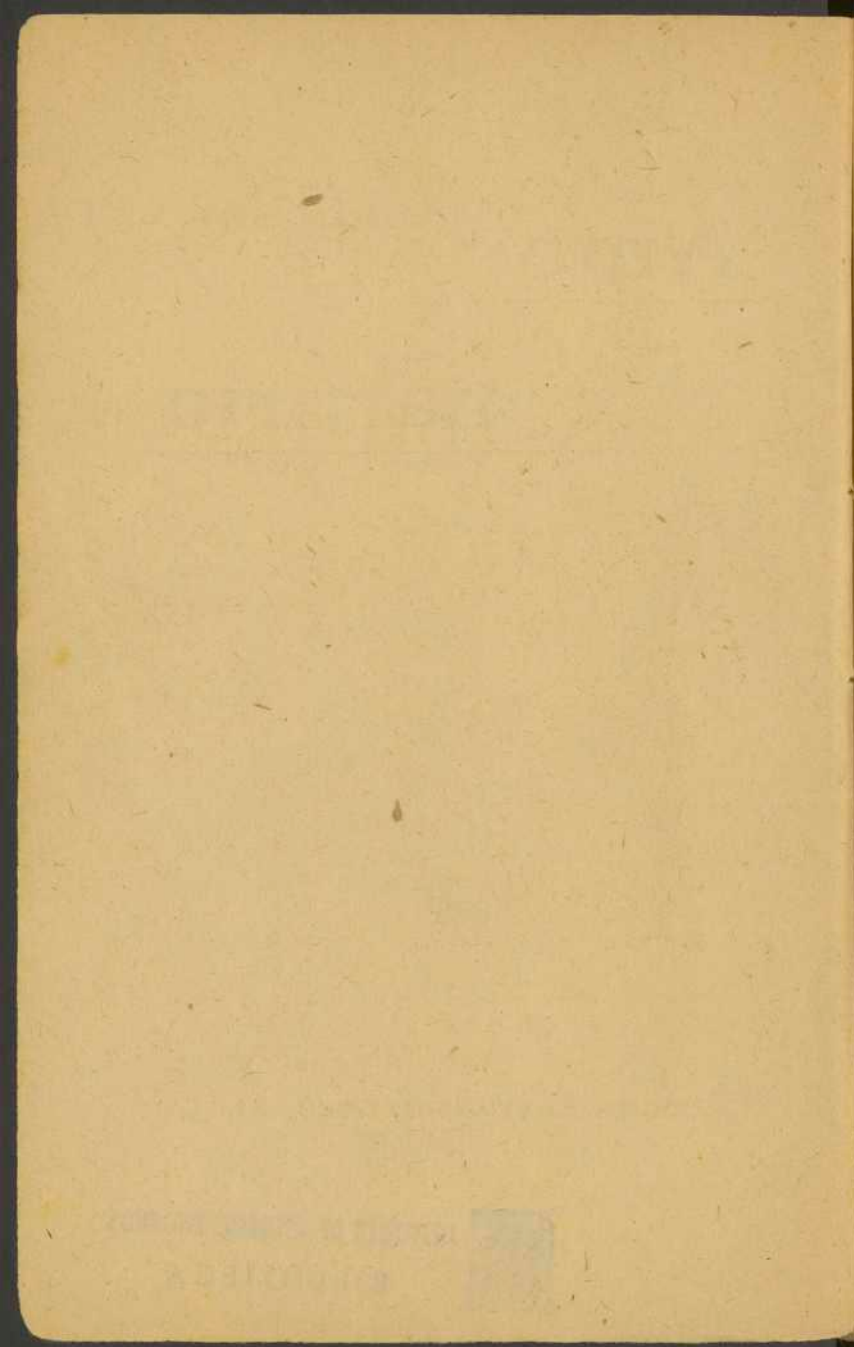
CASA EDITORIAL LEZCANO

♦ Jesús, 10.—BARCELONA ♦

R. 9434



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA



AMOR Y MARTIRIO

Hay siempre algo de locura en el amor; pero también hay siempre algo de razón en la locura.

NIETZCHE.

I

—¡Dios mío! ¡Cuánto has tardado! ¡Si supieras las angustias que me acosan cuando veo que pasan y pasan las horas y tú no vienes!

Juan Antonio contempló la cara de Elvira con amor infinito y profundo agradecimiento; sabía muy bien que le aguardasen con ansiedad y le amasen tanto y tan sin reservas. Así es que sonriendo con dulzura, a tiempo que sacaba de uno de los bolsillos de su chaleco un modestísimo reloj de níquel, dijo:

—Pero, nena mía, si es la misma hora a que vengo siempre... ¡Mira!

La muchacha hizo un gesto delicioso.

—Bueno, sí—dijo—; todos los días llegas con la misma música, con el reloj en la mano, y dices: «¡Mira!...» Pero creo que lo retrasas, porque me parece que siempre llegas tarde.

Juan Antonio había tomado entre las suyas las manos de Elvira y la contemplaba con arrobamiento místico, envolviendo aquel cuerpecito adorable en una mirada cariciosa; sintiendo inagotables anhelos de beber el aliento de aquella boca fresca y sonriente, delicioso panal que se presentaba a su mirada golosa como promesa cierta de infinitos goces...

Elvira no era hermosa como una divinidad pagana; carecía de esos rasgos firmes y voluptuosos que trastornan la cabeza a los sátiros. Era su figurita dulce y débil, esbelta y delgada, y distaba bastante de ser un prodigio de líneas. Blanca, pelinegra, de ojos parleros, negros y brillantes, ojos de andaluz que parecían estar siempre propicios a conjugar con sus miradas el verbo amar, ese verbo viejo y eternamente joven. Agregad a lo dicho, carita delgada, fina, un tantico larga, nariz regular, como otra cualquiera, una línea delicada para las cejas y unos dientes blancos y bien cuidados, y tendréis a Elvira: buena muchacha, inocente, angelical, que se confesaba con frecuencia y que, como la he-

roína de uno de los poemas de nuestro Campoamor, creía sinceramente:

«que Dios suele matar por muchas cosas
por las cuales yo vivo todavía»

y tú también, amable lector, y vosotras lectoras delicadas, y, con nosotros la humanidad entera.

Elvira adoraba a Juan Antonio, le amaba con todos los amores, y aquella adoración y amor tanto se lo tenía él bien merecido, porque era todo un buen mozo, trabajador, estudioso, activo, incansable... Y, a más, ¡le decía las cosas de una manera... con tanta dulzura!... y ¡era tan guapo!...

Ella, huérfana de todo cariño, viviendo en casa de unos tíos, donde más era criada que dueña, estaba falta de ternura, de todos esos cuidados y mimos que tan afanosamente buscan las almas.

Cuando conoció a Juan Antonio y oyó de sus labios ternezas, soñadas y no gustadas, sintió palpar con furia su corazón y en su alma despertaron anhelos desconocidos. Comprendió que, a partir de aquella fecha, su vida empezaba a tener un objeto santo; y sus mejillas se colorearon y encendiéronse sus ojos, adquirieron intenso brillo, acusador del incendio que, dentro de su cuerpecillo adorable y casto de virgen, estallaba. Y le quiso con pasión única, con todos los amores, con todos los arrebatos de las vírgenes que notan que la bendita hora de la realización de los

ensueños ha sonado, y ven llegar una cosa largo tiempo esperada.

Juan Antonio amábala también mucho, mucho, y en sus amores había ternuras y delicadezas de cariño fraternal, arrebatos de amor ferviente.

El, fuerte de cuerpo y vigoroso de espíritu, ella, dulce y débil, completaban un ser perfecto y se sostenían el uno al otro saboreando indefinible placer, siendo la realización del eterno poema de «dos corazones que laten al unísono»...

Juan Antonio estudiaba en Madrid, en la Facultad de Medicina; siendo practicante en el hospital de San Carlos, y ayudante en la consulta de un médico famoso, seguía la carrera con grandes apuros, pero sin desmayos ni vacilaciones, gracias a su voluntad de hierro.

Elvira permanecía en el pueblo, pensando en su Juan Antonio día y noche, y esperaba ansiosa la llegada del verano para volver a verle y pasar las noches en la ventana, haciendo tan locos como venturosos proyectos.

Le escribía con bastante frecuencia, siempre que podía, y sus cartas eran melancólicas como el triste canto del ave enjaulada. Y al recibir las cartas que él le escribía, repitiéndole que la amaba mucho y que siempre la echaba de menos, y poniéndola al corriente de sus esperanzas y proyectos, el tierno corazón de Elvira rebosaba regocijo, y, al quedarse sola por la noche, encerrada en su habitación, leía, releía y besaba con sagrada

frucción aquellos renglones trazados por su muy amado Juan Antonio...

Aunque separados por la ventana, estaban frente a frente, acariciándose con la mirada, apretándose convulsivamente las manos, y dejando escapar por la boca todos esos adjetivos dulces y sabrosos que parecen ser el alimento divino de las almas enamoradas.

—¿Pero es verdad que me quieres tanto como dices?—preguntaba Elvira.

Y al ver el gesto de contrariedad de su amado, apresurábase a añadir:

—Perdona... no pongas ese gesto; ¡es tan grande la felicidad de que gozo, que hasta dudo de si la merezco o no!

—¡Pobre mía! Tú mereces, no sólo mi cariño, sino el de todo el mundo... ¡Eres tan buena, tan angelical, tan divina!—Y cortó su discurso sin saber qué decir, antojándosele poco todo. Ella le escuchaba, atenta, pendiente siempre de sus palabras, con los ojos brillantes que miraban como queriendo penetrar dentro del pensamiento de su amado. Después de un rato de muda contemplación, dijo:

—¡Si vieras, Juan Antonio mío, qué ansiedades paso cuando estás en Madrid! ¡Habrá allí tantas mujeres que valgan más que yo!

Y prosiguió con ingenuidad de niña:

—Siempre creo que te me van a robar, y cuando llega el cartero y no me trae carta tuya, se paraliza mi corazón y se hiela la sangre en mis venas.

—¿Por qué piensas en tales cosas? Ya ves cómo te engañas, hermosa mía. Me tienes aquí otra vez a tu lado, deseando hacer interminables las horas; queriéndote más, si eso es posible, que lo que te quería.

Elvira miraba ardientemente a Juan Antonio, y escuchaba con profunda atención sus palabras, sintiendo un deseo vago de que desapareciera aquella reja que les separaba, y aguardando con afán la llegada de la hermosa hora en que habían de unirse para siempre.

Permanecieron largo rato sin hablarse, porque, cuando son los sentimientos profundísimos, cualquier gesto es más elocuente que un discurso, y un apretón de manos es más significativo que una noche de charla continua. Así pasaban las horas rápidamente para ellos, hasta el punto de que la mayor parte de los días eran sorprendidos por el alba, sin haber tenido tiempo de mirarse bastante ni de decirse todo ese fárrago de cosas que no tienen punto final.

Pero no todo había de convertirse en ternura para ellos; parece que las almas buenas no han traído a la tierra más misión que la de apurar incesantemente angustias, y ya llevaban mucho tiempo contentos Juan Antonio y Elvira, para que el demonio no viniese a ejercer sobre ellos su influjo maléfico.

Elvira, que parecía aquella noche menos alegre que otras veces volvió a preguntar:

—Pero, ¿de verdad, de verdad me quieres?

—¿Y tú me lo preguntas?—interrogó Juan Antonio mirándola con pasión infinita.

—¿Y por nada, por nada me dejarías?—prosiguió la niña.

—¿No te lo he dicho ya mil veces?

—¿Y cuándo acabes la carrera, me llevarás a todas partes?

—A todas.

—¡Qué bueno eres!

Calló y siguió contemplándole con infinito amor. Pero había en su interesante cara expresión tal de disgusto, que no pudo pasar inadvertida para Juan Antonio.

—A tí te pasa algo, nena mía; no te encuentro como otras noches; estás triste y no tienes motivo alguno para estarlo.

Elvira suspiró tristemente. ¡Dios piadoso! ¡Que no tenía motivo!... Pero quería ocultar su dolor y sus tribulaciones, y procuró sonreír para alejar sospechas.

—¡Qué tonto eres!—se atrevió a decir—. No sé por qué has de figurarte que pueda sucederme algo, cuando, ya ves, estoy bien tranquila, y contenta de estar a tu lado.

Había en sus palabras tal dejo de amargura, que Juan Antonio ne pudo contenerse y se apresuró a decirle reconviéndola con dulzura:

—¿Lo ves? No eres franca conmigo; no me dices las cosas como yo a tí, y es porque no me quieres tanto como te quiero.

¡Qué dijo? Aquello sí que era demasiado. ¡Dudar de ella, de su cariño; de aquel amor profundísimo y arraigado que no podría qui-

tarle nadie ni con la vida!... ¡Oh, la duda era la peor de las crueldades!

Y prorrumpió en llanto, y los amargos sollozos llegaban al corazón del sorprendido amante, como manos de bronce que le estrujaran con furor de fiera hambrienta.

—¡Elvira; por Dios! ¿Qué te pasa? Habla, habla y cuéntamelo todo, que por terrible que ello sea, no ha de ser tan angustioso como la duda.

Reinó profundísimo silencio.

De vez en cuando oíase allá en la lejanía el ladrido de algún perro vigilante, el canto de un gallo o los ligeros pasos de algún transeúnte trasnochador que buscaba a toda prisa su casa.

En el solemne reposo de la naturaleza dormida, la noche avanzaba majestuosamente cubriendo con su manto de estrellas las tenebrosidades del mundo.

Lentamente volvía la calma al corazón de Elvira; Juan Antonio arrullaba a su oído palabras dulcísimas de consuelo. Luego, al ver que la contemplaba con los ojos muy abiertos, tan acongojado y compungido como ella, dejándose llevar de un arrebató de infinita ternura le pasó la mano suavemente por la cara.

—¡Te quiero tanto... tanto...!—le dijo.

Aunque gustaba mucho de tan suaves caricias, Juan Antonio no podía conformarse con ellas; necesitaba una explicación; quería saber la causa del sufrimiento de la adorable niña. El instinto le hizo ver un peligro gran-

de, y para luchar contra él era indispensable saber dónde estaba el peligro.

¿Qué había pasado? ¿Cuál era la causa de aflicción tan profunda?

Preguntó cariñoso y enérgico; quería saber de una vez por qué Elvira sufría; él no podría tolerar que la martirizaran... Que le contaran la más aflictiva historia; que le dijese los mayores horrores del mundo, pero que supiese que Elvira estaba contenta, y nada le apuraría. Mas verla así, desolada, llorosa, sin saber por qué, sin poderla evitar una lágrima, sólo una lágrima... ¡Aquello clamaba al cielo! Y tanto dijo, y tal energía desplegó, y fueron tales sus ruegos, que Elvira tuvo que rendirse y se decidió a hablar.

—¡Me han dicho unas cosas!...

—¿Quién y qué cosas son esas?

—¡Jesús, no te pongas así, me asustas!...

—Es que quiero saber, y saber pronto.

—Dicen que eres muy malo.

—¡Malo yo! ¿Y por qué?

—Porque no vas a misa.

—¡Imbéciles!

Había en sus palabras desprecio profundísimo.

Elvira prosiguió.

—Y que un hombre como tú, sin religión, no puede quererme sino con perfidia y engaño porque los descreídos tienen que ser necesariamente malos y engañadores, ya que, para ser bueno, hay que creer en Dios.

Juan Antonio apretaba convulsivamente los

barrotes de la reja, con deseos de estrujar, de hacer daño, de herir, de destrozar.

—¡ Creer en Dios!—dijo—. Bien, sí, conformes; creer en El, pero no en otras cosas. Ya sabes cómo concibo yo a mi Dios, a nuestro Dios, y no ignoras que es grande, inmenso, colosal, la idea que de El tengo. Me parece profanación y sacrilegio el sólo intento de emplear mis pobres palabras para definirle. Creo en El, pero no le rezo nunca; no le importuno pidiéndole, con mosconeos insoportables, bienes perdurables. En cambio le acaricio constantemente con la imaginación, y tanto le reverencio que creo llevarle siempre dentro de mí. Y no necesito pedirle mercedes para sentir hacia él adoración infinita.

—Pero no practicas, ni te confiesas ni vas a la iglesia, y con eso haces creer a la gente que tu condenación es cierta, o, mejor dicho, das pábulo a que se hable de ti.

—¡ Hipócritas! ¡ Necios! No saben que se debe adorar a Dios sobre los montes y no metidos en esas mazmorras de sus iglesias. La oración debe ser individual y sincera, a cielo descubierto, donde el eco de las palabras, perdido en el espacio, vaya a buscar a ese Ser misterioso y divino, cuyo sagrado aliento lo vivifica y renueva todo.

Juan Antonio se había exaltado; muchas cosas se le venían a la boca que no hubiera podido expresar sino con palabras duras, agrias, mordientes, brutales. Deseaba hacer juicio exactísimo de todo aquello, y sin em-

bajes, exteriorizar cuanto sentía. Pero amaba muchísimo, con todas las fuerzas de su cuerpo poderoso y todas las energías de su alma, a Elvira, y la desgraciada virgen estaba allí presente: conforme con que él no practicase ni comulgase en una religión en que ella comulgaba, porque su alma inmaculada la creía buena; pero él no quería maltratarla, por estar convencido de que las creencias religiosas, cuando son tenidas con fe y practicadas con pureza, como todas las de la conciencia, deben respetarse siempre.

Pero estaba muy lejos de conformarse con que los demás no tuvieran para con él, igual piadosa tolerancia, y le indignaba verse calumniado por el mero hecho de no ir a arrodillarse a los pies de un confesor; de un sacerdote que probablemente desconocería la vida, no alcanzándosele nada o alcanzándosele muy poco de las pasiones que agitan a los mortales en la lucha tremenda que tienen que sostener, resultando, por consiguiente, inútil aquél para guiar a toda persona de acertada dirección y buen consejo.

A más—y ésta era la verdadera causa de su retraimiento religioso—, no podía estar conforme con aquella religión acomodaticia para unos y enervante para los más, toda vez que recomienda el martirio y aniquilamiento del cuerpo por la penitencia, y el rebajamiento del espíritu por una humildad absoluta.

Había necesidad de pensar y creer en otras cosas, más sagradas y más en armonía con lo que se debe a la humanidad doliente, y

para él no era delito pensar y creer en ellas. Y, sobre todo—y aquí estaba la causa de su justísima indignación—¿qué mal hizo él a nadie? ¿Ocupábase acaso de otra cosa que no fuesen sus libros, y sus amores?

Tenía la certeza de que aquél su amor ferviente hacia Elvira, le redimía y le salvaba, como en otro tiempo, por un amor inconmensurable como el suyo, se había redimido y salvado la mujer de Magdala.

Porque el amor, que es fuego intensísimo, purifica y redime.

No quiso contestar a las últimas palabras de Elvira, porque no encontró medios hábiles, ni frases que sonasen sin herir el corazón de su amada; pero la miró con expresión de tan inmensa angustia, que la joven sintió hacia él esa ternura infinita, que invade el pecho ante los seres muy amados que sufren. Y, sin fuerzas para contenerse, volvió a pasarle la suave y delicada mano por la cara mientras decía:

—Pero, no te aflijas, ¡tonto! ¡Si yo no creo nada de lo que dicen! ¡Si yo te quiero con toda mi alma y de igual manera te querré siempre!...

Juan Antonio besó aquella mano con veneración y cariño inconmensurables.

Elvira agregó:

—No quiero verte así, ¿oyes? No quiero verte así.

—Me verás contento puesto que lo quieres, pero antes necesito verte contenta y quiero

saber lo que de mí te dijeron y que tanto te hizo sufrir.

—Bien, sí; te lo confesaré todo, pero me has de prometer no exaltarte.

—Prometido.

—Pues... me han dicho (asegurando que me lo decían por mi bien, y eso que me han partido el corazón), que tú llevas en Madrid una vida arrastrada y licenciosa, verdadera vida de granuja... ¡No te pongas así!—agregó viendo la expresión sombría que se pintaba en la cara de su amado—: ¡Si yo no lo creo!

Titubeó un momento, y como notase que Juan Antonio seguía en silencio repuso:

—Y dicen también... Dicen que tienes una **amiga**, una mujer muy hermosa, de esas que trastornan el juicio a los hombres de bien... y que vives con ella.

Los dientes de Juan Antonio rechinaron; fijó su mirada penetrante en la angelical muchacha y no despegó los labios. La calumnia era tan burda y con tal mal arte urdida que no pensó siquiera en defenderse. Después de guardar silencio mucho rato se atrevió a preguntar, apretando los puños con ira:

—Y tú ¿creíste eso?

—¡Oh, no, no!—se apresuró a decir Elvira; creo que es una mentira horrible que inventó el mismo demonio para hacerme sufrir.

Dijo esto precipitadamente, como si sintiese en su pecho toda la indignación que Juan Antonio sentía.

Luego, como si sus energías todas se hu-

biesen acumulado en un esfuerzo titánico, prorrumpió en sollozos amarguísimos. Había dejado colgar los brazos con abandono a lo largo de su cuerpo y permanecía con la cabeza baja, como azucena tronchada por huracán violento, anquilada por el golpe fatal que habíala tornado triste y sombría.

A la desesperación rabiosa de Juan Antonio, sucedió un estado de apocamiento y depresión que parecía aplastado. Luego, rehaciéndose enérgicamente, analizó la situación en que las circunstancias le colocaban y no le pareció tan alarmante como al principio.

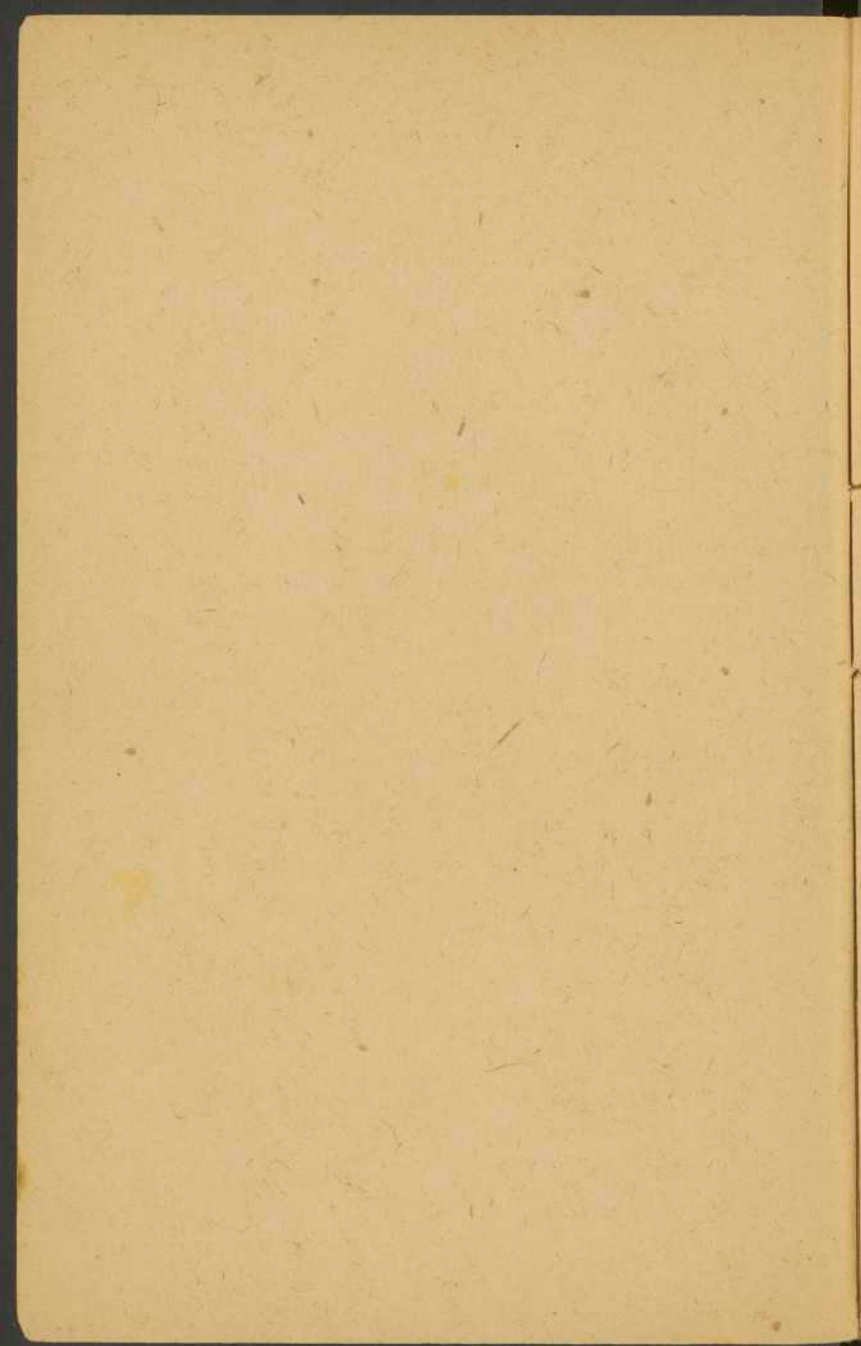
Entonces, guiado de un sentimiento sublime de infinita piedad, empleó todos sus esfuerzos en consolar a la enamorada virgen que lloraba.

Poco á poco fueron tranquilizándose, y hablaron largamente de amor.

La noche avanzaba majestuosamente envuelta en su primoroso manto bordado de estrellas. Los ruidos misteriosos del campo llegaban a ellos como armonías lejanas; el pueblecito, yacía dormido mansamente sobre el pintoresco valle. La torre de la iglesia, simpática huella que en aquel lugar había dejado la civilización árabe, se alzaba, gallarda y altiva, como silencioso centinela, confundiendo su veleta con el fondo purísimo que el cielo daba a aquel cuadro tranquilo, rebosante de poesía. Las lechuzas, revoloteando alrededor de las altas cúpulas del templo, lanzaban al aire su sordo grito... Y ¡cosa rara! Jamás los amantes se fijaron en aquel

canto lúgubre y tétrico, preñado, según preocupación popular, de tristes presagios, y aquella noche pararon su atención en él, y se estremecieron y temblaron, sin poderlo evitar. Pero ninguno se atrevió a manifestar el sobresalto que el agorero grito de la lechuza les produjo.

Creían que, indudablemente, el canto pavoroso del ave nocturna, les auguraba desgracias horribles que el tiempo se encargaría de llevarlas en sus horas de dolor. El sufrimiento iniciado podía acabar en tormento irresistible. La primera nube que se presentaba en el cielo de sus puros amores, tenía negruras alarmantes de tormenta.



II

Don Gumersindo Colmenares era un hombrecillo raquítico y encanijado, tan corto de talla como larguísimo de mala intención. Su piel, parecida a pergamino viejo, extremadamente arrugado, dábale a su cara aspecto de grotesca y repugnante careta. Usaba bigote, que como era muy espeso y se lo recortaba con mucha frecuencia, tenía la aspereza de un cepillo fuerte. El labio inferior, único que alcanzaba a vérselo, porque el superior permanecía eternamente ocultado bajo el montaraz bigote, era delgado y blancuzco; la sangre llegaba a aquel lugar de su cuerpo, débil y perezosamente, como si tuviera reparo y sintiese vergüenza de animar aquella bo-

ca. Dotado por la naturaleza de ojillos vivos como los del ratón, y penetrantes como afiladas lanzas, su mirada parecía escudriñar los más recónditos pensamientos de la persona con quien hablaba. Su nariz, estrecha y encorvada, como pico de ave de rapiña, daba a su rostro expresión fría; sus orejas grandes eran traslúcidas.

En el ejercicio del notariado había empezado a hacer fortuna, que acabó por ser inmensa cuando se dedicó a prestar cantidades muy pequeñas de dinero a muy crecido interés, por encargo—según decía—de alguien que «no quería dar la cara».

Algunos maliciosos, aseguraban que el dinero con que llevaba a cabo sus especulaciones no era muy suyo, y que tenía una base: el dinero que dejó al morir el padre de Elvira, su primo.

Era cobarde y ruin en sus acciones, como todos los avaros, y mostrábase duro e implacable con aquellos infelices que caían bajo el poder de sus garras rapaces; tratábales como a seres inferiores y manifestaba sentir gran regocijo en atosigar a la gente pobre, acosándola con amenazas de embargo, de cárcel por estafa, de ruina y miseria perdurables.

Aunque había llegado a ser, por tan honradísimas y escrupulosas artes, varias veces millonario, se guardaba muy mucho de hacer ostentación de su dinero y se mantenía en

una digna modestia. La avaricia le había cogido y estrechado violentamente en sus redes.

En la boca de tan ruin notario y siempre propicias a salir, estaban las palabras **deber, justicia, conciencia, misericordia, Dios**, pero según el decir de malas lenguas, cuando hablaba así, hablaba de cosas ausentes de su espíritu.

Fuera de su dinero, qué contaba y recontaba con avidez, no tenía cariño a nada ni a nadie, y aparte del que le inspiraba su esposa no tenía otro temor que el de que le robasen.

Llamábase su esposa, doña Crescencia Gutiérrez y era obesa, corta de cuerpo, larga de lengua, dominante de condición y muy orgullosa de su posición y de su rango. No era del pueblo de don Gumersindo, donde vivía, y dábale excepcional importancia y hablaba muy alto de la dignidad de su familia y de la brillantísima posición que siempre había ocupado. Pero como en los pueblos nada se ignora, y las malas lenguas y los chismes abundan tanto, algunos coetáneos de Colmenares hicieron correr como cierta la especie de que Crescencia no era sino la hija de una mujer desaprensiva, que tras de rodar mucho y en no muy modesta postura por el mundo, había parado en ama de un sabio canónigo de Sevilla.

Debo confesar que habladurías tales no llegaron nunca a ser dichas en voz alta. Lo

que sí se tenía por más que sabido, era que doña Crescencia, que resultaba lo que en términos vulgares se dice «de caballería», tuvo siempre especial cuidado en atar fuerte y corto a Colmenares y en dominarle según su antojo.

Tal vez era esta la causa de que don Gumersindo fuera tan duro y cruel con el que tenía la desgracia de caer bajo su dominio; el tiranizado suele siempre gustar mucho de tiranizar a su vez.

Enemigos bien declarados de doña Crescencia aseguraban—cosa que corría de oído en oído muy discretamente—que ésta **había tenido amistad** con cuantos escribientes desfilaron por el despacho de su esposo. Pero bien podían ser tales afirmaciones calumnias fraguadas por la envidia.

En los pueblos suelen mirarse con no poca prevención las cosas de las grandes poblaciones, y doña Crescencia y don Gumersindo solían hablar con refinada hipocresía de la corrupción que reina en tan populosos centros, y con esto creían dar pábulo a las alabanzas de los demás.

No viendo en estos señores más que lo exterior, si no por santos, hubiéraseles podido tomar por gentes piadosísimas y temerosas de Dios.

Iban a misa todos los días de precepto; se confesaban una vez al mes, y al acercarse al Sagrario lo hacían con aire contrito y afli-

gido y tomaban la comunión con místico arrobamiento.

Ella leía asiduamente en el «**El camino recto y seguro para llegar al cielo**», y él besaba el suelo en tan solemnes y memorables días.

Las beatas, al verles en la iglesia en tan santa actitud, y con devoción tan marcada solían exclamar:

—¡Qué buenísimos son!

Mas esto no impedía que las mismas beatas en la calle, santiguándose y anteponiendo un «¡Jesús mío, y cómo se calumnia a las buenas gentes!» echasen pestes del notario y de su señora, apoyándose en el eterno o inevitable «dicen que dicen». Y lo cierto del caso es que cada cual, con la más santa intención del mundo, sin duda, parecía complacerse en exagerar un poquito las cosas.

Doña Crescencia y don Gumersindo **reco-gieron** a Elvira a la muerte de sus padres, y con esto creyeron conquistar el honroso dictado de gentes piadosas; y luego, al ver que tras de obra de caridad tan meritoria y digna de aplauso, los asuntos de don Gumersindo iban en auge, no faltaron quienes dijera:

—Indudablemente, Dios favorece a los buenos.

Sólo algunos envidiosos y mal intencionados pensaron y dieron en decir que la prosperidad del notario era debida al dinero que dejó el padre de Elvira para ésta.

El párroco, que recibía de ellos de tanto en tanto algunas pesetillas para fiestas y misas, daba al notario golpecitos en la espalda y se dejaba bondadosamente besar la mano por doña Crescencia. Esto hizo crecer la consideración de que disfrutaban.

En el fondo no eran muy malos. El único defecto que tenían era el de haber desplumado al prójimo con sus préstamos hechos a un misericordioso sesenta por ciento, y el de ser hipócritas hasta la medula de los huesos... **Por lo demás** resultaban excelentísimas personas.

Tales eran los tíos de Elvira, con los cuales si no vivía hecha una mártir le faltaba poco.

Ella tenía por ocupaciones cuantas cosas había que hacer en la casa, y cuidaba a sus tíos con abnegación sincerísima.

Sabía—porque se lo habían dicho innumerables veces—que a no ser por ellos se habría muerto, de hambre abandonada en un rincón, comida de miseria desde el punto y hora en que murió su padre. Elvira no creía eso en absoluto, pero figurábase que sus buenos tíos habían practicado con ella la mayor de las caridades. En el fondo de su alma, virgen y candorosa, agradecía los beneficios recibidos y considerábase obligada a pagar con desvelos el cariño egoísta del notario y de su señora.

La acostumbraron a frecuentar mucho la

iglesia, y ella encontró en la religión suave consuelo para su alma solitaria.

El ser humano necesita imperiosamente amar y ser amado para vivir en perfecto equilibrio; le hace falta expansionarse con alguien, hablar y dar cuenta de goces y dolores, pesares y alegrías. Elvira, no pudiendo tener expansiones con nadie, las tenía con Dios, y más que con Dios con el Crucificado, noble y divino mártir que no se cansa nunca de predicar el amor y que tiene siempre los brazos abiertos propicios al perdón.

En ocasiones hubiera deseado tener confidencias con su confesor; habría ido a referirle sus congojas, sus temores y sus dudas; pero el confesor era visita de su casa y le daba a Elvira muchísima vergüenza descubrirle su pecho. Cuando confesaba sus inocentes pecadillos, temblaba como la mies al ser acariciada por la brisa suave.

A más, Elvira, que tenía sublimes delicadezas de espíritu, no veía en aquel sacerdote ninguna de las cualidades que deben caracterizar a los buenos consejeros, suaves confortadores del alma.

Alto, grueso, de cuello y hombros de jayán, groserote y ventrudo, glotón que jamás pudo ceñirse los pantalones, tenía aspecto poco apostólico.

La pobre niña encontrábale bastante grotesco para ministro del altar y muy poco delicado para consejero.

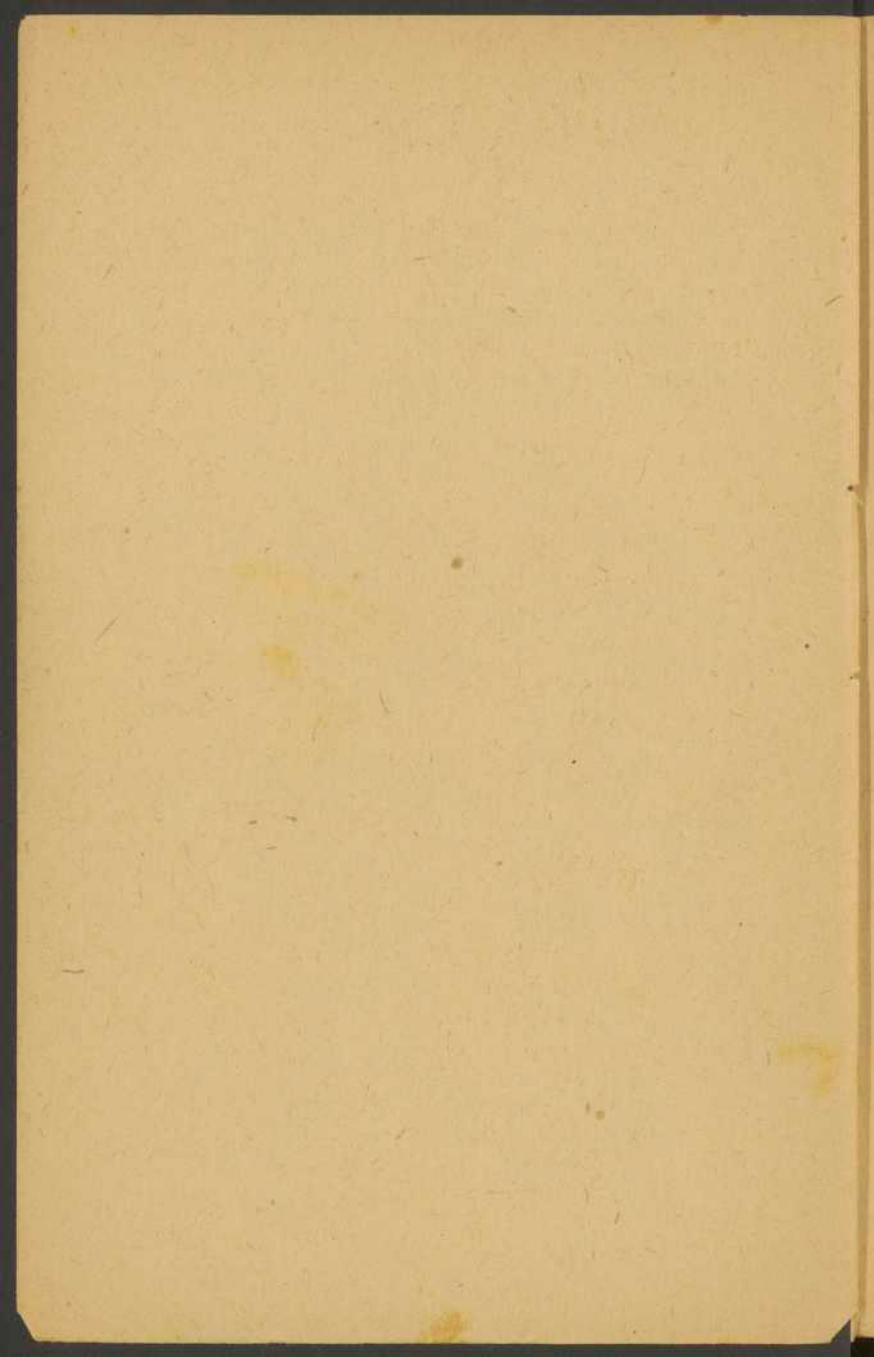
Las palabras ¡«hijo mío»! e ¡«hija mía»! salían de boca de aquel hombre como pudieran salir de un mal fonógrafo primitivo: sin matiz, sin expresión, sin sentimiento, maquinalmente.

Con no poco frecuencia sentábase don Manuel—que tal es el nombre del cura—, a la mesa del notario, y Elvira veíale comer, a sus anchas, a dos carrillos, con la ansiedad con que comen los glotones sin educación y poco refinados, que ponen el mayor placer de la vida en un hartazgo aunque lleve tras sí la inevitable indigestión.

Cuando era aún muy niña, Elvira había sorprendido—y lo recordaba como un sueño lejano—, al sacerdote y a su tía, después de una comida espléndida, en intimidades que hirieron su imaginación infantil. Pero la angelical criatura no pudo sacar en claro de aquella escena más que un regaño tremendo, en el que la motejaron de imprudente, atrevida y mal educada, por haberse introducido en el gabinete de rondón, sin haber solicitado antes el correspondiente permiso, pues según la aseguró doña Crescencia, los había sorprendido en pleno acto de confesión.

Si a lo expuesto se agrega que don Manuel era un tantico brusco y no muy largo de entendimiento, bastará para comprender a maravilla por qué Elvira no podía tomarle como confidente.

Y ella sentía todos los misteriosos anhelos, todas las ansiedades y todas las nostalgias de ese algo desconocido por el que suspiran todas las jóvenes de diez y ocho años. Y tenía necesidad imperiosa de desahogar su pecho, de decirle a alguien, por lo menos, que aunque parecía feliz y tranquila, estaba muy lejos de la felicidad.



III

A sus solas, dábase Elvira hartazgos de llorar. Y eran sus penas tan inmotivadas e inexplicables, que ella misma no sabía hallar la causa de tan hondas y angustiosas aflicciones. En más de una ocasión analizó su vida, y sacaba siempre en consecuencia que, aunque sin ser halagüeña, no era mala.

Sabía, sí, y esto era lo único, que le pasaba algo extraño y raro dentro del pecho, y que cuando más alegre se encontraba acometíanla impulsos irresistibles de llorar y experimentaba anhelos indefinidos, que le hacían desear esconderse donde nadie la viera ni de ella se acordase. Entonces se encerraba en su habitación y, cuando salía, sus pár-

pados estaban rojos y su expresión, habitualmente triste, era más melancólica.

Unas amiguitas con las cuales no hablaba de sus angustias, miedosa de que no se rieran de ella, la invitaron una tarde a dar un paseo por el campo con objeto de ir a merendar a un melonar.

Alguna resistencia opusieron sus tíos, pero tanto rogaron los invitantes y tales seguridades les dieron que acabaron por consentir a Elvira aquel honesto esparcimiento.

Y ocurrió que Juan Antonio, que estaba a la sazón de vacaciones, fué también al melonar y allí conoció a Elvira.

El, al verla tan encogidita y tan temerosa, empezó por experimentar vaga piedad, que fué tomando cuerpo y convirtiéndose en interés, hasta el punto que le entraron deseos de entablar con ella conversación.

Y hablaron mucho y se hicieron simpáticos.

El preludio de sus amores fué sonrosado y apacible como aquella tarde de verano, en que el crepúsculo fué duradero como pocos.

La naturaleza arrulló con sus armonías misteriosas el principio de aquel idilio. La mies, aun no segada, brillaba en la campiña que se extendía ante ellos, ondulando suavemente como un mar de oro.

A la vuelta de la excursión campestre, los que a ella asistieron cantaban alegres y corrían como gamos, llenando los estrechos caminos con sus carcajadas sonoras y el melodioso sonsonete de sus canciones.

Elvira y Juan Antonio; embebidos en su interesante conversación, parecían no participar del general contento, ni parar su atención en las bellezas que el campo presentaba ante sus ojos en aquel dichoso y apacible anochecer.

A un lado y otro del camino, orlado de pinos, extendíanse los olivares eternamente verdes, parecidos a un ejército en reposo.

El camino se les hizo muy corto y lamentaron, indudablemente, que no hubiese sido interminable. Sin embargo, para remediar de alguna manera la huída veloz de las horas, se citaron para la noche, ya tarde, en la ventana de Elvira; ella saldría y reanudarían aquella conversación que, sin tener nada de particular, les interesaba grandemente.

Hacían una pareja admirable, y eran tan buenos los dos, que parecían haber nacido para amarse y para olvidar el uno en brazos del otro los angustiosos afanes de la vida.

Juan Antonio empezaba entonces la carrera de Medicina, y tantos eran sus afanes, y con tantos trabajos se cargaba para poder llegar a ser hombre de provecho, que empezaba a aburrirse y habría colgado los libros, de no amar a Elvira.

Pero la amó; la amó locamente, con pasión única, con los nobles impulsos con que aman los corazones jóvenes, y acabó por decidirse porque así se lo prometió a su amada.

—Terminaré la carrera, y seré médico y seré bueno por ti, exclusivamente por ti.

Y trabajó de día, de noche, sin darse punto de reposo, sintiendo inundado su pecho de bienhechora felicidad, como siempre que se trabaja para las personas queridas y se desea ardientemente cosechar la gloria y el dinero para ellas.

Aquellas relaciones amorosas fueron la salvación de Juan Antonio, que estaba a punto de perder su fe y su firmeza, y las primeras y deleitantes mieles que gustaron los labios virginales de Elvira.

Y los dos se sentían como engrandecidos, reconociéndose muy cambiados, ya que sin darse cuenta, e indudablemente sin buscarlo, habían encontrado el verdadero camino de la vida; el amor, fuente inagotable de todos los placeres.

Al principio, el notario y su señora no pudieron darse cuenta de aquel amor. Lo que menos podían figurarse era que su sobrina, tan cándida y tan pura, diese oídos a las palabras de un hombre, sin comunicárselo a ellos con la antelación debida. A más, no habían pensado nunca en casarla, y aunque a nadie se lo dijeron, abrigaban la idea de sacrificarla bonitamente a su egoísmo.

Temían que el marido que a Elvira le cayese en suerte pudiese revolver papeles y, enterado, querer entrar en posesión del dinero que a la muchacha le correspondía. Y como el notario tenía bastante embrolladas las cuentas y, por otro lado, como su amor al dinero era tan grande, estaba resuelto a impedir, por

cuantos medios, buenos y malos, tuviese a su alcance, que Elvira contrajese matrimonio.

—Y bien mirado—pensaba, como queriendo aliviar y hacer desaparecer todo escrúpulo—¿para qué necesita casarse esa mocosa?

No tenía novio, pero cuando pretendiera tenerlo, ya la arreglarían ellos.

Así pensaban, y durante el primer verano de las relaciones de Elvira con Juan Antonio, de nada se enteraron, a pesar de que ellos no se recataban mucho y hablaban por la reja noches enteras.

Todo el pueblo lo supo, todo, menos los tíos de la muchacha, que estaban seguros de que Elvira no daría paso semejante sin antes consultarles y pedirles consejo.

¿No les preguntaba la niña qué vestido querían que se pusiese? ¿No les pedía respetuosa y humildemente permiso para que penetrase en la casa cualquiera de sus amigas?

En esta confianza creían también que la joven iba a dirigirse a ellos para decirles:

—Hay un joven simpático que asegura que me quiere.

Ignoraban, sin duda, que el mayor encanto del amor está en el misterio; en el furtivo apretón de manos que nadie adivina; en la frase apasionada dicha al vuelo; en el beso ardiente dado por entre los hierros de una reja, del cual sólo es testigo la protectora noche llena de misterio; en los secretos de

un corazón comunicados a otro sin que ninguno lo sepa; en la carta ardiente y apasionada, rebotante de ternura, que pasa de una mano a otra con disimulo; en las caricias de mirada y de voz; en todo ese cúmulo de delicias, triviales siempre para los espectadores, pero de valor inconmensurable para los enamorados.

Y tampoco sabían que este misterio lo guardan las almas enamoradas por instinto, sin proponérselo, dejando a la bendita casualidad el cuidado de proporcionar el momento en que la pasión ha de ser conocida.

Entonces, cuando el amor se exterioriza; cuando todo el mundo se figura que empieza, es cuando ha llegado a su apogeo, y sale por todas partes y no hay medio de ocultarlo. Mas a pesar de todo, el misterio continúa y casi mayor, porque la gente no sabe ni adivina la intensidad potente, el desarrollo alarmante de la pasión que estalla.

Y si se llega a este punto, si las almas enamoradas han dejado adivinar el misterioso sentimiento que las alimenta, entonces, todo lo que se haga por evitarlo o extinguirlo es contraproducente, porque todo va a servir de combustible a la gran hoguera.

Si las gentes comprendieran perfectamente, si vieran con claridad que un amor que se manifiesta es un amor que no se puede apagar... ¡Cuántas historias de amor carecerían de sus trágicos epílogos!

IV

Elvira considerábase la mujer más feliz del universo desde que el amor despertó en ella sentimientos y anhelos que antes desconociera.

Juan Antonio fué para ella la salvación, ya que supo darle a conocer el verdadero sentido de la vida, y fué causa de que la suya perdiese la insípida y triste monotonía que antes la regulara.

El tiempo que le quedaba libre, no lo empleaba ya en suspirar sin motivo aparente y en experimentar congojas indefinibles, sino que lo destinaba a una ocupación que le resultaba gratísima: escribía a Juan Antonio, diciéndole el manantial inmenso de ternura

que atesoraba su pecho; dándole a probar las deliciosas mieles de amor, que él paladeaba con arrobamiento místico; descubriéndole por escrito su alma, cándida y pura, que quería volar hacia él.

Sus cartas eran como plegarias en las que pedía al muy amado, con fervor inexpressable, que no la olvidase nunca; que en medio de aquel bullicio de la Corte, y a pesar del inmenso trabajo a que se veía obligado, para terminar pronto su carrera, tuviese siempre para ella un pensamiento. ¡Lo necesitaba tanto! Le aseguraba, muy formalmente, que, lejos de él, vivía como planta alejada del sol, y que le era indispensable, para ir viviendo, confortarse con los tibios rayos del recuerdo y de la esperanza.

«¡Juan Antonio de mi alma!—le había escrito en más de una ocasión:—No podrás nunca calcular el malísimo efecto que me produce no recibir carta tuya el día que, sin saber por qué, me figuro que ha de llegar. Sólo puedo asegurarte que me pongo muy triste, con una tristeza que me ahoga, y que me encierro en mi habitación y lloro; pero lloro tanto y con tanta pena, que hasta creo que las paredes se compadecen de mí, y hay momentos en que temo que mi corazón va a romperse. Escríbeme, que tus cartas lleguen a mi alma como la benéfica lluvia a la tierra seca, fortificándola y consolándola; escríbeme, si no quieres que muera... Y continuaba suplicando dulcemente desbordándose después en frases apasionadas.

Las cartas de Juan Antonio llegaban siempre a manos de Elvira preñadas de promesas. Eran estrofas, inspiradas y vibrantes, del eterno poema de los corazones que desfallecen de amor.

¡Y cómo agradaban al espíritu tierno de la muchacha las cosas que escribía su amado con sencillez poética y encantadora! Hasta se sentía tentada a arrodillarse en ferviente acción de gracias al Creador, por aquella felicidad de la que no se juzgaba merecedora.

Un día Juan Antonio le mandó su retrato; un retrato pequeñito en el que estaba muy bien. ¡Qué contenta se puso! ¡Con qué alegría fijó en él los ojos, y qué arrobamiento fué el de la pobre Elvira al besarlo!...

«Creí, le escribía, que entraba a visitarme el sol, cuando al abrir la carta encontré en ella tu retrato. Lloré de alegría y pasé mucho tiempo preguntándole cosas. Luego... lo guardé en un medallón que llevo siempre conmigo con el retrato de mi madre y, por la noche, cuando me encuentro sola y segura de no ser molestada por nadie, lo abro para contemplarte y se me pasan las horas embozada, figurándome que estoy a tu lado. Desde entonces mi sueño es más tranquilo y más dulce, porque como coloco tu imagen a la cabecera de mi cama, me hago la ilusión de que estoy más guardada, y duermo apaciblemente como si me encontrase bajo tu custodia.»

El cartero, que era muy amigo de Juan

Antonio, había sido discretísimo, y de aquella correspondencia amorosa nadie sospechó ni tuvo noticias.

Las cartas iban y venían misteriosamente, llevando, dentro de sí, alegrías delirantes, humedades de lágrimas y chasquidos de besos.

V

Como Juan Antonio no permanecía en el pueblo mucho tiempo (un mes, todo lo más, cada verano), don Gumersindo y doña Crescencia tardaron en enterarse de aquellos amores que traían loca a Envira.

Pero las cosas no podían permanecer eternamente así, y llegó un día en que todo se supo. Alguien dijo confidencialmente a doña Crescencia que su sobrina tenía novio y que hablaba con él por la reja.

La noticia no alarmó a la gruesa tía; nada había advertido ella que digno de mención fuese, y, cuando la confidencia le fué hecha, limitóse a encogerse de hombros, con mar-

cado gesto de indeferencia, diciendo: «¡Bah! ¡Cosas de chiquillos!»

A más, como las ausencias de Juan Antonio eran tan largas, y doña Crescencia no estaba al tanto de la inflamable correspondencia que los jóvenes sostenían, creyó, sinceramente, que aquello eran cosas de juego a las que no había que dar importancia alguna, y esperó los acontecimientos sin hacer nada.

Pero, no por esto dejó de hablar con su marido del caso, para deducir, por la impresión que en él produjera la noticia, la conducta que le tocaba seguir.—¡Cosas de chiquillos!—aseguró don Gumersindo, coincidiendo con su esposa en la apreciación.

—Lo mismo se me había ocurrido a mí, y estoy convencida de que no me engaño; mas, ya que estamos prevenidos, vigilemos cada cual por nuestro lado, que nada se pierde. Hay que evitar con tiempo que esto se formalice.

—Soy de igual parecer.

Los esposos durmieron tranquilos como si en realidad nada ocurriese. Esperaban que aquel amor terminase como suelen acabar todos los amores de la juventud, cuando los amantes viven separados: por aburrimiento.

Doña Crescencia, a pesar de esto, no dejó de pensar en los medios de que, en caso necesario, podría valerse para dar al traste con cuantos proyectos de ventura hubiesen hecho los jóvenes.

En modo alguno le convenía desprenderse de Elvira: en primer lugar, porque al marido

podía ocurrírsele enterarse de cómo dejó los asuntos el pade de la muchacha, y doña Crescencia sabía demasiado bien que, de llevar las cosas a punta de lanza, no saldrían muy flamantes del fregado ni ella ni don Gumersindo.

En contra de cuanto pudieran esperar, aquellos amores empezaron a tomar camino de no acabarse sino de manera seria y formal: con una bendición.

Juan Antonio daba patentísimas pruebas de tener más firmeza y constancia de lo que se figuraron en un principio, y la niña continuaba amándole con todas las fuerzas de su alma, como si no hubiese traído al mundo otra misión.

Las ilusiones de los tíos fueron desvaneciéndose conforme avanzaba el tiempo, que se encargó de demostrarles que las esperanzas alimentadas eran completamente ilusorias.

Hasta entonces, Juan Antonio había ido al pueblo en época de vacaciones, porque su madre y una hermana de ésta vivían allí... Pero en poco tiempo murieron ambas, último resto de su familia, y por consiguiente ya no necesitaba Juan Antonio volver al lugar donde ni parientes ni caudal le quedaban.

El notario y su señora no dejaron de observar que el muchacho pasaba las vacaciones como antes de morir su madre, aunque teniendo que permanecer en la posada o en casa de alguno de sus amigos.

—¿A qué vendrá?—se preguntaron; y sin

vacilar se dieron la respuesta ellos mismos:
—Indudablemente, a ver a Elvira.

Tal constancia, por lo inesperada, llenó de indignación a doña Crescencia, que, justamente alarmada, tardó poco en prevenir y alarmar a su marido.

Empezaron a temer que el mejor día, y cuando ellos menos lo pensasen, Elvira volaría de la casa, puesto que Juan Antonio estaba terminando la carrera.

Para los tíos esto tenía todas las contras imaginables y ninguna ventaja.

Ya iban siendo viejos y no les parecía muy cómodo verse precisados a entregarse a los cuidados de manos extrañas. ¿Dónde encontrarían quien sustituyese a Elvira, que tanto se interesaba y desvelaba por ellos?

¿En qué persona podrían depositar la confianza que en su sobrina, a la cual podían entregársele descuidadamente las llaves de todo? ¿Dormirían tan a pierna suelta como hasta entonces si llegaba a faltarles tan buenísima y fiel servidora?

Don Gumersindo y doña Crescencia, dejándose llevar de su egoísmo, veían en aquellas relaciones amorosas un atentado a su tranquilidad, y esto les irritaba sobremanera.

—Es soberana locura, y más que locura, majadería insigne, que se case esa muchacha—decía doña Crescencia con su voz fuerte de macho.

—Sí, señor; realmente es así—agregaba el hombrecillo con voz atiplada.

—Hay que evitarlo a todo trance.

— Hay que evitarlo — respondía don Gumersindo, que parecía condenado, como Eco, a repetir las palabras.

— ¡La mocosa! ¡Habrás visto mayor descaro! ¡Tener novio sin decírselo a sus tíos! ¡Jesús, qué vergüenza de niña!

— Es un atrevimiento imperdonable.

— ¡María Santísima! — proseguía gritando doña Crescencia, arrebolada por el coraje. — ¡Qué juventud! No sé dónde aprende estas cosas. ¡Qué perversiones, cielo santo!

Aquellas conversaciones se repitieron muchas veces entre marido y mujer, pero ninguno de los dos se había atrevido a abordar la cuestión francamente y de lleno, porque, como decía acertadamente don Gumersindo, que al igual de los cobardes temía al escándalo más que a nada, esas cosas son como las operaciones de préstamos: mientras con más calma se vaya, mayor rédito se puede sacar de ellas.

— ¡Ya me encargaré de arreglarla! ¡Verás si le pruebo que para algo soy su tía! ¡Pues no faltaba más!

Elvira no se enteraba de la tormenta que se iba formando sobre su cabeza, amenazante y sombría.

Aún no se habían atrevido a decirle nada, pues consideraban difícil abordar la cuestión, y meditaban seriamente en los medios que pudieran ser más adecuados para la consecución de su fin.

Doña Crescencia, en sus momentos de arrebatado y de sorda rabia, ideaba violencias ho-

ribles, pero al serenarse un poco, comprendía que la violencia sólo podía conducirla a perder completamente el pleito.

Lo mejor y más acertado era discurrir con calma para poder obrar con sangre fría. Necesitaba herir, pero herir en lo más hondo a su sobrina, mas para conseguirlo tenía que ser sigilosa como el gato que acecha al indefenso ratoncillo.

Y estaba segura de poder derrumbar con estrépito todas las ilusiones de aquel corazón virgen y candoroso, que no veía en sus amores otro pecado que el de sentirse excesivamente feliz.

VI

Quizá por primera vez en la vida, doña Crescencia atendió a las consideraciones que le hiciera su marido.

Pasó algunos días meditando sobre lo que debía hacer y tuvo la habilidad de no dar a entender nada a Elvira, temiendo que ésta viera con claridad lo que no debía ver nunca.

La tía, pues, continuó dándose por ignorante de lo que ocurría, aguardando la hora de poner los medios más adecuados para alejar a los novios, sin violencia aparente, con objeto de evitar así mayores males.

Aun a trueque de destrozar el corazón de la deliciosa Elvira, estaba resuelta a todo, pero quería obrar con refinada hipocresía, de

modo que fuese imposible adivinar su infame juego.

La señora de Colmenares no era de las que se caracterizan por su paciencia y acabó por considerar qué, mientras más tardaran en decidirse las cosas, la cuestión podía empeorar.

Deseosa de acabar de una vez, una tarde cogió a don Gumersindo y se encerró con él en el despacho, aunque no sin tomar cuantas precauciones pudo para evitar que la víctima pudiese vislumbrar el peligro que la amenazaba.

El notario miraba con asombro y curiosidad no exentos de temor, a su mujer, pues ignoraba lo que ésta quería decirle con tal misterio.

Cuando estuvieron solos y encerrados, doña Crescencia ordenó imperiosamente, según su costumbre siempre que con Colmenares trataba.

—¡Siéntate!

Aquel hombrecillo ridículo obedeció servilmente, como esclavo cobarde.

—¿Tú no sabes para lo que necesito hablar contigo?

Esta pregunta la hizo doña Crescencia al fijarse en la expresión estúpida que se había pintado en la cara de su marido.

Este repuso:

—No adivino, pero supongo que será para una cosa importante.

Hablaba con timidez, como quien siente el influjo de un ser superior que le sugestiona.

— No te equivocas — contestó doña Crescencia.

Y tomando una actitud grave, sentóse en una butaca. Luego, abanicándose nerviosamente y resoplando con furia, agregó:

—¿Qué te parece el asunto de nuestra sobrinita?

—Lo que a ti, que es una locura que no podemos ni debemos consentir.

—Es que encierra más gravedad de lo que te figuras.

—¿Por qué?

—Porque si continúa sus relaciones, y llegan al fin que probablemente ellos proyectan, no sólo nos dejará Elvira, sino que será muy capaz el otro (el otro era Juan Antonio) de ponernos en evidencia.

—Explícate.

—Es sencillísimo y claro como el agua; cuando murió tu primo, tú penetraste en aquella casa, y sin encomendarte a Dios ni al diablo, cargaste con cuanto en ella se encontró.

—Eso fué por consejo tuyo, recuérdalo bien, Crescencia—dijo el raquítico hombrecillo, no queriendo cargar sobre sí ninguna responsabilidad.

—No se trata en estos momentos de averiguar quién tuvo la culpa; el caso es que nuestros asuntos no están muy limpios que digamos.

—Así es.

—Y ahora calcula tú que se nos casa nues-

tra sobrina, y que a «ése» le da por marearnos.

—¡Caracoles! Es cierto; no había caído en la cuenta—dijo don Gumersindo, moviendo la cabeza, como hombre que se encuentra en circunstancias gravísimas de las cuales no sabe cómo ha de salir.

Y luego, con un encogimiento de hombros, como si nada le importase el temor que acababa de manifestar su señora, agregó:

—¡Bah! Por mucho que quieran, nada podrán contra nosotros.

—¡Estúpido!—gritó doña Crescencia en el colmo del enojo.—¡Más que estúpido! ¿Y el escándalo? ¿Supones que las cosas podrán arreglarse así como se quiere? Si la calumnia mancha, ¿cómo no había de manchar la horrible verdad, que no tardaría en penetrar en la conciencia de todos?

Se ahogaba y tuvo que callar para tomar aliento. Después prosiguió:

—Y luego los envidiosos, ¡cómo gozarían despellejándonos!...

Así habló largo rato de la terrible tormenta que se les venía encima, poco a poco; tormenta de que había que librarse a toda costa si querían continuar viviendo tranquilos.

Era indispensable moverse más, ser más activos y eficaces, no dormirse como se durmieron confiados en la santidad y obediencia de Elvira. No se reducía el temor a perder a la esclava servicial y humilde...

Doña Crescencia, exaltada por sus mismas

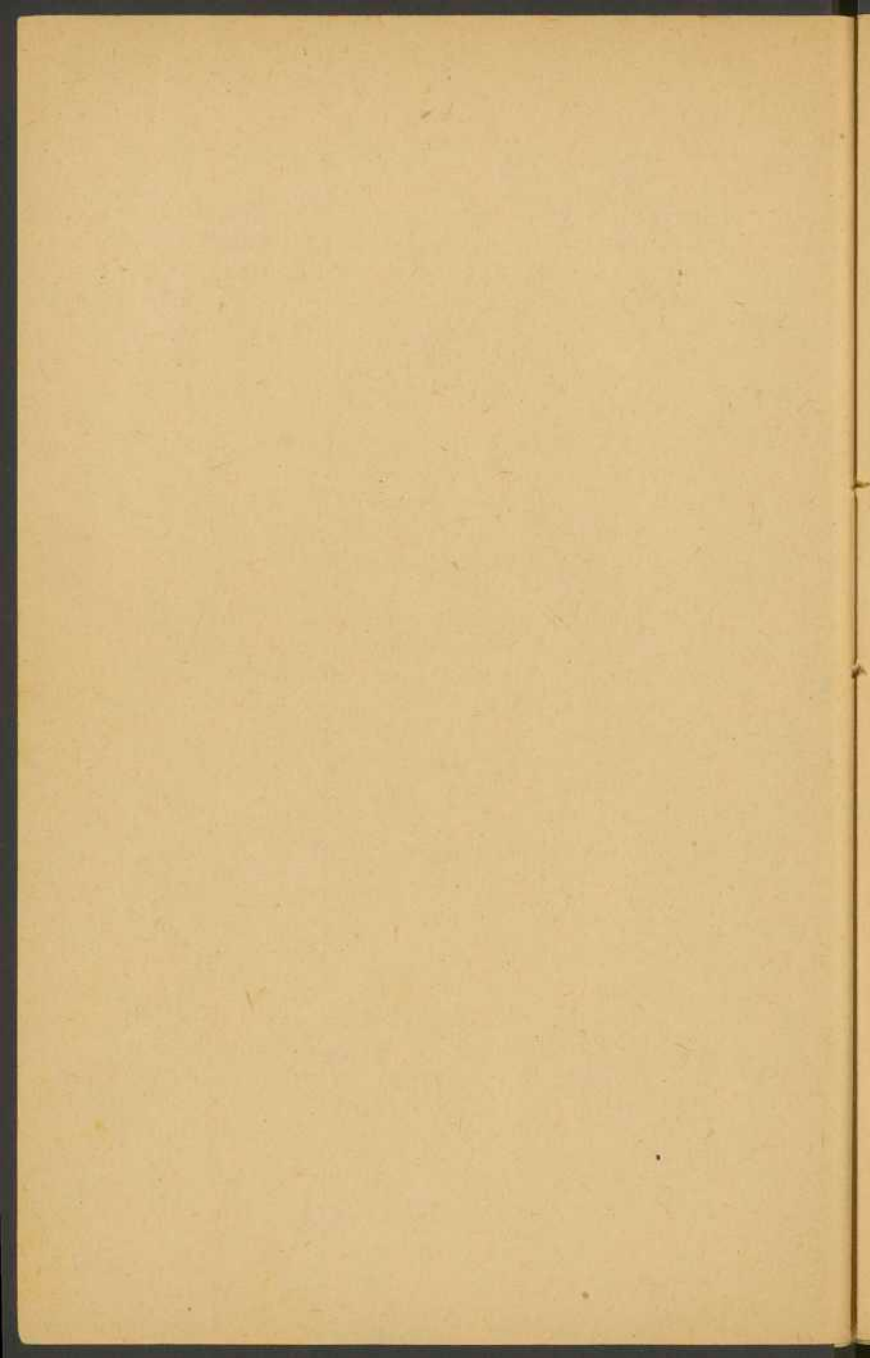
palabras, estaba roja y sentía la garganta seca, pero no por eso cesaba en su discurso.

¡Oh, aquella mocosuela, indecentona, les soliviantaba demasiado, más de lo que convenía, y era indispensable, darle una buena lección, y hacerla tener presente que no se asusta así a la familia sin recibir el justo castigo!

Otra vez recomendó don Gumersindo, con su vocecilla ridícula, calma.

—La frialdad—dijo—aconseja mejor que el acaloramiento, con el cual se está siempre expuesto a dar una campanada cuando menos se piensa.

Y discutiendo con detención, acordaron la conducta que debían seguir. Razonaron fríamente, como verdugos que saboreasen por anticipado los dolores amargos y agudos de sus víctimas.



VII

Calmóse la rabieta de los esposos. La seguridad de vencer las mayores resistencias y allanar cuantos obstáculos se presentasen les hizo sonreír. Comprendieron que tras aquella discusión se encontraban en el camino que había de conducirles rectamente al punto anhelado.

El plan era sencillísimo y consistía en poner en acción la frase cobarde que aconseja tirar la piedra y ocultar la mano.

Elvira, la simpática y desdichada Elvira, sufriría mucho hasta agotar todas las fuerzas del sentimiento si así era necesario.

Pero eso no importaba; cuando se está en plena juventud, se pueden sufrir todos los do-

lores, porque hay fuerzas para ello y mucho más.

En resumen, todo podía quedar reducido a que la muchacha estuviera algunos días afligidísima, a que llorase en sus ratos de soledad, y se desesperase un poquito creyéndose la más desgraciada de las mujeres...

Mas poco tardaría en curarse de tales preocupaciones, al convencerse de que aquellas cosas eran chiquilladas a las que ni ella misma debía dar importancia.

En una segunda conferencia los tíos de Elvira acordaron fríamente que ellos no debían manifestar una oposición decisiva; muy al contrario, aparentarían ignorancia absoluta respecto a aquellas relaciones.

Una idea diabólica ocurriósele a doña Crescencia, idea que don Gumersindo aplaudió encontrándola inmejorable. ¿No iba Elvira a confesar frecuentemente? ¿Y no era amigo íntimo de la casa don Manuel, el cura? Pues en aquella lucha sorda él podría ser el encargado de empezar.

Para no perder tiempo, la mujer de Colmenares fué a la iglesia a la mañana siguiente e invitó a comer a don Manuel, anunciándole que tenían que hablarle de asuntos importantísimos y reservados, de los cuales dependía la tranquilidad de su casa.

Por más que el cura quiso saber algo, doña Crescencia nada le dijo por entonces, pues aseguró que no podía detenerse ni un momento.

Don Manuel no dejó de presentarse en la

casa del notario a la hora oportuna; no era él hombre capaz de desairar una invitación, y mucho menos tratándose de personas que acostumbraban a tratarle bien.

Elvira le vió aquel día en la mesa tan groserote e ineducado como de costumbre. Para él no se habían hecho las leyes que ordenan la mortificación del cuerpo. La gula le dominaba.

Mientras el cura engullía a boca llena, hablaba con voz ininteligible de trivialidades sin sentido.

De tanto en tanto llamaba a Elvira «¡hija mía!» pero de modo tan maquinal, que sus palabras resultaban hueras.

La sobrina de don Gumersindo estaba alegre y se sentía dichosa, así es que no paró atención en nada de cuanto a su lado ocurría. Para ella todo lo que no fuese amor ferviente, nada significaba. Sus ojos, brillantes y alegres, sólo veían cosas agradables, como la realización de un sueño. Encontraba el mundo lleno de armonías encantadoras, sin nota alguna discordante. Y como era feliz y tenía la seguridad de ser amada, no veía otra cosa que horizontes rosados y resultábale delicioso el cura a pesar de su grosería; y hasta parecíanle magnánimos sus tíos.

Como todo el que ama mucho, encontrábase inclinada a la misericordia, y con seguridad que hubiera disculpado y hasta perdonado los mayores delitos. El estado plácido de su alma le hacía verlo todo por su parte más buena.

A más, estaba en la edad bendita en que todo es ilusión y regocijo y en que las penas mayores pasan rápidamente.

Por eso, sin duda, la comida fué para ella feliz, pues no pudo calcular nunca que aquellos seres que la rodeaban tramasen contra ella la mayor de las infamias y tuviesen la intención de desbaratar sin piedad alguna cuantos proyectos venturosos se formara para el porvenir.

Después de tomar cachazudamente el café, doña Crescencia invitó a don Manuel a que pasase al despacho, y al él se dirigieron seguidos de Colmenares, a quien de antemano había condenado su mujer a ver, oír y callar.

El sacerdote y doña Crescencia sentáronse en un sofá cortito y cómodo, y Colmenares se vió precisado a acercar a ellos una silla para escuchar la conversación que iban a sostener.

Sin preámbulos, con cierta brusquedad que le era peculiar a la señora del notario, poco partidaria de ambigüedades, procuró ir descaradamente a la cuestión, e hizo cuanto a su alcance estuvo por no descubrir la verdadera causa que le impulsaba a obrar de aquella manera.

Comenzó haciendo cumplidísimo elogio de su sobrina, a quien calificó de buena, hacendosa, inocente, angelical. Precisamente la inocencia y virginal candor de Elvira le obligaban a dar el paso que daba; la quería tanto, tanto, que no desvelarse por todo lo que

podiera recaer en beneficio suyo habría sido crimen imperdonable.

Después habló del noviazgo, pero procuró hacerlo sin manifestar su indignación con cuanta beatífica hipocresía pudo. Más tarde la emprendió con Juan Antonio, aquel pobre muchacho contaminado de los vicios de Madrid; ¡aquel granuja que no iba nunca a la iglesia ni confesaba, profanando con su conducta poco piadosa la memoria de su santa madre!... ¡Virgen misericordiosa de la Cabeza! ¡Jesús, Dios santo! ¡Si parecía mentira que el hijo de tan buenísima madre se hubiese encanallado hasta tal punto! ¡Oh, si la desdichada levantase la cabeza y pudiera verle!... Ella, doña Crescencia, le compadecía con toda su alma y deseaba que Dios tocara su corazón e iluminase su inteligencia, porque, al fin y al cabo, no quería mal a Juan Antonio, a quien había visto crecer; pero no dejaba de comprender lo peligrosísimo que resultaba para una criatura tan inocente como Elvira, estar en relaciones con un perdulario, descreído, irreligioso e irreverente. Luego se veía con toda claridad que su conducta era más que dudosa y sus intenciones más que malas. ¿Por qué, si quería a Elvira, no había solicitado el consentimiento de sus tíos? ¿Acaso no eran ellos los encargados de la salvaguardia y custodia de aquella criatura tan angelical?

Siempre que llegaba el turno a Elvira, doña Crescencia se esforzaba en poner de manifiesto el cariño tiernísimo que por ella sen-

tía; y tal maña se daba, que hubiérasela tomado por la madre amantísima y tierna que sólo busca y anhela la felicidad de su hija.

Acabó el discurso, nada corto, de la mujer de Colmenares, y don Manuel se aventuró a preguntar lo que tenía que hacer para complacerles.

Dijo que bien a las claras estaba que Elvira era excesivamente joven para empeñarse en unas relaciones en las que su inocencia corría peligro cierto, mas aseguró que él nada podía hacer. Aconsejó a sus amigos que pusieran a contribución cuanta influencia sobre Elvira tuviesen, para evitar que el amor incipiente aumentase hasta el punto de hacer infructuosa toda intervención por sana y saludable que fuera.

Entendía don Manuel que una reprensión dulce, una razonada filípica y una prohibición de que la niña saliese a la ventana, serían bastante para arrancar de raíz aquello que él consideraba como juegos peligrosos de la juventud.

Pero como ni doña Crescencia ni Colmenares estaban de acuerdo con lo que don Manuel acababa de exponer, ella volvió a tomar la palabra y habló manifestando sus pensamientos y deseos claramente.

El caso era que don Manuel, aunque de modo indirecto, empezara a inclinar el espíritu de Elvira desde el confesonario, haciendo lo posible porque tomara horror a los amores mundanos que mortifican el cuerpo y sirven para condenación del alma.

El sacerdote miraba a doña Crescencia como si quisiera recordarle extravíos anteriores, que lejos de mortificar la carne, habíanla llenado de regocijo.

Pero como el egoísmo humano es tal, la señora lo olvidaba todo en aquella ocasión para no recordar otra cosa que los amores de su sobrina.

Desde luego podía estar seguro don Manuel de que aquello lo hacía la señora de Colmenares por el amor inmenso que le inspiraba la niña; amor que les quitaba el sueño y les hacía temblar, porque Elvira se encontraba amenazada del mayor de los peligros: el de caer en manos de aquel granuja de Juan Antonio, que con seguridad no llevaba otra intención que la de perderla.

Aunque el cura estaba algo lejos de pensar que el estudiante fuese tan perdido como aquella señora afirmaba, cedió al fin.

Inclinábase al partido de doña Crescencia, porque era calculista y pensaba que, ya que el estudiante no daba utilidad alguna a la iglesia, ni la daría, puesto que no practicaba en la religión católica, lo que le convenía más a él, como párroco, era quedar bien con aquellos señores que oían misa, confesaban, comulgaban, y de tanto en tanto contribuían con algunas monedas al piadoso culto de las **ánimas benditas** y pagaban a duro las misas que le mandaban decir, invitándole además con frecuencia a comer y a otras cosas.

No le costó gran trabajo ni devanarse mucho los sesos hacer la elección: entre un es-

tudiantillo descreído que no daba nada y una señora que lo daba todo y pagaba las misas a cinco pesetas, no había que dudar.

Don Manuel, terminó asegurando que había de darle tal recorrido a Elvira, que le hiciese odiar con toda su alma los amores mundanales. Cabalmente era jueves aquel día, y Elvira acostumbraba a confesar los viernes por pertenecer al «Apostolado de la Oración». La reprimenda, pues, no tardaría en empezar, y el cura estaba segurísimo de que la pobre muchacha entraría en el buen camino.

Arreglada la cuestión en tal forma, don Manuel salió de la casa dejándose besar la mano por Elvira con aire evangélico y despidiéndose hasta muy pronto.

Iba colorado con síntomas de apoplejía, como siempre que satisfacía las necesidades del estómago fuera de su casa.

VIII

Aún no había recibido la tierra el beso cálido, amoroso y fecundante del sol. El pueblo despertaba. Empezaron a circular por las calles los afanosos campesinos que, con sus yuntas unos, la azada al hombro otros, y todos soñolientos y pesados se dirigían al lugar donde la ruda labor les llamaba. Los jóvenes deperezábanse, bostezando ruidosamente, y al recibir la fresca caricia del viento parecían más reanimados y marchaban con paso firme entonando algún aire popular; los viejos, más cachazudos, movían las piernas dificultosa y torpemente, casi arrastrando los pies, con la cabeza inclinada hacia la tierra que habían hecho fecunda. Los gorriones, con

su piar bullicioso, atronaban el espacio. Los gallos lanzaban su canto guerrero, repetido de corral en corral, y parecían empeñados en despertar a los dormilones, anunciándoles la llegada del día. El confuso clamoreo aumentaba. Algunas beatas se dirigían a la iglesia con objeto de asistir a la primera misa, arrastrándose perezosamente, como quien cumple una obligación rutinaria y penosa.

Elvira, con su modesto trajecillo negro y su mantilla bien prendida, salió de su casa, llevando en la mano un magnífico devocionario con broches de plata, recuerdo único que de su madre tenía, y un gran rosario de coral, regalo de doña Crescencia. Iba pensando en la Sagrada Eucaristía; la noche anterior hizo examen de conciencia y llevaba ánimo de confesar sus pecadillos para encontrarse limpia y pura al recibir, en su cuerpecito adorable, la Forma consagrada convertida, en virtud de las palabras del sacerdote, en el verdadero cuerpo del Crucificado.

Ella creía que con aquellas cosas se ganaba el cielo y se complacía al Creador de los mundos; al Dios misericordiosísimo que no cesaba de derramar bienes sobre la tierra. Durante la noche pidió a Dios fervorosamente que Juan Antonio, el queridísimo de su alma, no se apartase del buen camino, del cual ella le creía un poquito alejado porque no confesaba ni oía misa. Pero esto no evitaba que le quisiera cada vez más.

En la iglesia había ya algunas beatas, que

dormitaban o rezaban con gazmoñería, besando el suelo de vez en cuando.

Dos viejecitas hacían el «Vía Crucis» y daban lentamente la vuelta alrededor de la iglesia, arrodillándose delante de los cuadritos que recordaban las escenas más dolorosas de la Pasión de Jesucristo. Otras mascullaban sus oraciones a media voz, con mosconeos estúpido y mareante.

Un monaguillo encendía las velas de la capilla del Corazón de Jesús, donde iba a celebrar misa uno de los coadjutores.

De tanto en tanto el sacristán, embutido en su raída y mugrienta sotana, atravesaba con indiferencia poco religiosa las anchas naves, para ir a tocar la campana que anunciaba a los fieles la celebración del santo sacrificio.

Poco a poco fué aumentando el número de mujeres que iban a confesar y se arrodillaban en las inmediaciones de los confesionarios. Cerca del de don Manuel había algunas devotas, entre las cuales Elvira ocupaba uno de los primeros puestos.

La delicada niña estaba arrodillada, rezando con candorosa y ferviente sencillez las oraciones de antes de la confesión, que su libro de misa marcaba y que su memoria retenía fielmente.

Don Manuel salió de la sacristía con su bonete puesto, al pasar frente a la capilla del Sagrario, hizo una reverencia bastante familiar y no poco irreverente, como el que cumple por rutina una costumbre. Luego

prosiguió su camino con cierta gravedad, las manos cruzadas sobre el vientre y el paso medurado y perezoso; tenía la cara abotagada y los párpados hinchados, como el que acaba de salir de la cama y no cuida de lavarse bien, y su gesto era agrio y huraño, como el del hombre a quien contraría tener que cumplir una obligación a la fuerza.

Inclinó la cabeza automáticamente, saludando a las beatas que le aguardaban, entre las que oraba Elvira con místico arroboamiento, sin cuidarse mucho ni poco de cuanto a su alrededor ocurría.

Don Manuel, al ver a la muchacha, recordó la conversación que con doña Crescencia y Colmenares sostuvo la tarde anterior, y la promesa hecha de reprender a Elvira por sus amores. Este recuerdo le hizo penetrar en el confesionario con la idea de ir componiendo en su imaginación el discurso que espetaría a tan inocente y desventurada criatura.

Poco tardó el cura en despachar a las beatas impertinentes que llegaron a la iglesia antes que Elvira. Ardía en deseos de salir del paso y esperaba poder dar pronto cuenta a la señora de Colmenares de que, gracias a lo que pensaba decir a Elvira, ésta había llegado a curarse por completo de sus amores. En contra su costumbre, trató don Manuel con acritud a las devotas, que aunque de ello se percataron no quisieron quejarse de un sacerdote que solía ser siempre fiel personificación de la paciencia.

Por fin llególe el turno a Elvira.

La infeliz muchacha sintió emoción profundísima al cercarse a aquel sacerdote, verdadero representante de Cristo sobre la tierra, según ella creía, al cual había que mostrar los más recónditos pensamientos pasados y presentes, y hasta los propósitos para lo futuro, si se quería alcanzar la alta gloria que para los justos tiene Dios reservada, evitando a la par los inacabables martirios del fuego eterno, a que están condenados los impíos faltos de fe y de creencias, que no practican en la religión católica. Elvira iba a buscar en el tribunal de la penitencia el **exequátur** de su conducta y la paternal bendición que el que redimió a los hombres con su cruento martirio le daría por mano de don Manuel, por aquella mano de jayán, gruesa y basta.

Como esperaba el perdón de sus pecados y aquella bendición que acabaría por santificarla, dados los santos propósitos que la animaban, al llegar ante la rejilla del confesionario, se prosternó temblorosa y acongojada, acercando su carita inocente para pronunciar un «¡Ave María!» muy dulce y tímido y rezar con fervor inmenso el **Yo pecador...** Luego dió principio a la ingenua confesión de sus pecadillos, mientras don Manuel hilvanaba su disparatado discurso y rebuscaba las preguntas que había de provocar sus perorata.

Y así, cuando vió el azoramiento de Elvira, al preguntarle que si amaba a algún hombre, y que no se atrevía a contestar la

infeliz, preguntó una vez y otra con terquedad cargante, como si su mayor interés fuese el de averiguar vidas ajenas. Y tanto acosó a la desventurada, que ésta creyóse en el deber de contestar; pero no acertaba a expresarse como hubiera deseado y no quería mentir. Repugnábale hacer al cura confidente de aquel amor por el que se sentía capaz del sacrificio y dudaba sin dar contestación categórica.

Sin saber por qué tal hacía, empezó a recorrer por la memoria los Mandamientos, buscando atolondradamente alguno que afirmase que el amor era cosa pecaminosa e infernal, más no encontró ninguno en tales términos concebido. Aquellos Mandamientos, llenos de dulzura y piedad inmensas, ordenaban precisamente el amor: pero el amor grande, puro, desinteresado, desnudo de todo mal; un amor admirable y entusiasta que no busca la recompensa, como el que ella sentía hacia Juan Antonio. Conforme los repasaba, Elvira se convencía de una verdad innegable; los Mandamientos de la Ley de Dios eran un imperativo que ordenaba a los mortales vivir y morir en el amor.

«Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo». Aquello era bien terminante; la muchacha lo veía así, lo había visto así siempre. Y obediente por temperamento, ella amaba a Dios con ese amor sin medida de las vírgenes cándidas. No comprendía su grandeza ni su esencia, pero no le hacía falta tampoco para quererle con to-

das las fuerzas de su alma: ¿Dios? Ella entendía por Dios eso: Dios; algo así como «un señor infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas» según lo había aprendido en el catecismo de Ripalda; algo más grande, más sereno, más majestuoso, más sublime, más incomprensible en su inacabable bondad como creía ella, porque Juan Antonio se lo había dicho en más de una ocasión.

También amaba al prójimo, según las leyes divinas y humanas lo tienen dispuesto, con dulzuras inetinguibles, y anhelaba el bien de todos más que el suyo propio.

De alma piadosa y caritativa, sabía sentir profundamente las desdichas ajenas y, de estar en su mano, no hubiese existido en el mundo una angustia.

¿Por qué, pues, le preguntaba don Manuel aquello con tanta insistencia como si se tratase de un pecado importantísimo por lo imperdonable? ¿Acaso Juan Antonio dejaba de ser uno de los prójimos a quienes la ley de Dios ordena amar?

Preguntándose tales cosas y no queriendo descubrir los misterios de su alma, misterios embriagadores que la llenaban de dicha, a aquel hombre de rostro apoplético y abrutado, en lugar de contestar hizo una pregunta con sencillez encantadora:

—¡Padre mío! Amar... ¿es pecado? El cura dió un respingo, como quien acaba de recibir un pinchazo. ¡Caracoles! ¡Vaya una preguntita la de la niña! La muchacha

se defendía a cañonazos contra sus tiritos. Porque su pregunta era un cañonazo admirablemente dirigido.

¿Y cómo y qué contestaría para salir airoso?

Había perdido la serenidad, se embrollaba; por más vueltas que daba a su flaco magín, nada sacaba en claro; sentíase cogido e ignoraba cómo salir del atolladero.

Dados sus escasos alcances, esperaba una confesión sincera, una contestación franca, y se encontraba con lo inesperado: con una pregunta que no parecía sino que la hubiese formulado el diablo, porque si contestaba que el amor no era pecado porque lo mandaba Dios y la Naturaleza lo ordena, tendría que rendirse.

¡Rendirse! ¡Oh, no! Imposible, ¡caracoles! imposible. Habíase comprometido a sermonear a la muchacha por sus amores, y preparado el sermón correspondiente ¿y se lo iba a guardar faltando al mismo tiempo a la palabra empeñada? ¿Tan inhábil era que no podría con una mocosuela?

Elvira sintió vago regocijo ante la confusión del cura. No tardó en comprender que su contestación había sido oportunísima, y que don Manuel estaba tan perplejo y confuso como ella se había visto momentos antes. Encontrábase vengada y proporcionábele su venganza, inocente regocijo.

Pero el sermón que don Manuel había preparado no debía perderse, y tras de meditarlo mucho comenzó a desbarrar a su gus-

to, hablando a la niña, sin comedimiento alguno, de los placeres enemigos de la carne, de los deseos monstruosos, que perturban el espíritu y enferman el cuerpo; pero tan cínica y desatentadamente, que Elvira escuchaba temblorosa, como ave perseguida por el gavilán, avergonzada cual no lo estuvo nunca, porque oía decir cosas jamás escuchadas por oídos castos; groserías en las que ni había pensado ni podía pensar.

Y hablaba aquel sacerdote, encendido en espantosa ira, como verdugo despiadado que amenaza; las palabras salían de su boca atropelladamente, produciendo un silbido lúgubre...

La muchacha sentía que el llanto mojaba sus mejillas, y dábanle ideas de levantarse y correr hasta encontrarse muy lejos de allí; pero por el temblor que agitaba su débil cuerpo comprendió que le faltarían las fuerzas y permaneció cabizbaja mientras sentía deseos imperiosos de taparse los oídos con fuerza para dejar de escuchar el cúmulo de barbaridades que le decía el sacerdote, aquellas cosas feas que ofendían brutalmente su pudor virginal.

Luego comparó el lenguaje de don Manuel, aquel lenguaje indecoroso y rufianesco, con el dulce y persuasivo de Juan Antonio. Y sintió vergüenza y asco invencible al acordarse de que había besado la mano al indigno sacerdote que tan sin consideración la sermoneaba, amenazándola con el infierno, con el fuego eterno, con los tormentos perdura-

bles, con la irremisible perdición de su alma, con el irritadísimo Dios de las venganzas tremendas, ese Dios bárbaro que castiga sin duelo a sus criaturas porque no quiso o no supo hacerlas perfectas.

Y lo peor de todo era que amenazaba con tales y tan inenarrables suplicios de ultratumba, caso de llevar a cabo no sabía qué cúmulo de vergonzosas porquerías, que la pobre virgen ignoraba.

Por muchos esfuerzos que Elvira hizo, llegó un punto en que no pudo contenerse más, y prorrumpió en amarguísimos y angustiosos sollozos como si pretendieran arrancarle el corazón.

Magdalena, aquella tristísima pecadora perdida por el amor y por el amor salvada, no lloró tanto sus pecados como Elvira lloraba en aquellos instantes sin haberlos cometido, por ser la más pura de las mujeres, al escuchar la tanda de desatinos de aquel desconsiderado sacerdote que creía estar haciendo portentosos prodigios de oratoria, al ver el efecto que producía. Figurábase que las lágrimas de la muchacha y los sollozos que delataban su congoja eran como un principio de arrepentimiento, por lo cual prosiguió su desatentado discurso. Sin darse cuenta cabal de lo que decía, arremetió furioso y denodadamente, contra los hombres, contra los malditos hombres, de las grandes ciudades, a quienes calificó de abyectos y más que abyectos.

¿No lo sabía ella? ¡Oh! Pues sí: todos es-

taban condenados por perversos; para ellos Dios permanecía en el más oscuro y criminal olvido, y marchaban por el mundo, sin freno, como cuadrilla de diablos sueltos, deshaciendo honras y atropellando virtudes sin miramiento alguno ni cosa que se le pareciera. ¡Oh, y qué malos y abominables eran todos! ¡Qué perversidad la que encerraban en sus corazones bronceados!... Y lo peor y más malo del caso no estaba en que fuesen malos y herejes; lo más detestable de ellos consistía en que, arrastrándose por el lodo inmundo como se arrastraban, tenían suavidades de voz halagadoras que al penetrar por los oídos castos producían momentáneos estremecimientos de placer, porque las palabras de aquellos hombres, dulces y melosas, llevaban en sí el veneno que adormece primero, suavemente, y mata después!... ¡Eran muy atractivos y simpáticos aquellas gentes de abominación y pecado!

Así prosiguió el cura su plática largo rato, durante la cual empleó imágenes como la de la manzana preciosa, agradable a la vista, pero amarga y llen de podredumbre por dentro. Agregó que los hombres eran demonios, mensajeros de demonios malditísimos, que estaban en la tierra con la espantosa misión de atrapar almas cándidas para el fuego eterno.

Como terrible energúmeno púsose al llegar a este extremo, y amenazó a la infeliz muchacha con el terrible Dios de la ira, que castiga dura y violentamente, sin que le mo-

viesen a piedad los gritos angustiosos y desgarradores de las víctimas que cayeron en las malditas asechanzas del demonio, rey de las mansiones oscuras y tenebrosas del infierno.

¡Pobre Dios, y cómo quedó en manos del terrorífico sacerdote!

Elvira pensaba que si Dios fuese así como decía el cura, habría más que suficiente para huir aterrorizada hasta de su nombre.

Cuando el cura no pudo más; cuando las palabras confundíendose en su garganta se negaban a salir de su boca seca, acabó su tremebunda plática y depidió a la pobre niña que, compungida y acongojada, sentía opresión en el pecho y no podía ni respirar.

Don Manuel salió del confesionario con síntomas marcadísimos de congestión, como si se hubiera visto precisado a reñir ruda batalla contra el genio del mal, y penetró en la sacristía resoplando satisfecho, como quien acaba de cumplir a conciencia una importante y utilísima misión.

IX

Elvira permaneció arrodillada junto al confesionario. Las lágrimas de sus ojos parecían inagotables, y corrían de continuo como arroyuelo aumentado por la lluvia. Apenas tuvo fuerzas para ponerse en pie y dirigirse automáticamente, impulsada por la costumbre, a la capilla del Sagrario; mas no habría podido explicar el motivo de tales pasos ni cómo pudo llegar hasta allí. Permaneció mucho rato en pie con los ojos fijos en el altar, aunque sin mirar cosa alguna determinada. El curso de sus ideas habíase interrumpido, y su pensamiento paralizado. Sumida en tal abstracción estuvo, hasta que una beata vejancóna le llamó la

atención tirándole de la falda, para decirle que el cura acababa de abrir el Sagrario y disponíase a dar la Sagrada Comunión, por lo cual debía Elvira arrodillarse. Pero no se arrodilló. Al sentir las palabras de la vieja, estremeciéndose bruscamente y fijó su mirada extraviada en el tabernáculo, abierto ya por don Manuel, que en aquel momento se volvía a los fieles con el copón en la mano izquierda y sosteniendo entre los dedos índice y pulgar de la derecha una Forma consagrada, mientras las beatas mascullaban, dándose golpes de pecho, el «¡ Señor, yo no soy digna...»

Elvira creyó ver algo monstruoso al contemplar aquella ceremonia que en otras ocasiones le impresionó hondamente. En aquel tabernáculo en que veía ella algo así como una oficina de pasaportes para el cielo, encontraba la monstruosidad personificada en don Manuel. El pan eucarístico, en manos de tan indigno sacerdote, parecióle cosa repugnante, y pensó que, sin duda, Dios no podía descender a manos tan poco delicadas.

No quiso ver más y salió de la capilla de prisa y atolondradamente, sintiendo verdadero terror en su alma virgen y dejando estupefacta a la vieja, que la creyó loca de atar.

Iba a salir de la iglesia, pero sus ojos se fijaron en el Cristo de la Agonía y se detuvo. Era aquella una escultura tosca y de mal gusto, adornada con ridículas enagüillas, que gozaba en el pueblo gran fama de milagrosa. También Elvira estaba segura de que

aquel Cristo risible podía hacer un milagro cuando quisiese. ¡Tantos había hecho! Lo revelaban aquellas piernas de cera, aquellos pies, aquellas manos, las muletas que habían colgadas en la capilla, la interminable serie de ofrendas que llenaban las paredes. El efecto que tal número de colgajos polvorientos producía era detestable, cuando no asqueroso y repulsivo; parecía un cuartucho de hospital en el que se colgasen los chismes viejos. A pesar de la tosquedad de la imagen, el artista había acertado a imprimir en su cara una expresión perfecta de bondad y de dolor que realzaba la credulidad de la gente sencilla.

Y fijándose en el bondadoso rostro que parecía prometer algo sobrehumano, Elvira recordó la pasión cruentísima del Hombre Dios; los sufrimientos terribles de su martirio, las crispaciones y dolorosos retorcimientos de su agonía... A su memoria afluyó toda la vida del Salvador, vida amarga y penosa de hombre bueno que lucha titánicamente contra todos, cumpliéndose en El la ley brutal de la mayoría vencedora. Recordóle aquella imagen a Cristo predicando que la hora de la libertad había sonado; que la esclavitud es la mayor y más brutal de las iniquidades; que los hombres son hermanos y que como tales deben quererse y ayudarse en la angustiosa lucha por la vida; que la caridad es la más grande de las virtudes y que debemos sentir profundísima e inmensa misericordia hacia los desventurados que per-

severan en el mal, haciendo lo posible por conducirles al buen camino. A la desventurada Elvira parecía ver al Nazareno calumniado, perseguido, acosado como si de fiera destructora se tratara, injuriado y escarnecido bárbara y despiadadamente por los mismos hombres a quienes pretendía redimir; imbéciles esclavos que obedecían con ceguedad de brutos a sus tiranos, acobardados al ver surgir la nueva doctrina que amenazaba derrumbar su poder y dar fin a la tiranía.

Por su memoria pasaban confusamente las trágicas escenas del Calvario y veía la humildad sublime de aquel hombre a quien obligaron a apurar todos los dolores y saborear las amarguras todas; su grandeza de alma perdonando magnánimamente a los que le flagelaban, su viril entereza no sucumbiendo ante la fuerza brutal que se le oponía en avalancha incostrastable, continuando la predicación mil veces sublime de paz y concordia.

Recordó el pasaje de la mujer de Magdala, a quien Jesús supo perdonar y ensalzar, porque si había pecado desenfrenadamente, sufrió mucho porque amó y amaba mucho, y nada purifica tanto como el amor sincero.

Los recuerdos de aquella pasión y de aquella misericordia tan inconmesurable, confortaron suavemente el espíritu atribulado de Elvira.

Cristo había llamado siempre así a los afligidos, a los que sufren, a los grandes pecadores. Y allí estaba; con los brazos abier-

tos, como llamando a los que de él necesitasen, dispuesto siempre a recibirles, prometiéndoles la paz, como si, a través de los siglos, su voz de predicador incansable continuase resonando en nuestros oídos dulce, paternal y cariciosa, mostrándonos la igualdad de nuestro origen y dándonos a conocer la piadosa doctrina que hermana a los hombres y forma del mundo una familia.

La pobre muchacha pensó en la diferencia que existía entre la religión humana; entre aquella religión de paz y caridad que había predicado **El Dios Hombre** y la otra que contaba don Manuel, en la que había un Dios iracundo, vengativo, tiránico y aterrador, que no veía con buenos ojos que las criaturas se amasen; un Dios del que había que huir y esconderse, puesto que se gozaba castigando eternamente...

Salió de la iglesia sin haberse acordado de tomar la comunión, con el alma atribulada por la duda; asustada verdaderamente al considerar que iban cayendo estrepitosamente a sus pies gran parte de las creencias que tuvo siempre.

Y pensaba en que Juan Antonio tenía razón al afirmar rotundamente que aquellas cosas eran patrañas estúpidas en las que era imbécil creer.

De todas sus creencias antiguas no quedaba apenas nada.

Sólo veía el Mártir del Calvario; al sublime Nazareno, que murió pacientemente por

el inmenso delito de haber asegurado al hombre poderoso que era hermano del miserable.

Y aquella gran figura, símbolo sacratísimo de la redención del mundo, la veía, la veía con los brazos abiertos, con su dulce expresión de mártir resignado que sabe perdonar misericordiosamente a sus verdugos, diciendo con su voz suave, bondadosa y paternal:

«Vosotros los atribulados, los pobres, los tristes, los que sufrís persecución por la justicia, los que padecéis hambre y sed, los pecadores alejados del buen camino, venid a mí y yo os daré la gloria».

X

Al salir de la iglesia, con el atolondramiento que las escenas antes narradas le habían producido, Elvira sintió en los ojos un dolor agudo como si hubiese recibido pinchazos en ellos. Era que, al salir de aquel templo oscuro y tenebroso, la potente luz del día le hería de lleno y los rayos abrasadores del sol le quemaban la retina. Aquel torrente de luz no sólo le hería el cuerpo haciéndole el efecto de un latigazo, sino el alma, en la que creyó sentir un sacudimiento enérgico que la despertaba a la realidad.

Figuróse entonces que salía de una horrible caverna donde había estado encerrada mucho tiempo, y que entraba de improviso en las puras y bienhechoras regiones de la luz.

Deslumbrada, con la cabeza inclinada sobre el pecho y encandilados los ojos, llegó a su casa en un momento; caminaba con la anhelosa precipitación de los débiles perseguidos. No se atrevió a volver la cabeza por miedo de encontrarse con algún monstruo espantoso que le siguiese los pasos.

Al verla doña Crescencia entrar de aquel talante, desolada, enrojecidos los ojos, y con señales evidéntisimas de inconsolable aflicción, comprendió que el asunto que tanto la preocupaba iba por buen camino y experimentó gran alegría; la alegría que deben de experimentar los reptiles cuando acaban de ejecutar un mal en provecho propio.

No era menester que dijera a la señora de Colmenares lo que había ocurrido; ella lo sabía mejor que nadie.

Figuróse que la repugnante plática del cura había producido su efecto anhelado, y se alegró mientras resolvía no retroceder un paso en el camino emprendido.

Elvira besó la mano de su tía, como siempre que volvía de confesar, y ésta pareció no parar atención en el aflictivo estado de la joven, que se encerró en su cuarto para desnudarse con objeto de preparar la comida.

Aquella mañana hizo las cosas mal, y gracias a la fuerza de la costumbre, por la que se movía automáticamente, pudo cumplir con sus deberes culinarios.

No podía olvidar el cúmulo de desatinos que le había dicho don Manuel, y sentíase oprimida, con deseos de llorar mucho y de

comunicar a alguien aquella tremenda aflicción de su espíritu.

Deseaba ardientemente que llegase la noche y la bendita hora en que debía ver a Juan Antonio, único consuelo de su triste y desolada existencia.

Pensaba desahogar su corazón dándole a conocer todo cuanto por la mañana le había ocurrido.

Pero cuando más decidida estaba a contarlelo todo, vino a asaltar su espíritu un nuevo temor.

¿Cómo podía comunicar al amado de su alma lo ocurrido? ¿Contaba con medios hábiles para poder conciliarlo todo? ¿Podía ser franca con él y confesarle sin ambages su tristísima situación?

La conciencia aconsejábale no tener nada oculto a aquel que era el único encanto de su vida.

Sí, sí, ¿por qué no serle franca? ¿tenía ella la culpa del sufrimiento horrible a que la condenaban?

Indudablemente había pecado, si pecado era querer a un hombre con todas las fuerzas de su alma, amarle sin reservas, poniendo en aquel amor todos los movimientos de su cuerpo y las aspiraciones infinitas de su espíritu. Más aún, Juan Antonio era merecedor de tan entrañable cariño, porque también la amaba con pasión única.

No había, pues, apelación posible; la angelical muchacha inclinábase a la franqueza; desahogaría su corazón de tan crueles an-

gustias dando cuenta detallada al muy amado de sus incalculables penas.

Así se lo aconsejaba la conciencia, así debía hacerlo y así lo haría.

Pero...

Los malditos **peros** parecían empeñados como siempre en torcer el curso de los acontecimientos; iban a cambiar una vez más la fortuna de los enamorados.

Elvira estaba segura de que Juan Antonio se disgustaría y con razón, al enterarse de las desventuras de su ídolo, y temía que pudiese tomar una determinación violenta, tras de la cual vendría un escándalo a empeorar la situación. Conocíale bien; estaba persuadida de su cariño, y desde luego calculaba que Juan Antonio, con su carácter independiente que no transigía con nada, no iba a permanecer cruzado de brazos consintiendo que las cosas continuasen del mismo modo.

Aquel temor le hizo decidirse por resolver el asunto con el silencio. Para esto disimularía cuanto a su alcance estuviera, con el fin de que no vislumbrase ni remotamente su amado el drama que empezaba su desarrollo de tan detestable manera.

Pensaba con miedo en la ira que de Juan Antonio se apoderaría dando motivo tal vez a escándalos y trastornos cuyo alcance era imposible prever.

Tranquilizábase poco a poco su espíritu, según quedaban más distantes las rudas impresiones que por la mañana recibiera y no tardó mucho en sentirse más serena, con esa

serenidad plácida con que los espíritus grandes miran las miserias de la vida.

El recuerdo de Juan Antonio, tan amable, tan dulcemente cariñoso, parecía confortarla, y la esperanza de verle devolvíale la alegría.

La misericordia tomó otr vez posesión del alma de la virgen y empezó a sentir piedad profundísima hacia los desventurados que no saben cumplir la alta misión de vida que a cada cual han debido confiarle los poderes invisibles que rigen y gobiernan el corazón humano. ¡Oh! sí, eran más dignos de lástima que de castigo, ya que tenían los oídos cerrados y pétreo el corazón.

Reflexionándolo bien, pensaba Elvira, no tenía en realidad importancia alguna nada de lo ocurrido, y no era cosa de asustarse y cometer la incalificable indiscreción de ir a alarmar a los demás por tan pocos poderosos motivos, siendo ella la que iniciara una lucha que necesariamente había de traer consecuencias fatales para ellos.

La bondadosa joven, dejándose conducir por su espíritu misericordioso como ninguno, empezaba a perdonar y hasta a olvidar los sucesos de la mañana, en la creencia de que, si tomaron tanto cuerpo, culpa fué de su exquisita impresionabilidad. Además, aquello no volvería a repetirse, estaba segura de ello; don Manuel se habría dado cuenta, sin duda, del mal rato que la hizo pasar, y esto era bastante para que otra vez anduviese más comedido con quien tan poco daño le había hecho,

Para ponerse en mejor disposición de perdonar, quiso engañarse a sí misma diciéndose que tal vez don Manuel la había confundido con otra cuando tales y tan desatentadas cosas se atrevió a decir. ¿Acaso no era aquello la cosa más fácil del mundo, dada la penumbra de la iglesia y la semiobscuridad del confesionario?

Aun pensando de aquella manera, no acababa de comprender cómo un sacerdote se atrevía a decir tales atrocidades y a llevar su irreverencia a grado tan supino; porque irreverencia y más que irreverencia resultaba la filípica de don Mnuel; pero como el espíritu de Elvira era misericordioso y se inclinaba naturalmente a la piedad, a medida que pasaban las horas, fué tranquilizándose; y de no haber sido tan grande lo ocurrido, de no haberle impresionado tan profundamente, hubiéralo olvidado todo en seguida.

En lo que quedó firme fué en la resolución que acababa de tomar. Juan Antonio no debía saber nada. Si guardaba silencio, evitaríale el mal rato y la corajina que había de costarle el conocer la bárbara conducta con ella observada por el sacerdote.

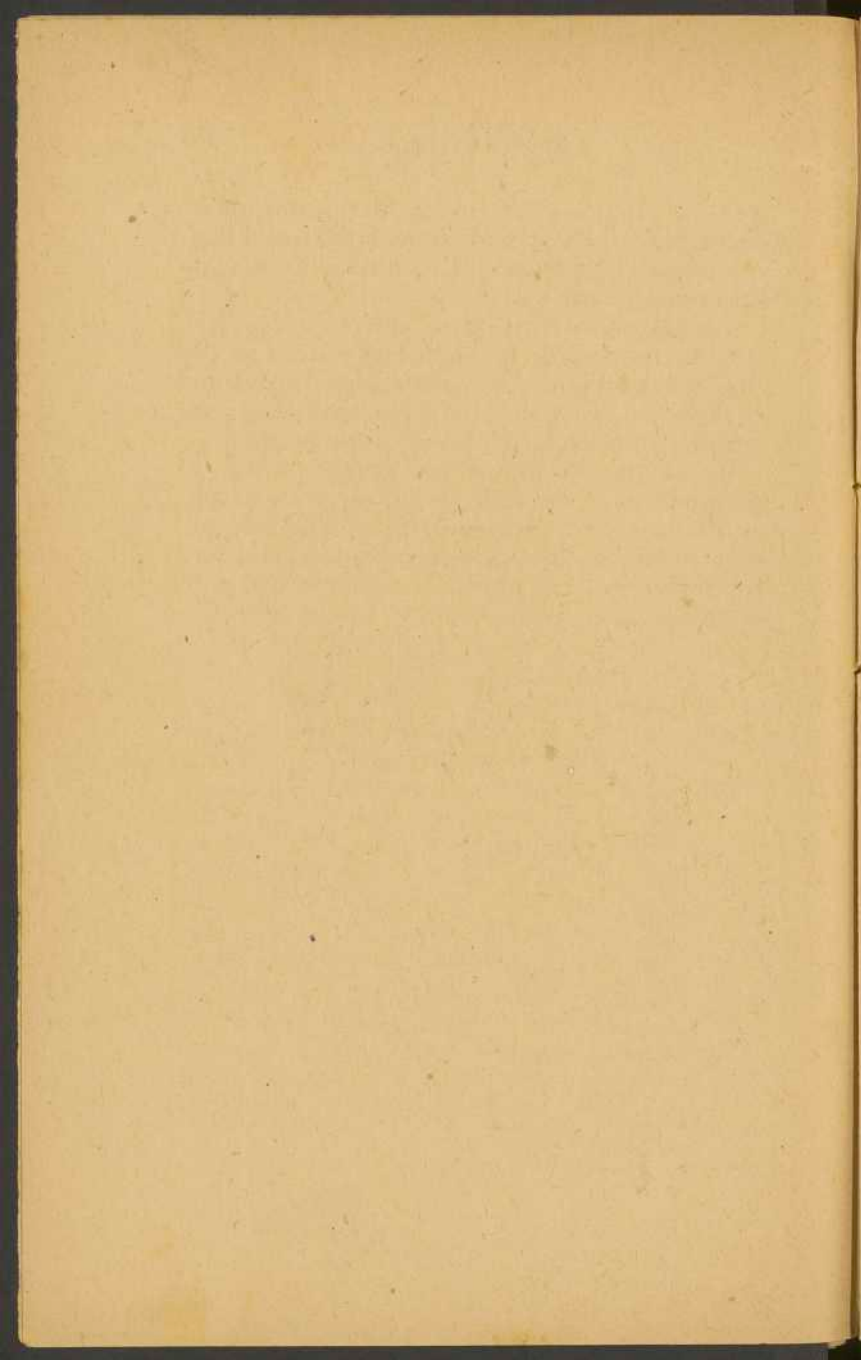
A más, don Manuel habíale asegurado, aunque con cierta dureza hija de la excitación nerviosa, que la plática aquella iba encaminada a su bien, y pudiera ocurrir que ella no comprendiese como era debido la sana intención que animaba al cura.

Siguiendo el curso de sus piadosos pensamientos, tardó poco en perdonarle por com-

pleto, y aunque pasó un día malísimo, otras impresiones peores vinieron a borrar casi por completo las detestables y nunca esperadas del confesionario.

Porque el martirio de la desventurada Elvira no hacía más que empezar, y los sacrificadores no habían de contentarse con iniciar el sacrificio, ya que no era posible llegar con tanta premura al fin que se proponían.

La víctima había de ser acosada terca y cobardemente, sin darle punto de reposo, hasta que la vieran caer rendida, ahogándose de pen, retorciéndose como epiléptica, sin encontrar alivio a su dolor, ni un alma que con la suya llorase.



XI

Sin incidentes dignos de mención transcurrió la mañana; Elvira dedicada a las faenas domésticas; Colmenares buscando en su imaginación de viejo avaro, si no la piedra filosofal, un medio fácil y sencillo de multiplicar su dinero, y doña Crescencia meditando el modo de dar fin a los amores de su sobrina, que tan hondamente habían llegado a preocuparla. Con tal motivo se vió precisada a interrumpir los cálculos de Colmenares para charlar con él hasta fatigar la lengua. Tan quedamente hablaron, que de su conversación nada puede transcribirse, aunque sí pueden conocerse los efectos, porque no tardaron en dejarse sentir.

Y fué que, al sentarse Elvira a la mesa,

creyó notar algo extraordinario en sus tíos. Encontrábalos más serios que de costumbre, y parecían querer dar a su cara expresión de profunda tristeza; pero como no era real, sólo conseguían poner el ceño tan adusto y hostil, que no parecía sino que acabasen de reñir.

También observó la infeliz criatura que la miraban a hurtadillas como si pretendiesen sorprender en ella algún movimiento extraño.

Sin dirigirse la palabra para nada, comieron la sopa lentamente, bajas las cabezas, en actitud reflexiva.

Mientras comían, don Gumersindo, obediendo a una mirada imperativa de su señora, exclamó:

—A propósito, ¿sabes a quién he visto?

La pregunta no venía a propósito de nada, pero tal fórmula era la empleada por don Gumersindo siempre que quería comenzar cualquier conversación.

—Como no lo digas—respondió la señora, mientras se preparaba a engullir un trozo de carne.

—Pues a ese estudiante de Medicina; a Juan Antonio Arévalo.

Elvira no fué dueña de ocultar la emoción al oír el nombre de su amado. De buena gana, al cerciorarse de que iban a hablar de él, habríase levantado para ocultarse en la cocina y no escuchar lo que dijiesen; pero tenía necesidad de permanecer allí clavada en la silla, consumiéndose.

No encontraba achaque lógico para reti-

rarse y se resignó a quedarse y oír, con los ojos fijos en el plato, cuanto a sus tíos les viniese en ganas de contar.

Tenía también un principio de curiosidad, a pesar de su azoramiento, y aunque el tono en que habló su tío no era muy a propósito para tranquilizar su corazón, Elvira experimentaba la vaga esperanza de que don Gumersindo hablase bien de Juan Antonio. La más insignificante alabanza que de él hubiesen hecho habría sido bastante para hacerle olvidar sus angustiosos dolores y reconciliarla con el mundo entero.

Pero las cosas no estaban así dispuestas; el elogio no vino; lo que no tardó en llegar fué la censura; pero la censura deprimente, agria y seca.

Volvió a preguntar doña Crescencia como quien siente interés, y el notario dijo:

—Verás tú: iba yo con don Paco, cuando pasó por nuestro lado y nos saludó con mucha finura.

—Ahí tiene usted un buen muchacho—le dije a mi acompañante.

—¡Ay, don Gumersindo, cómo y qué fácilmente se engaña a las personas de buena fe!—exclamó don Paco.

—¿Por qué dice usted eso?—le pregunté.

—Pero ¿usted lo ignora?

Y me refirió una serie de cosas que, francamente, me dejaron pasmado.

—¿Y qué fué ello?—preguntó doña Crescencia.

Colmenares, con acento melodramático, contestó:

—Oye y asómbrate: ése niño que hasta ahora pasó por muchacho juicioso y cabal, por hombre de bien, es un perdulario completo, un granuja cabal.

—¡Jesús, María y José!—exclamó doña Crescencia santiguándose hipócritamente—. ¿Pero será posible? ¡El con esa cara de santo...

—Sí, sí, fíate de caras apacibles.

Los gritos y aspavientos de la señora del notario amenazaban no tener fin. Llevábase las manos a la cabeza con lastimero ademán como si de la perdición de algo muy querido para ella se tratase.

—¡Virgen Santísima de la Soledad! ¡Dios poderoso! ¡Piadosa corte celestial!...

Pasaron algunos minutos en tales exclamaciones y jerigonzas, minutos que para Elvira fueron siglos de inexpresable tormento.

Luego afirmó doña Crescencia, algo más tranquila, que tal vez se engañase la gente asegurando que Juan Antonio era un perdido. ¡Vamos, que no podía creerlo!

Don Gumersindo agregó que cuando el río suena... Esto lo dijo sentenciosamente y dando a los puntos suspensivos toda la intención que pudo.

—Pero, dime, ¿qué es lo que dicen de ese pobre muchacho?

—Pues nada: que nos ha engañado a todos de mala manera.

Calcula tú que Juan Antonio ha colgado los libros, y dejó de ser estudiante.

—Entonces, ¿qué es lo que hace? ¿En qué piensa?

—Pues nada: se pasa la vida en Madrid hecho un verdadero pillo, viviendo como Dios quiere, entre queridangas, y mujeres y hombres de mala vida.

—¡Jesús! ¿Quién se lo había de figurar? ¡Tan aplicado y tan dócil como era cuando pequeño!... ¡Si u pobre mdre levantase la cabeza!... ¡Qué horror!... ¡Jesús y mil veces Jesús! ¡La virgen santísima nos libre!—Aquí doña Crescencia se santiguó por centésima vez mientras suspiraba ruidosamente.

Elvira creía que se estaba muriendo; tal era el suplicio que sufría con aquella conversación. Temblaba de pies a cabeza y no se atrevía a mirar a sus tíos, temerosa de que se dieran cuenta de su turbación.

Ignoraba la infeliz que aquellos miserables, mirándola a hurtadillas, recreábanse en su dolor, y que calumniaban sabedores del daño que hacían y satisfechísimos del efecto que en ella causaban tan horribles mentiras.

No obstante ser tan resignada y pacientísima, momento hubo en que se vió precisada a hacer un gran esfuerzo sobre sí para no gritar, con todo su cuerpo y con su alma toda, que lo que de Juan Antonio se propagaba era vil calumnia que tal vez inventó el espíritu del mal.

Pero comprendiéndose débil, tomó el partido de permanecer silenciosa, devorando sus

dolorosas angustias, de las cuales a nadie podía hacer confesión.

Don Gumersindo, como ajeno a cuanto en el espíritu de su sobrina ocurría, pero alegre al adivinar su tormento, siguió hablando con cierta fruición, que disimulaba con fingimientos de mal cómico, de la vida agitada y tumultuosa que llevan los jóvenes en las grandes capitales; de aquella corrupción asquerosísima de Madrid que los manchaba a todos y alcanzaba aun a los más santos.

Las mujeres malas, admirables y peligrosísimamente hermosas y atrayentes, constituían el terrible escollo donde la incauta juventud, ansiosa de placeres enervantes, se estrellaba.

El discurso de Colmenares era interrumpido de tanto en tanto por doña Crescencia.

Unas veces decía:

—¡Oh! ¡Oh! Críe usted hijos, sacrifíquese usted por ellos, y mándelos a estudiar para que se perfeccionen y se hagan hombres.

Y esto lo decía sarcásticamente, dando a sus palabras la intención más dañina que podía.

Luego agregaba:

—Por supuesto, que siempre influye mucho la condición de los individuos; porque realmente, cuando los jóvenes son buenos de verdad y temerosos de Dios, saben librarse de todo mal contagio.

Mucho hablaron, y no bien, de aquellos que buscan los placeres y caminan derecha-

mente a la perdición, y marido y mujer tronaron airados contra ellos.

Después llegó el capítulo de las lamentaciones y de las lástimas, y éste fué el que más daño hizo a la desdichada Elvira.

—¡Pobre Juan Antonio!—clamaba don Gomersindo, con aire compungido, cruzando beatíficamente las manos sobre el pecho.—¡Quién lo hubiera creído! ¡Tan bueno como era!

Doña Crescencia, sin cansarse, se lamentaba también diciendo:

¡Qué lástima de muchacho! A Juan Antonio no le hubiese ocurrido nada de aquello, de haber tenido quien le aconsejase. El tenía buenas inclinaciones, y al principio se portó como las personas bien educadas, decentes y temerosas de Dios; pero se había visto libre cuando aún necesitaba el apoyo moral de los demás, y las malas compañías pueden mucho; el mal ejemplo inficionaba ¡Pobre! Había sido débil, habíase encontrado solo y no tuvo otro remedio que caer. Y lo peor del caso es que ya no quedaba que hacer otra cosa que compadecerle buenamente, porque Juan Antonio estaba demasiado durillo de pelar para poderle conducir de nuevo al buen camino, del que, en tan poco tiempo había llegado a alejarse tanto... ¡Oh, juventud, juventud!...

De haberse prolongado un poco más, aquella conversación, la enamorada joven habría caído al suelo presa de un accidente nervioso. Pero la comida tocó a su fin y Elvira se

levantó para quitar los platos y encerrarse en la cocina. Las piernas le temblaban como negándose a sostenerla; creía que el suelo se hundía bajo sus pies, y cuando llegó no tuvo fuerzas para más y se dejó caer pesadamente en una silla prorrumpiendo en amarguísimos sollozos.

¡Dios mío! ¿Qué había hecho ella para ser tan desgraciada?

Y mientras se preguntaba esto salían de sus ojos las lágrimas copiosamente y experimentaba terrible opresión en el pecho.

¿Pero era posible que Juan Antonio fuese tan infame?

Ella misma se contestó que no; lo que habían contado a sus tíos era falso; una mentira de todos los diablos.

¡Juan Antonio! ¡Cielo santo! Si era tan bueno, que dudar de él habría sido dudar de la luz...

Y lloraba, lloraba, con mucha más aflicción que por la mañana, cuando el cura le preguntó cosas, que, sin saberlas, la avergonzaron.

De haber tenido libertad, habría corrido en busca de Juan Antonio para preguntarle si era verdad cuanto había oído; aquel fárrago de disparates que tan desventurada la hacían.

Pero lo único que estaba a su alcance era esperar hasta la noche, porque, antes, ella misma le había prohibido que fuese, temerosa de descubrir el misterio de aquellos amores llenos de pureza y de fuego, de castidad,

y de arrebatos ardientes, de devoción y de irreverencias sublimes...

¡La noche! ¡Qué lejos estaba! ¡Qué tristeza tan grande la del día!

Para Elvira, como para los que aman misteriosamente, la noche no tenía negruras espantosas, porque en medio de sus tenebrosos misterios había siempre algo resplandeciente y esplendoroso como el sol.

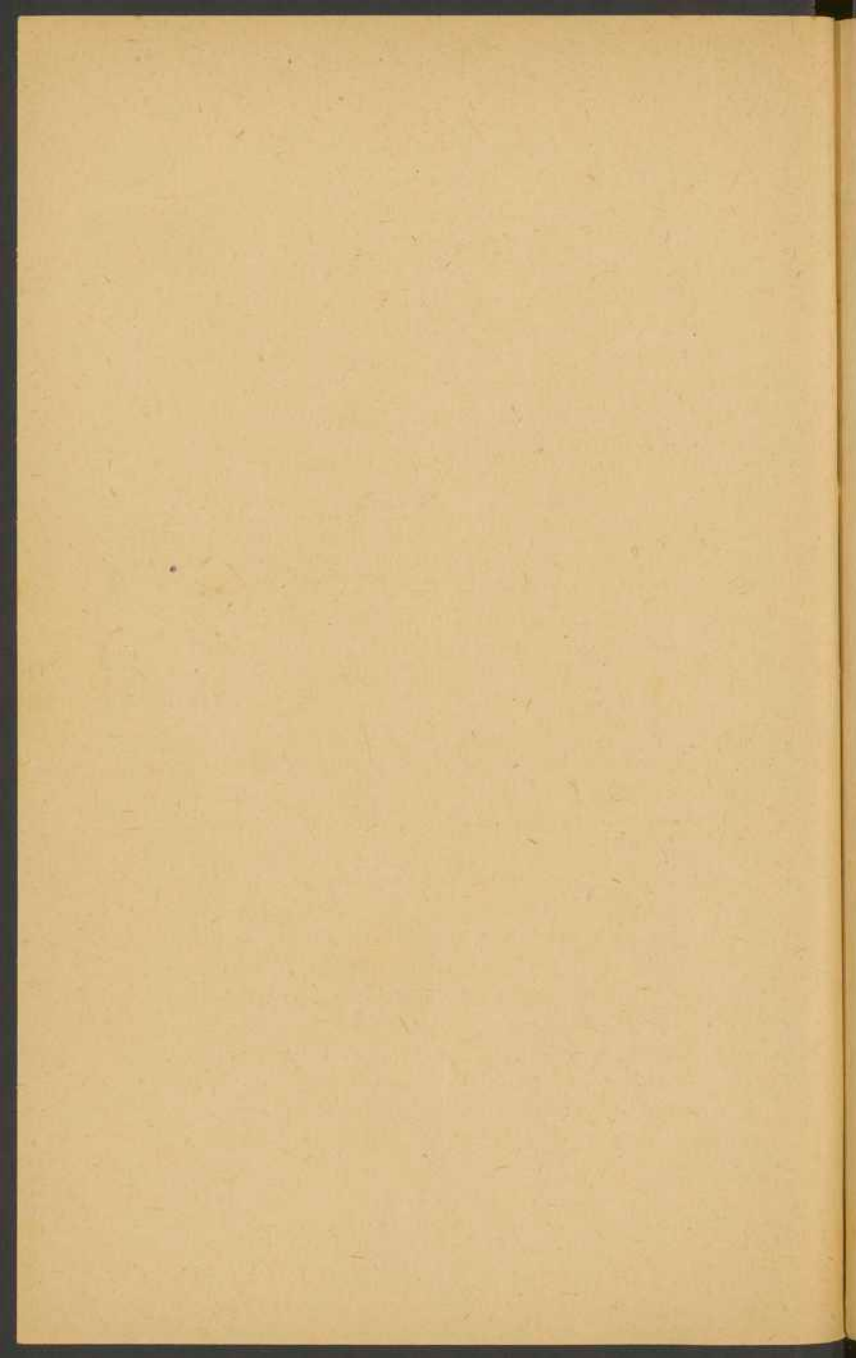
Para Juan Antonio y Elvira, se presentaba la noche como la piadosísima encubridora de los santos secretos del amor, de las caricias ardientes, de los arrebatos pasionales y de los dulces ensueños de dicha y de gloria.

La noche encerraba para ellos deslumbrantes esperanzas; con ella iban los juramentos y las promesas; las deliciosas concepciones que aceleran la marcha del progreso de la humanidad; las primeras estrofas del himno triunfante de la vida... y siguiendo a la noche llegaría la aurora, heraldo del sol que mientras vivificaba la tierra, había de alumbrar su felicidad.

Esperaba la noche llorando amargamente y reprimiendo los gemidos de desesperación.

Y allá, en el comedor, dormitaban satisfechos don Gumersindo y su señora, en la seguridad de que ganarían la batalla emprendida sin necesidad de gastar mucha pólvora.

En el cielo, el sol seguía su marcha triunfal y extendía sus rayos sobre la tierra en una caricia cálida a los campos en germinación.



XII

El fin al que se proponían llegar los tíos de Elvira estaba bien determinado.

No eran muy nobles los medios, pero con tal de conseguir lo que anhelaban, importábales poco la violencia moral, y habrían llegado a la material sin remordimientos de haberla creído necesaria.

Cerrado el corazón a todo buen sentimiento, no cejarían en la lucha empeñada.

Estaban resueltos a pasar por todo, antes que consentir los amores de los muchachos, evitando así que llegase el momento en que se vieran precisados a rendir cuentas.

Don Gumersindo y doña Crescencia tenían formado su plan: inventarían infamia tras

infamia; estrujarían sin piedad el corazón de la inocente niña... ¿Acaso a ellos les importaba algo los sufrimientos de la desdichada? A más ¿no tenían el derecho de hacer su santa voluntad? Que padeciese Elvira. ¡Bueno! ¿Qué?

Desde bien pequeña la tuvieron bajo su protección y custodia, y no era cosa de dejarla obrar a su antojo y consentirle todos los caprichos.

Nada, que no cederían en su empresa.

Para algo le había dado Dios a la señora de Colmenares aquel carácter enérgico y dominador.

Del mismo modo que pudo imponerse a don Gumersindo, sabría hacerlo con «aquella desvergonzada que tuvo la falta de aprensión de amar a un hombre sin solicitar por anticipado la correspondiente autorización de su tía».

Como la generalidad de los egoístas, doña Crescencia creía que eso de amar a una persona es potestativo, algo así como mudarse la camisa o dejársela de mudar.

Había echado en olvido, o no quería acordarse, de la conducta que observó en su juventud borrascosa, durante la cual, la satisfacción de sus brutales apetitos de bestia fué el norte de su vida.

El camino que los tíos emprendieron no era indudablemente el mejor y más adecuado para el triunfo; los procedimientos de que

pretendían valerse resultaban burdísimos, y la conducta que habían de observar harto grosera.

Ignoraban que rara vez se llega a alcanzar el éxito, el buen éxito, por malos medios.

Figurábanse que con tal conducta podrían ahogar la pasión, para ellos naciente, sin saber que sólo le revelaron a Elvira, por la conversación sostenida en la mesa, que si podían matar las ilusiones de cualquiera, no eran lo suficiente fuertes para matar amor tan arraigado.

* * *

¡El amor!...

Tú, lector carísimo, debes saberlo, lo mismo que lo sé yo, como lo sabrán todos los que sean de corazón bien templado y de alma noble: el amor crece hasta tomar proporciones de locura con las contrariedades.

Esto no es nuevo, y por consiguiente no tengo la pretensión de haberlo descubierto.

En el ser humano hay siempre un deseo imperioso de apartarse de los caminos trillados.

Hay, además, algo que se irrita contra las imposiciones y los mandatos inicuos; algo rebelde próximo siempre a estallar contra la tiranía que ata y aprisiona...

Y cuando se ve acosado, o se defiende rabiamente a mordiscos si las circunstancias así lo imponen, o se deja morir buenamente, lamentando sus desgracias.

Defenderse con salvaje energía, o abandonarse a la mala fortuna, es cuestión de caracteres.

Por eso hay pueblos que sucumben cobarde e ignominiosamente, y pueblos que se insurreccionan airados.

Elvira era excesivamente débil y parecía predestinada a sucumbir; las flores del almendro no resisten los furiosos vendavales. ¿Pero, acaso ella no contaba con el decidido apoyo de Juan Antonio?

Esa pregunta se la hacía con mucha frecuencia; mas después de lo que acababa de oír, empezaba a ahogarla el demonio terrible de la duda, que parecía enroscarse a su garganta fuertemente.

Una coqueta habría despreciado a Juan Antonio, al tener noticia del engaño. Su único disgusto habría sido la mortificación de su amor propio.

Pero Elvira estaba muy lejos de ser coqueta: era de las contadísimas muchachas que ignoran lo buenas que son y lo mucho que valen. Sencilla e inocente; ignoró que era mujer apetecible, digna de ser amada, hasta que se lo dijo Juan Antonio, y, aun así, su modestia era tan grande, que dudaba. Manifestábase contenta y satisfecha, porque, si no era bonita, le bastaba con parecérselo a él.

Y habría deseado ser la más hermosa y apetecible, pero no para estar entre las demás, ni para que la viese la gente, sino para Juan Antonio. Brindábase a él púdicamente, manifestándose tal cual era, otorgándole piadosamente toda clase de caricias, sin fingimientos ni pudores falsos; porque amaba con toda su alma y con todo su cuerpo, y porque tenía confianza sin límites en su amado.

No concedía nada por cálculo, porque el amor verdadero no es calculista nunca; por algo lo pintan desnudo, porque no necesita encubrirse para existir y ser avasalladora de los bienes de la vida.

Juan Antonio era el destino de la desdichada, y a él encontrábase ligada fuertemente con esas ligaduras poderosas y solidísimas que no puede romper ni el poder lúgubre de la muerte.

El amor fué para ella un dulce misterio; lo era todavía, pues no se explicaba ni podía explicarse por qué raro movimiento del espí-



ritu se sentía tan inclinada a él, y tan de él, que no habría cambiado por nada del mundo el amor de Juan Antonio.

Celosa de su bien amado, ella, tan cándida, tan virginal, tan débil, no hubiera vacilado en reñir batalla contra quien hubiera pretendido arrebatarle.

A aumentar tan inmenso cariño contribuía sin duda la soledad en que se encontraba; fuera de Juan Antonio, a nadie tenía en el mundo que la quisiese con desinterés y abnegación.

Su alma delicada estaba ansiosa de ternuras, y para ella no las tenía nadie.

Presentábase el muchacho a su vista como nuevo redentor que iba a templar su alma en el fuego de un amor incomparable, que Elvira desconoció durante mucho tiempo.

Por eso, cuando logró dominar sus dolores, al ir cesando sus lágrimas poco a poco, y pensar en la situación en que se encontraba, comenzó por decirse:

—¡Qué tonta soy! ¡Si no sé por qué me doy tan malos ratos! Lo que dicen es una horrible mentira.

Ella, que había hecho un Dios de Juan Antonio, no podía creer en modo alguno que fuese tan falso, tan vil, tan perverso y duro de espíritu, que la engañase.

Capaz era de admitir que Juan Antonio fuese corto de alcances y sin talento alguno para nada, ¡pero malo!... Eso sí que no toleraba que lo pensasen siquiera.

El fin de tales cavilaciones fué el de vencerse más que lo estaba, si esto era posible, de que cuanto dijeran era falsedad inventada por algún enemigo envidioso, bajo y ruin.

Elvira recordó que todos los veranos, cuando llegaba a pasar unos meses de vacaciones, le enseñaba unos papeles que afirmaban que Juan Antonio Arévalo había obtenido la calificación de «Sobresaliente», así, en letras muy gordas... Y todos aquellos papeles, de los que tan contentos y satisfechos se mostraban uno y otro, decían casi lo mismo, sólo variaba el nombre de la asignatura y la firma de los profesores.

La pobre muchacha se acordaba muy bien de que, hacía algunas noches, su amante le llevó las notas de aquel curso; cuatro. Y se las había hecho leer dándose cierto aire de importancia, con verdadero orgullo escolar.

¡Cuatro! ¡Cuatro! ¡Ya no faltaban más que tres! Al año próximo, al llegar las vacaciones, ya sería médico y se podrían casar a escape.

—Me dedicaré a hacer visitas a los enfermos—le había dicho—hasta que se presenten unas oposiciones. Y los cuidaré mucho, mucho, con gran mimo, acordándome de ti, y mientras tú me quieras, no se me morirá ninguno.

—Entonces nunca, nunca, se morirán, porque yo te querré siempre, y así serás famoso

y te amarán cuantos te conozcan... Pero nadie como yo ¿eh?

Noches antes habían sostenido esta conversación, y Elvira le miraba con la boca abierta, alimentando con sus caricias las bondades de aquel corazón y el cariño de Juan Antonio, que hasta tenía la ilusión de salvar a sus futuros enfermos por el amor de Elvira.

—Sí, sí—se decía la muchacha;—Juan Antonio no ha dejado de estudiar; será médico dentro de un año, y entonces, no tendremos que ver con nadie ni con nada de lo que digan, y estaremos muy juntos siempre y seremos felices.

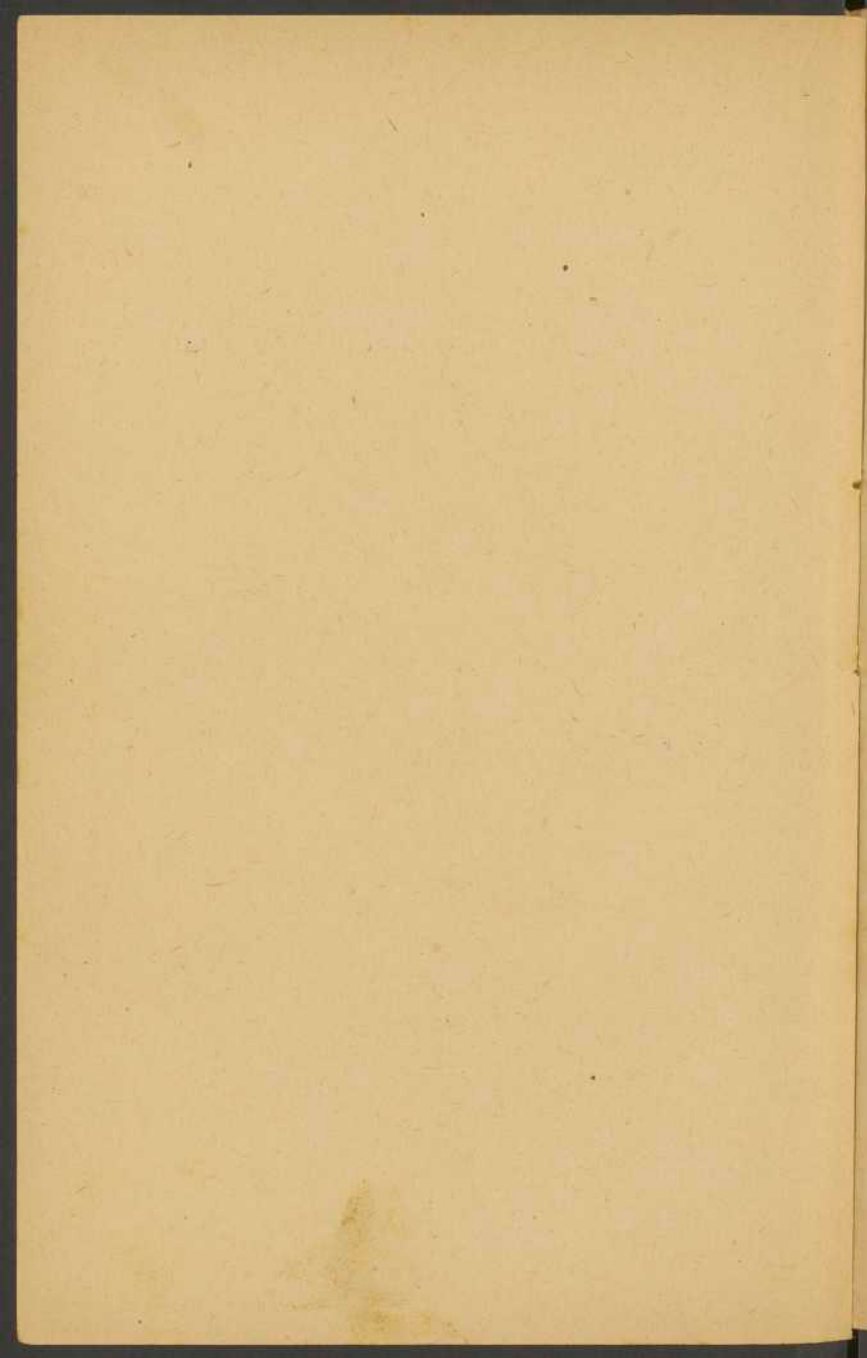
Más consolada, dedicóse a sus quehaceres, aguardando la hora en que habían de verse.

Y llegó; la trajo la noche misteriosa envuelta en su manto de brillantes.

Nada se atrevió a decirle por no disgustarle. ¿Acaso necesitaba preguntarle para saber lo bueno que era? Le miró, sí, con más y más insistencia que otras noches, y viendo aquellos ojos grandes, de mirar franco y bondadoso; aquella boca, cuya sonrisa parecía acariciar; aquel vigor y fortaleza de todo su cuerpo joven, sacó la seguridad de que ni aun proponiéndoselo podía ser malo. A más, un hombre que decía las cosas tan dulcemente y que de aquella manera pensaba, no podía ser sino bueno y muy bueno.

¿Para qué, pues, amargarle los momentos de felicidad que a su lado pasaba, dándole a conocer las murmuraciones de las gentes?

Se abandonó al blando arrullo de las promesas y de los venturosos proyectos, y se dejó acariciar y acarició a su vez con más ímpetu que otras noches, porque su maltrecho espíritu necesitaba ternuras inmensas, y éstas no podía recibirlas sino de Juan Antonio.



XIII

Las horas seguían su marcha regular con la impasibilidad de lo insensible, saltando por todo, aviejándolo todo en su incesante sucesión. Para Elvira y Juan Antonio pasaban con rapidez vertiginosa tal, que ellos no se daban cuenta de aquel correr interminable de las devoradoras de los siglos.

Nada interrumpía el silencio imponente de la noche, que marchaba con sigilo hacia el día, sin detenerse, como si llevase la intención de que el reposo no superase a las horas de la lucha.

El viento movía las hojas de los árboles mansamente, como acariciándolas con medida.

La torre árabe del pueblo, prodigio de ga-

llarda arquitectura, se elevaba recta como gigante guardador del reposo.

Elvira, oyendo la voz suave de Juan Antonio, olvidó sus penas; en aquellos momentos el mundo entero se reducía para ella a una realidad arrobadora: Juan Antonio; no había nada más que él dentro y fuera de la vida. Al mirarle junto a la ventana, cariñoso y sonriente, admiraba su gallardía, su aspecto de hombre fuerte, formado para la lucha; su frente despejada de pensador; sus ojos negros, rasgados y brillantes que la miraban con bondad infinita... y se sentía dichosa.

Consideraba que sería un defensor admirable, y ella delicada, débil, sentíase fuerte y segura a su lado y no experimentaba temor alguno.

Podía dar por bien empleados todos sus disgustos, contando con el cariño de aquel mozo a quien creía capaz de todas las grandezas.

¡Qué dicha para ella verle y hablarle!

La hora de la separación llegó; la mañana tardaría poco en aparecer, ahuyentando la noche, y era preciso despedirse hasta otro día, y Elvira, cuando se quedó sola, cuando vio que Juan Antonio caminaba calle arriba, volviéndose de tanto en tanto para decirle adiós, experimentó desconsuelo infinito y no pudo reprimir las lágrimas, que corrieron silenciosas por sus mejillas. Veíale alejarse cuando más necesitaba de su arrimo y apoyo; cuando era su presencia más necesaria.

Volvió a sentirse débil... ¡No, no valía nada, ni para nada; no tenía fortaleza! Con Juan Antonio se iba la tranquilidad y la alegría que le era dado disfrutar al sentirse protegida por él.

Largo rato permaneció en la ventana, mirando fijamente hacia donde iba Juan Antonio, cuya silueta fué difumándose lentamente hasta que acabó por confundirse con las negruras de la noche. Ya no veía más que el sitio por donde había desaparecido, y sin embargo, continuaba allí, agarrada fuertemente a los hierros de la reja, contemplando la calle con la ansiosa avidez del preso que ve perdida toda la esperanza de libertad y sabe que se encuentra a dos pasos del lugar donde los hombres son libres.

Momentos hubo en que sintió deseos de gritar el nombre de su bien amado, para que volviese apresuradamente y no la abandonase en aquella soledad espantosa. Ocurriale lo que a los enfermos que son llevados al hospital por amigos queridísimos que carecen de medios suficientes para sostenerlos, y suponen piadosamente que nada ha de faltarles en él, por estar allí reunidos cuantos medios de curación exigen las circunstancias. Al principio, el enfermo está animoso o hace esfuerzos continuos por manifestarlo; dice sonriente que no siente preocupación; que se curará; pero cuando metido en una de las camas de la larga sala, ve que sus amigos se alejan, despidiéndose hasta el primer día de visita, terror invencible se apodera de él, y

entonces, por escasas que sean sus fuerzas, se incorpora y grita, llamándoles para implorarles que no le abandonen.

Gran esfuerzo tuvo que hacer Elvira para arrancarse de aquella ventana que parecía atraerla. Volvió a mirar a la calle y cerró, extremando las precauciones.

Después caminó sigilosamente para evitar que la oyeran sus tíos, que dormían tranquilamente, con la tranquilidad con que debieran dormir los que obran bien y tienen la conciencia limpia de todo remordimiento.

Verdad es que en Colmenares y en su señora la conciencia estaba como anestesiada, y, por grandes que fuesen sus pecados, el remordimiento no logró nunca espantar su sueño.

Al encontrarse sola en su habitación, asaltaron a Elvira nuevos temores y fué acosada por nuevas congojas. Su corazón inocente padecía todas las torturas imaginables.

Veíase frente a frente de la realidad sombría, y comprendió que su situación era insostenible de todo punto, y que de continuar las cosas en aquel estado acabaría por no poder soportar el martirio a que se veía condenada.

Se esforzó, haciendo lo posible, por alejar de sí toda idea triste; pero tales esfuerzos resultaban vanos: su mente estaba rebosante de ideas tormentosas. Habían sembrado la duda en su corazón, y la duda producía sus desastrosos efectos, mordiendo su alma y destrozando violentamente su corazón.

Aquella noche, larga e interminable, en que las horas parecían paradas desde que se marchó Juan Antonio, comprendió Elvira, desolada, los horribles sufrimientos e inexpressables torturas a que se verán condenados los que llegan a dudar de todo y nada pueden creer firmemente aunque se lo propongan.

Desde que Juan Antonio dejó de estar en su presencia, la noche tuvo para ella espantosas tenebrosidades, que no pudo ahuyentar la luz del día penetrando a torrentes por su ventana.

Con el nuevo día vinieron dolores nuevos para Elvira. La duda cruel seguía atormentándola incansablemente.

Y por si era poco lo que ya tenía sobre sí la desventurada criatura, a la hora de comer se repitió la escena del día anterior.

Colmenares y su señora volvieron a dolerse de la suerte del «pobrecillo» Juan Antonio, encenagado en las asquerosidades de todos los vicios, y roído por cuantos malos apetitos alimenta el demonio en el alma orgullosa de las criaturas.

¡Oh, sí; era una verdadera pena y daba compasión lo que ocurría al desventurado!

Había que compadecerle con toda el alma, porque en medio de todo, más digno de compasión era que de odio.

Y la conversación se deslizó, pesada y monótona, siempre sobre el mismo tema, como si fuera de aquello no hubiera nada de que hablar en el mundo.

Elvira, inclinada sobre su plato, hacía su-

premos esfuerzos para disimular lo que disimular no podía: aquella aflicción profundísima que la ahogaba, embargando por completo su ánimo.

Y después de escuchar el cúmulo de lamentaciones que torturaban su corazón, oyó que su tía agregaba:

—Por supuesto, que a mí nada de lo que ocurre me asombra, porque, pensándolo bien, ¿qué puede esperarse de un hombre tan sin creencias que ni siquiera va a misa? Verdad es que nada tiene eso de extraño, porque a los que no creen, Dios les abandona y les castiga.

Doña Crescencia no contenta nunca, queriendo acumular daño sobre daño y aumentar la tortura de su sobrina, agregó:

—Y ese muchacho, ¿tiene novia?

—Lo ignoro—respondió don Gumersindo; y después de haber mirado atentamente a Elvira, como para saborear la mala impresión que en ella producía aquella charla intencionada, agregó:

—Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Qué nos importa a nosotros eso?

—En realidad, nada nos importa. Te hacía esa pregunta movida más bien por la piedad que por otra cosa; porque, bien pensado, sería una lástima, una verdadera lástima que tuviera novia. ¡Pobre muchacha! Si yo la conociera, iría a decirle caritativamente que no creyera las palabras de ese monstruo impío; que dejara de quererle.

Y doña Crescencia cruzó las manos como

en piadosa oración, y elevó los ojos al cielo en actitud beatífica.

Hubo un momento en que ninguno de los tres se atrevió a despegar los labios. Los tíos habían estudiado a maravilla el papel que se propusieron representar.

Don Gumersindo Colmenares aprovechó aquel silencio comiendo a dos carrillos, como dominado por apetito de bestia hambrienta. Fijaba los ojos muy abiertos en el plato, y en ellos podía leerse la perfecta estupidez de los que no saben sacar de la vida más que el trozo de carne que se comen.

Doña Crescencia continuó en su expresión beatífica y Elvira, encogidita y temerosa, apuraba su amargura con expresión humilde de mártir resignada.

—Pero, ¿de veras—prosiguió la de Colmenares—no sabes si tiene novia? ¡Dios mío, sería una verdadera desgracia!

Don Gumersindo guardó silencio olvidando su papel; pero un pisotón de su amable señora le hizo volver a la realidad y ponerse en situación, diciendo:

—Pero, ¿a ti quién te mete en eso? ¿Acaso nos incumbe a nosotros arreglar vidas ajenas? Déjalo, y, con su pan se lo coma quien lo tuviere, que harto hacemos con lamentar que se haya convertido en un granuja, en un pilluelo, el hijo de tan buena y santa madre.

Y siguió haciendo mil consideraciones, para acabar por decir:

—¡Un hombre que no cree en Dios! ¡Oh,

es horrible; no quiero pensarlo!... ¡La Virgen santísima nos libre !

Y así terminó aquella comida, porque los tíos se cansaron de disparatar, y ya no sabían qué decir con el propósito de quitarle a Juan Antonio el pellejo piadosamente.

Y el Cristo que había colgado en uno de los testers del comedor fué testigo de aquellas impiedades, como habíalo sido de cosas peores, con la impasibilidad de lo muerto, o con el desprecio que todo lo grande siente hacia todo lo miserable y ruín.

XIV

Si había de juzgarse por las apariencias, la conversación de aquel día no impresionó tanto a Elvira, pero en realidad cada palabra fué un nuevo golpe sobre la herida abierta.

Se levantó, sin comer casi, porque la comida se resistía a pasar por su garganta y parecía llevar la cruelísima intención de ahogarla. La aflicción la aniquilaba.

Desde aquella hora no tuvo otro anhelo que el de que llegara la noche. Estaba resuelta a decir a Juan Antonio la verdad de cuanto ocurría. ¿Acaso no era el único que tenía derecho a consolarla, y a estar ojo avizor de la espantosa tragedia que se desarrollaba en su corazón?

¡Oh, sí! El debía saberlo todo para poder poner remedio a tanto mal y a iniquidad tanta.

Por lo menos necesitaba Elvira aumentar la confianza en su amado; oír de sus labios que no la engañaba; que Juan Antonio correspondía fielmente a aquel cariño inmenso por el que ella se encontraba dispuesta a sacrificarlo todo.

Y tras de pensarlo seriamente y de hacer tal resolución, limitóse a sostener con él la conversación que ya dimos a conocer en el primer capítulo de esta novela, y que terminó, como debía terminar, como acaban siempre todas las escenas de tan apasionados amantes: en protestas de cariño sin medida y con juramentos de firmeza invencible...

Los esfuerzos que los tíos hacían, procurando que se odiasen eran, pues, inútiles por completo; mientras más empeño ponían en separarlos, más los unían.

El amor de los jóvenes, que empezó apacible y tranquilo como un crepúsculo primaveral, habíase hecho potente y avasallador, y según aumentaba en intensidad se hacía más ardoroso e impaciente. La vaga luz, en virtud de la cual empezaron a ver la vida, tornóse brillante llama, la llama hoguera, la hoguera incendio formidable, el incendio volcán...

Elvira no habría dejado de amar, por nada del mundo, a Juan Antonio. En un principio le quiso porque le vió bueno y cariñoso, y ella estaba ansiosa de caricias que nadie supo prodigarle; porque atesoraba en su pecho de hombre fuerte y vigoroso un manan-

tial inagotable de ternura, y ella necesitaba de aquella ternura a la manera que la tierra necesita del agua de la lluvia mansa, que la hace fértil... Ahora, le quería por esto mismo y, además, porque la calumniaban, siendo tan bueno; porque pretendían y se esforzaban en presentárselo como un demonio, cuando era un santo; porque se lo querían arrancar de los brazos, en los momentos en que tal violencia equivalía a arrancarle el corazón...

Y tanto y tan inconmensurablemente era el cariño de Elvira hacia Juan Antonio, que si éste hubiese sido todo lo malo que decían y más, le habría amado también con toda su alma, mucho más, si mucho más hubiera sido posible.

Sí, sí, no habría retrocedido ante los mayores obstáculos, y se hubiera acercado a él, llena de amor piadosísimo, resueltamente, con el santo propósito de purificarle, para hacerle bueno, digno y grande con sus cariñosas y persuasivas exhortaciones, y poderle presentar luego, llena de verdadero orgullo, ante el mundo, con el derecho de gritar como los grandes creadores, convencidos de sus fuerzas:

—¡He aquí mi obra!

Sucedía en su corazón algo parecido a lo que debe suceder en el corazón de las madres, que prodigan más caricias y aman más a los hijos descarriados que a los buenos, tal vez, porque con su delicado y piadoso instinto, ven con claridad que los infelices están condena-

dos a arrastrar todas las miserias y a sufrir las desdichas todas.

Juan Antonio, por su parte, amaba también de todo corazón, y no dejó de notar el crecimiento del cariño de su amada, con incalculable júbilo por un lado, y con desgarradora pena por otro; porque sospechaba que Elvira sufría y que aquel sufrimiento era indudablemente la causa de aquel aumento de cariño.

Pero tenía confianza en sus fuerzas, sabía luchar y estaba seguro de vencer, por grande y espantable que fuese el enemigo.

Contra todas las armas, opondría él su conducta irreproachable de muchacho aplicado que no gusta de perder el tiempo.

—Yo no sabré cómo pagarte—dijo una noche a la tierna niña—tu sincero amor, que merece toda suerte de agasajos y de premios... Pero, algún día te convencerás de lo muchísimo que te quiero y de lo que soy capaz de hacer por ti.

—Me basta con que me lo digas, Juan Antonio; todo lo espero de ti, único a quien amo con toda mi alma. No te preocupes ni te esfuerces, porque te aseguro que, viniendo de tus manos, hasta los males me parecerían bien.

Se habían ido aproximando el uno al otro. Juan Antonio metió sus vigorosos brazos de luchador por entre los barrotes de la reja, y atrajo a la muy amada dulcemente hacia sí...

Los labios se unieron con suavidad primero, apretándose después con entusiasmo loco,

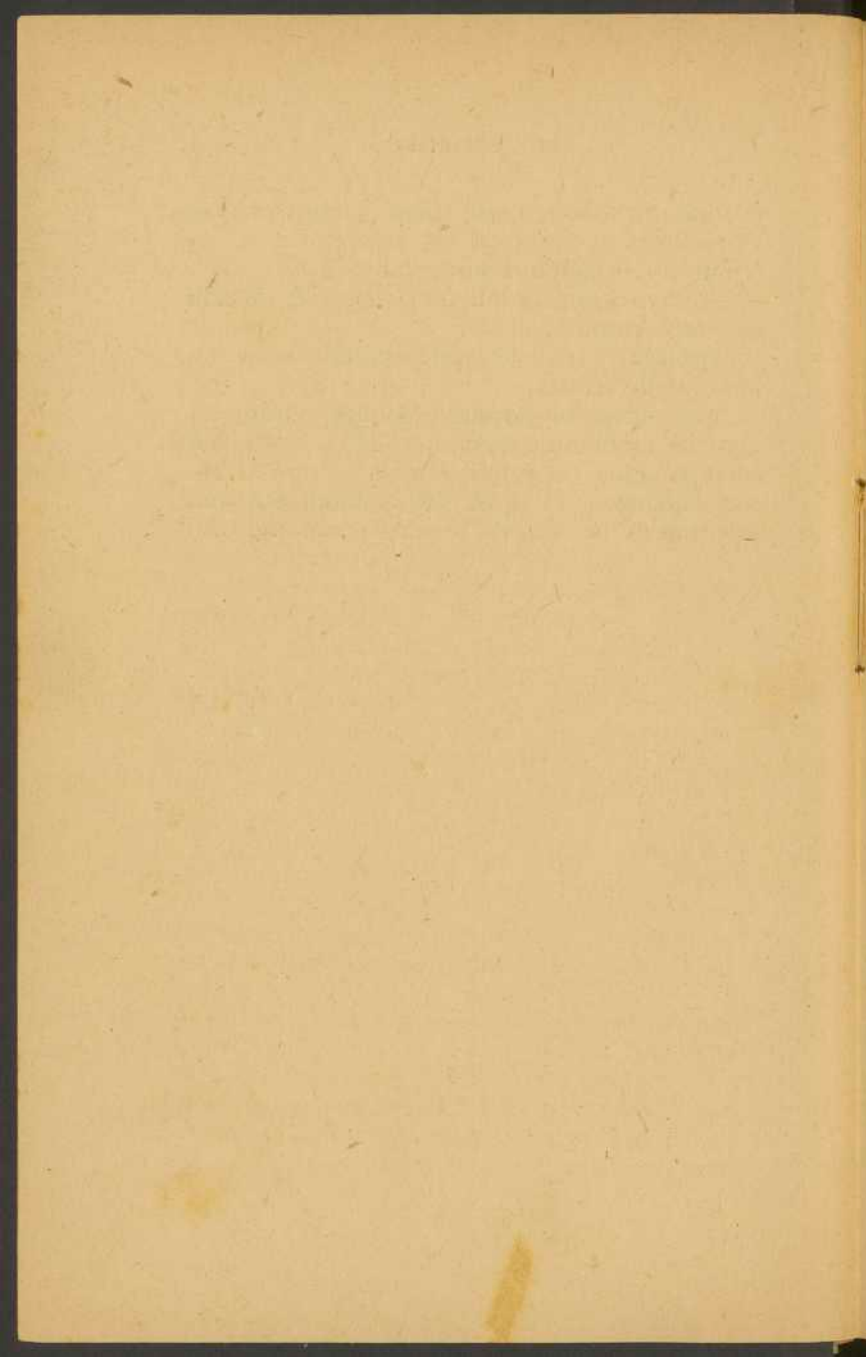
y sonó un doble beso, beso sonoro, cuyas vibraciones se llevaron las brisas.

Fué un juramento sin palabras:

—¡Tuyo hasta la muerte!—decía la mirada de Juan Antonio.

—¡Tuya, tuya siempre!—podía leerse en los ojos de Elvira.

Y se separaron llorando los dos, porque todos los momentos solemnes de la vida van acompañados de enternecimientos que arrancan lágrimas. Y aquél fué el momento más solemne de la vida de los dos enamorados.



XV

El día anterior había llovido copiosamente desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche. La tierra tragó con ansia infinita la benéfica lluvia, despidiendo un vaho cálido y pegajoso, primero, y más tarde frescura gratísima que vigorizaba los músculos y los nervios entorpecidos y enervados por el calor del estío.

Al amanecer, el cielo permanecía encapotado, como en los melancólicos y dulces días de otoño. Fué aquella una mañana sin crepúsculo, frescachona y triste. A las doce los rayos del sol, en lucha ardiente con las com-

pactas nubes que les cerraban el paso, no habían logrado besar la tierra.

El agua que había caído la tarde y la noche anterior hermoseó el campo, que se presentaba a la vista con frondosidades encantadoras; las hojas de los árboles, limpias de polvo, parecían más verdes, y daba gusto hollar la arena de los caminos, fresca y húmeda.

A las tres de la tarde quedó despejado el cielo, y como era domingo, las muchachas salían emperejiladas a las puertas, y las familias empezaron a disponerse a salir al campo con el propósito de respirar el aire puro y de recibir en la cara la caricia de la brisa.

Era el primer día que, durante aquel verano de calor inmenso, podía respirarse a todo pulmón, y, aunque el sol caía con fuerza, muchas familias empezaron a salir del pueblo con ánimo de internarse en las frescas cañadas.

El sol, al despejar el cielo, parecía haber provocado el regocijo de las gentes, y por todas partes se oían carcajadas, palmoteos y cantos; ruidos sonoros que llegaban a los oídos como estrofas de un poema a la vida esplendorosa de la Naturaleza.

Juan Antonio, en compañía de un amigo, primero y después solo, había pasado infinitas veces por delante de la casa de don Gu-

mersindo Colmenares, con el propósito de ver, aunque de lejos, a Elvira. Pero en sus repetidos paseos de enamorado pudo observar que la casa estaba cerrada y las persianas de las ventanas y balcones cuidadosamente corridas, como si de un convento se tratase. No parecía sino que los que tal casa habitaban encontrábanse como alejados de la vida y ajenos, por consiguiente, a aquella oleada de regocijo en que parecía sumergirse el pueblo entero.

Prudente siempre Juan Antonio, temió llamar la atención con sus paseos, repetidos con terca insistencia, y perjudicar a Elvira.

Aunque una fuerza poderosa parecía empeñada en retenerle allí, logró dominar su deseo de ver a la muy amada, y poniendo su voluntad a prueba dirigióse lentamente hacia el campo. Allí, en plena naturaleza, encontrábase él a gusto y dichoso, y dejaba libre su imaginación, haciendo, como cualquier enamorado por vulgar que sea, tales proyectos de ventura y tantos castillos en el aire, que quien hubiera podido penetrar en su interior, habríale tomado por loco de atar.

Pero cuando Juan Antonio se encontraba lejos de Elvira hacíansele las horas largas y, en aquella ocasión, para no darse cuenta de la marcha lentísima del tiempo, sentóse en

uno de los vallados del camino, a la sombra de los árboles frondosos, y empezó a leer un librito que llevaba, procurando prestar la mayor atención posible a su lectura.

Primeramente pasó algunas hojas sin enterarse apenas de lo que leía, pero bien pronto los encantos del libro le atraieron apoderándose de su atención. Entonces la lectura comenzó a ser seria y leyó ávidamente, como si su espíritu se confundiera con el espíritu de aquellas páginas rebosantes de sencilla pasión.

El libro que tenía entre sus manos era el «Werther». El alma de Goethe, sencilla, tierna, apasionada, alma de poeta joven que sabe dedicar todos los momentos de su vida al amor, a un amor inconcebible para la generalidad de los seres, vibraba allí suavemente, hasta en los momentos trágicos, en aquellas cartas en las que supo desahogar su corazón grande e infantil.

A Juan Antonio no le parecían aquellas cartas, escritas por el autor para el público; figurábansele las francas confesiones del amigo al amigo, y al leerlas parecía que acababa de sorprender el secreto de una correspondencia de carácter íntimo.

Una vez, antes de entablar sus relaciones con Elvira, cuando su pecho no había sen-

tido las ansiedades infinitas del amor, tuvo el mismo libro en la mano, y no acabó de leerlo por considerarlo un tanto pueril; pero ahora leía y releía saboreando todos los pasajes de la obra; siguiendo con interés ansioso el proceso de aquellas dos almas, que formadas para comprenderse y amarse, habían sido separadas por la fuerza misteriosa y brutal del destino...

Juan Antonio sentía, de tanto en tanto, humedecidos sus ojos por lágrimas de ternura inexpresable, y se indentificaba con aquella dulce y tristísima historia de amor.

Werther tomaba en él vida, y su pecho se ensanchaba o se encogía según el momento. Veía a Carlota vestida de blanco, con sencillez encantadora, semejante a un ángel próximo a remontarse a las alturas; y, con parecerle magistral, sencillamente magistral, la presentación que hace Goethe de tan amabilísima y bella criatura, antojábasele a Juan Antonio que, de ser él el poeta, habría llegado a más delicadeza y sublimidad en la presentación, haciendo más poética y más dulce la ya altamente poética heroína. «La verdad—solía decirse Juan Antonio—, Carlota está perfectamente divina cuando se presenta a los ojos de Werther. Parece que nada puede existir tan poético como esta virgen, ma-

dre por las circunstancias, repartiendo rebanadas de pan a sus hermanitos, oficiando de sacerdotisa sublime que ofrece a aquellos muchachos la sagrada comunión de Vida. Pero yo he visto a Elvira en un momento más enternecedor, más místico, más poético... ¡y estaba tan hermosa!»

Y la imaginaba llegando a casa del médico que tenía siete hijos, de dos a once años, y veía salir bulliciosamente a aquellos pequeños, empujándose, queriendo cada cual ser el primero en recibir el beso de Elvira, levantando los más pequeños los débiles bracitos al aire, implorando una caricia de aquella boca, fresca, virgen y pura como la de los diminutos solicitantes.

Aquel día figurósele a Juan Antonio estar viendo a un ángel que distribuyese una comunión más sagrada que la de la Vida: la del Espíritu.

Y pensando en esto y haciendo comparaciones, Juan Antonio encontraba lo que debía encontrar necesariamente, dado aquel amor incommensurable que todo lo llenaba para él: que Elvira era el más perfecto de los seres; el ser no soñado ni cantado por los poetas; algo más grande y más sublime que cuanto hubiera podido soñarse y cantarse en el mundo...

Así discurriendo, no leía, sino que entornaba los ojos, dejando volar su imaginación y gozando un placer que sólo los que amaron mucho pudieran medir.

Pero aquella tarde el libro pudo más que otras veces, y Juan Antonio devoraba las páginas más que las leía, experimentando profundísima emoción, identificándose con Werther, enterneciéndose al verle amigo de la gente menuda del país; cabalgando con él, lleno de impaciencia, en busca de la casa de Carlota; acompañándole en sus paseos solitarios; llorando con él en los días próximos a aquella Nochebuena, cuando Werther, convencido de que la vida no puede traer para él más que dolores, empieza a desnudar su alma triturada por un amor sin ventura, en aquellos renglones, rebosantes de dolor y de profundísimo sentimiento, que han de constituir la última carta dirigida a Carlota; aquella carta amarguísima y cruel, al mismo tiempo que había de romper el corazón inocente y puro de la muy amada...

Aquella deserción de la vida, que nada tiene de cobarde (aunque los timoratos afirmen lo contrario), forma una de las páginas más sublimes que Goethe escribiera, aunque de haberla escrito se manifestara arrepentido más tarde; aquella página que hace sentir el

escalofrío crispante de lo trágico, y que tanto daño ha hecho (justo es confesarlo también), produjo en Juan Antonio emoción tan honda como no se la había producido nunca. Pro-rumpió en sollozos, mientras de sus manos escapábase el libro más leído por la juventud.

Para él era muy triste, muy triste y muy trágico, que un hombre como Werther, a quien sólo faltaban las alas para quedar convertido en ángel, tuviese que buscar el remedio a sus dolores en el oscuro y tétrico reinado de la muerte. Y le parecía tanto más lamentable, cuanto que consideraba que en igual situación y con alma idéntica a la de Werther, no quedaba más recurso que acabar con una vida, pasto de rugientes e inacabables celos.

En tal situación de ánimo sorprendióle ruido de voces de gentes que por el camino avanzaban.

Juan Antonio, sin explicarse el motivo, experimentó una sensación extraña; y sintió que su corazón palpitaba con demasiada fuerza.

Se puso en pie rápidamente, y como quien huye de un peligro, con perfecta conciencia de la huída, avanzó cautelosamente internándose en el olivar a cuya linde se encontraba.

Fuera del camino no corría el riesgo de encontrarse con importunos, que pudieran mo-

lestarle con una conversación insípida que no se encontraba con ánimos de sostener.

Anduvo treinta pasos y se detuvo ocultándose cuidadosamente tras el tronco de un olivo. Desde allí miró hacia el sitio por donde debían pasar los que interrumpieron sus meditaciones.

El primer objeto que distinguió fué algo así parecido a un pajarraco negro que volase lentamente, rozando con alas perezosas las piteras que orlaban el camino. Luego, fijándose bien, reconoció en aquella cosa que se movía el sombrero de teja de don Manuel.

Lleno de impaciencia y emocionado profundamente, esperó. Su corazón estaba inquieto; sentía en sus sienes el golpeteo de las arterias, golpeteo rítmico como el del corazón.

Poco rato después, por el claro que formaban las piteras, en el sitio que estuvo sentado, vió pasar a Elvira, la muy adorada, cuya figurita esbelta y delgada, dulce y débil, parecía más menuda en medio del camino, al pasar junto a los corpulentos álamos, que se elevaban arrogantes y orgullosos de su frondosidad y gallardía. La delicada virgen caminaba lentamente, mirando hacia el suelo, la cabeza inclinada con languidez, como si le faltase energía para mirar al cielo y re-

cibir en plena cara la caricia vivificante de la luz.

Detrás, y muy despacio también, como quien teme fatigarse por algo que no vale la pena, iban Colmenares y don Manuel, llevando en el centro a doña Crescencia.

Juan Antonio sintió deseos vehementísimos de salir al encuentro de Elvira para ofrecerle el brazo y correr con ella alegremente, entonando el himno sacrosanto de la Vida, dejando atrás la fatídica figura de don Manuel, que por extraño e inexplicable presentimiento le resultaba aquella tarde más repulsiva. También le resultaban profundamente antipáticos Colmenares y su señora, y esto aumentó sus deseos de apoderarse de Elvira y de arrebatársela del poder de aquellos señores egoístas y crueles, que olvidados de sus pasiones juveniles y esclavos de sus vicios de viejos, eran enemigos irreconciliables de todo lo que pudiera ser grande e inspirar grandezas.

Pero su deseo era irrealizable; comprendía que saliendo al camino no podría conseguir otra cosa que proporcionar un disgusto a la muy amada, y dar ocasión a que aquellos señores pusiesen el grito hipócrita en el cielo.

Se resignó, pues, a ver a Elvira, acariciarla con la mirada y seguirla todo el tiem-

po que pudiera, para hacer así más largo aquel momento venturoso que la casualidad le deparaba. Echó, pues, a andar lentamente, procurando hacer el menor ruido posible, con el propósito de no llamar la atención de los vigilantes de Elvira. Acercóse cuanto pudo al camino y, resguardado por las pite-ras, miraba ávidamente sin ser visto.

Como la marcha de los paseantes era lenta, Juan Antonio maniobraba con relativa facilidad, y dábase el gusto de ir a la par de la adorable niña, que no podía sospechar la proximidad del que era rey y señor de su alma, y continuaba sumida en profundas reflexiones.

Contemplábala Juan Antonio a su sabor y la encontraba encantadora como siempre.

¡Oh, sí! Estaba muy linda en su trajecillo dominguero que sabía llevar con encantador desaliño. Pero lo que más le entusiasmaba a él era su actitud de mártir resignada. Figurábase Juan Antonio que si la delicada virgen caminaba mirando al suelo, era porque se acordaba de él y en él pensaba, y esto le hacía sentirse orgulloso de su suerte. Porque para él, resultaba suerte y no pequeña que la joven aquella, tan santa y bondadosa, le dedicara todos sus pensamientos.

Hubo un momento en que el enamorado

estudiante tuvo la idea de producir algún ruido capaz de llamar la atención a Elvira, pero no se atrevió, por miedo a asustarla.

Así continuaron largo rato, hasta que él, impaciente por hacerse notar, siseó imperceptiblemente.

Elvira oyó el siseo y sintió que todo su cuerpo se estremecía violentamente. Al principio creyó que quien siseaba era su tía y volvió la cabeza; pero la de Colmenares se encontraba muy embebida en la conversación que sostenía con don Manuel, y que no era, sin duda, sobre ningún punto de moral; y don Gumersindo se había quedado detrás contemplando, boquiabierto, las copas de los árboles, como si buscase nidos.

La pobre creyó que acababa de engañarse; nadie la llamaba y el siseo que creyó oír lo tomó por ilusión.

Emprendió de nuevo su camino, pero inquieta como estaba volvía la cabeza a uno y otro lado, como explorador que reconociese el terreno, y por fin vió a Juan Antonio. Casi le faltaron fuerzas entonces para continuar marchando; sus piernas débiles temblaban, y sus rodillas experimentaban cierta propensión a doblarse. Llevóse la mano al pecho como si intentase apaciguar su corazón, y notó su cara enardecida por la sangre hirviente que

afluyó a ella. Dió algunos pasos más, volvióse para mirar a sus tíos y viéndoles muy poco atentos a lo que ella hacía, se atrevió a mirar a Juan Antonio sonriéndole en señal de agradecimiento y orgullosa de ir custodiada por tan gallardo mozo.

Felices y contentos con aquella proximidad, caminaron cerca de un cuarto de hora contemplándose, expresándose con la mirada lo que no podían decirse en murmullos cariñosos.

El cielo tendía sobre sus cabezas su manto azul; las hojas no se movían; la brisa fresca había cesado; no parecía sino que la Naturaleza se hubiera detenido, admirada, para contemplar la ternura de aquel idilio sin palabras... Lejos oíase el murmullo adormecedor de las aguas del río, que se deslizaban pausadamente, entonando su misteriosa canción, besando a su paso las flores que crecen en la frondosa orilla y los troncos de los álamos centenarios que le prestan su grata sombra.

¡Qué dulcísima hubieran encontrado la soledad, Juan Antonio y Elvira, sentados a la orilla de aquel río!

Y se miraban con avidez, como el hambriento debe contemplar los platos succulentos colocados en un escaparate al que no

pueden llegar. Por grandes que fueran las precauciones de él, no se dió cuenta de que el camino descendía en aquel punto. La de Colmenares, que iba a alguna distancia de ellos, le vió, y sin poderse contener gritó colérica:

—¡Elvira!

La pobre virgen volvióse rápidamente, encogida y temblorosa.

—¡Ven aquí, a mi lado!

Elvira obedeció sumisa.

Doña Crescencia se cogió entonces a su brazo y no la soltó en el resto de la tarde.

Juan Antonio, que sospechó en seguida a qué obedecía aquella alteración, procuró alejarse; pero antes quiso volver a mirar a la muy amada.

La vió caminar encogidita y temerosa, como pecadora arrepentida; sin atreverse a levantar la vista del suelo.

Y se alejó rabioso de su impotencia, dirigiendo a los opresores una mirada de odio.

XVI

Doña Crescencia y don Gumersindo empezaron a convencerse de que la lucha emprendida a nada bueno podía conducirles; los medios de que hasta entonces se valieron no eran sin duda los más adecuados.

La muchacha continuaba sus relaciones con Juan Antonio, y si era cierto que pasaba malos ratos y le hacían padecer inexpresables angustias, verdad era también que el amor que le profesaba iba en aumento. La calumnia había caído en el pedregal y no daría los apetecidos frutos.

Convenciéronse de que los disimulos sobra-

ban y decidieron proceder con más energía y atacar de frente, para dejar pronto resuelta aquella enojosísima cuestión.

Para separar a aquellos dos seres, necesitábase algo más de lo que los Colmenares creyeran. Pero la firmeza de aquel amor resultábales desesperante, y contra ella se estrellaban cuantos proyectos habían formado.

Lo ocurrido el domingo por la tarde era prueba bien clara de que, ni el sermón de don Manuel, ni las conversaciones que doña Crescencia y Colmenares sostenían con el propósito de desacreditar a Juan Antonio, habían hecho mella en el corazón de Elvira.

Fué Crescencia la primera que vió la necesidad de emprender otro camino, más descubierto y más brusco, pero más breve. Ante la persistencia de aquel amor, comprendió que Elvira amaría siempre a Juan Antonio, fuera bueno o malo.

Con tal convencimiento llamó un día a Elvira y, sin ambages de ningún género, sin tratar de ocultar la rabia de que estaba poseída, se encaró con ella y, poniéndose en jarras, en actitud bravía le dijo:

—¿Tú amas a ese Juan Antonio de los infiernos?

Ante tal exabrupto, la delicada niña inclinó la cabeza, roja de vergüenza, mientras dis-

traídamente, sin conciencia de lo que hacía, arrugaba el blanco delantal que llevaba puesto, retorciéndolo nerviosamente con sus manos crispadas.

Iracunda doña Crescencia por aquel mutismo, gritó imperativamente:

—¡Vamos! ¡Responde!

Nuevo silencio. Elvira no sabía ni qué contestar ni cómo salir del atolladero en que se encontraba. Temblábanle los labios y sentía el paladar frío como témpano de hielo. ¿No estaban enterados sus tíos de aquellas relaciones? Verdad que ella nada había dicho, pero por lo que pudo ver y observar, por aquella oposición sorda que se había iniciado desde hacía algún tiempo, comprendía que todos estaban enterados tanto como ella de sus amores.

Doña Crescencia, más irritada cada vez, movía la cabeza, mordiéndose los labios impaciente. De buena gana habría azotado a aquella mocosa que se había atrevido a amar sin su consentimiento.

—¿Tienes ganas de probarme la paciencia? Sé que le amas, y eso es preciso que acabe en seguida. ¿Entiendes? ¡En seguida!

Se ahogaba. Habría querido tener más voz: una voz tan potente como el trueno para gritar más; tal era su cólera.

—Y es preciso que eso acabe—prosiguió —porque ese Juan Antonio es un perdido, un granuja, un sinvergüenza que te quiere porque supone que tienes dinero. ¿Sabes? Eso es; porque te cree rica.

Aspiró con fuerza para proseguir roncamente:

—Ese infame ignora, y tú te habrás cuidado muy bien de no decírselo, que si vives es porque te tenemos aquí, porque te recogimos por caridad; que si no... ¿Qué habría sido de ti, sin un cuarto y huérfana? Tu padre no dejó más que trampas, porque también era un mala cabeza.

Elvira no pudo contenerse más y prorrumpió en amarguísimos sollozos.

¡Dios mío! ¿Qué había hecho ella para que así la trataran? ¿Por qué le hablaban mal de su padre, ni qué tenía que ver el muerto con lo que ocurría?

¡Dios mío! ¡Dios mío!

Mientras pensaba esto Elvira, doña Crecencia, más exaltada a cada momento, dijo:

—Sí, sí, eso es: ahora llegan los sollozos y las lágrimas, cuando tú tienes la culpa de todo, por haber dado oídos a las palabras de ese granuja, harto de tener queridas y de hacer el perdido por Madrid; a ese hombre

que no se confiesa nunca ni va a misa, porque está maldito de Dios.

La tía se desató en improperios, poniendo a Juan Antonio como digan dueñas. Agotó en poco rato cuantas palabras mal sonantes y despreciativas tiene la lengua castellana, para terminar amenazando a su sobrina con encerrarla bajo llave si se «emperraba» en continuar aquellas relaciones.

Cuando doña Crescencia estuvo cansada y ronca de gritar inconveniencias y necesidades, agregó con voz ahogada:

—Conque, lo dicho: eso se acabó; puedes marcharte y ; ni una palabra más!

Elvira no había abierto la boca; bastante tuvo con escuchar aquel fárrago de bestialidades que constituyó el magnífico y elocuente sermón de su tía.

Al escuchar aquellas últimas palabras, retiróse lentamente, como si temiese que el suelo pudiera hundirse a su paso, y se dirigió a su habitación. Sus ojos, secos, de los cuales parecía haber huido el llanto, brillaban con extraños fulgores. Diríase que se aprestaba a emprender una lucha heroica contra los obstáculos casi insuperables que se oponían a su felicidad.

Tras un momento de meditación que tuvo,

recostada en su camita de soltera, se puso en pie. En su actitud podía leerse firmeza.

Sí, sí, estaba resuelta, completamente decidida... Podían sujetarla; aprisionarla inhumanamente; arrancarle el corazón y quitarle la vida; sí, podían hacerlo todo, todo; pero impedir que amase a Juan Antonio, eso ¡nunca! ¡nunca!

Así lo pensaba y así lo haría, costase lo que costase. Primero perder la vida y sufrir todos los tormentos imaginables que dejarle de amar.

Ignoraba por qué se oponían tan resueltamente a aquellos amores, pero el instinto le decía que, entre el cura don Manuel, sus tíos, los vecinos piadosos, que también empezaron a remachar el clavo hablando mal de Juan Antonio, y éste, el mejor era él, el amado de su alma, que valía para ella más que todos juntos.

Esperó con ansiedad la llegada de la noche, para hablar con él y contárselo todo, sin omitir el detalle más mínimo. Juan Antonio no debía ignorar nada de lo que estaba pasando; también debía estar apercibido para la lucha.

Ni por un momento ocurriósele pensar a Elvira que Juan Antonio pudiera olvidarla y abandonarla; confiaba en él, porque le creía

noble y generoso; de él esperaba la felicidad y a él se cogía como el náufrago a la esperanza de salvación.

Cuando pudo salir a la ventana, Juan Antonio llevaba más de dos horas de plantón. Aburríase ya de tanto dar vueltas arriba y abajo sin fruto, y había decidido irse a descansar, en vista de que la muchacha no salía, creyendo que algún impedimento, insuperable, habíanla puesto sus tíos para que no saliese.

Pero, aunque se hacía tales reflexiones, al llegar a la esquina con el propósito de marcharse, tornaba de nuevo ansiosamente, figurándose haber oído abrirse la ventana. Las decepciones que llevó no fueron bastantes a alejarle de allí.

La luna daba de lleno en la reja cuando en ella apareció Elvira.

Juan Antonio la encontró densamente pálida, y vió sus divinos ojos rodeados de roja aureola, señal inequívoca de reciente y tristísimo llanto.

Cuando la niña vió a Juan Antonio, que se acercaba a la reja airoso y gallardo, sintió que las lágrimas se agolpaban de nuevo a sus ojos.

Juan Antonio preguntó, alarmado, al verla llorar:

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

Elvira tardó en contestar, no podía; su voz expiraba en la garganta. Mas estaba decidida y procuró tranquilizarse.

Luego, entre amargos sollozos y sentidísimas lágrimas, se lo dijo todo sin omitir una palabra, tal y como ella se propuso decírselo. Fué una confesión la suya franca y minuciosa: se oponían resueltamente sus tíos a aquellos amores; querían condenarla al horrible martirio del desamor... Pero aquello no podrían conseguirlo nunca; lo juraba por lo más santo que había para ella en el mundo: por él y por la memoria de su madre. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada era! La situación resultaba cada vez más insostenible. Ahora la vigilaban y, probablemente, no podría verle más... ¡Se habían propuesto matarla y lo conseguirían. ¡Ella no tenía fuerzas para tanto!

La delicada virgen vió cómo Juan Antonio cambiaba de color hasta ponerse lívido, y le oyó rechinar los dientes mientras rugía:

—¡Cobardes!

Y apretaba los barrotes de la reja con furia loca, como si hubiera querido doblegarlos y hacerlos polvo, mientras sus ojos brillaban siniestramente.

Elvira se asustó tanto, viéndole en aquel

estado, que se arrepintió de habérselo dicho todo; comprendió que sufría horriblemente por ella, y se acongojó más de lo que estaba.

—¡Pobre Juan Antonio!—exclamó—. No sufras, nada debe importarnos de los demás. Te amo tanto, tanto, que ni matándome lograrían que te dejase de amar.

Guardó silencio y, al ver que sus palabras no fueron bastantes a calmar al muy amado, agregó:

—Repórtate, amor mío, repórtate; dale un beso a tu desgraciada Elvira, como otras noches; un beso tierno, dulce y largo, y ten confianza en ella.

Y le acariciaba con sus manitas suaves, sufriendo doblemente porque había sumado los dolores de Juan Antonio a los suyos.

Ahora fué él que, pasado el paroxismo de su desesperación, rompió a llorar con aflicción inmensa.

No, no, él no se merecía aquel ángel; no se lo merecía.

¿Qué podía hacer él para librarla de los tormentos que sufría y ponerla a salvo de los que la esperaban? Nada, absolutamente nada. Carecía de dinero y no había terminado la carrera. Se veía precisado a luchar desesperadamente contra todo, para poder vivir en espera de mejores días. Quería llevarse a El-

vira; sacarla de aquel infierno horroroso en que se encontraba... y ¡no podía por falta de medios! Y lo peor del caso era que aquella lucha duraría por lo menos un año, y en un año podían ocurrir muchas cosas. Esto le desesperaba. A más, dentro de algunos días tenía que marchar a Madrid para permanecer diez o doce meses, tal vez más, ¡y entre tanto!

—¡Oh, Elvira, Elvira mía, olvídate, despréciame!... No es verdad nada de lo que de mí se dice; tu amor fué mi salvaguardia, y con el propósito de ser todo lo más digno de ti que pudiera, no he manchado mi vida ni con un mal pensamiento... Pero cree lo que dicen; que soy muy malo, muy malo y despréciame, ódiame, olvídate por inútil... Ya ves: sé que sufres y no puedo evitar tu sufrimiento. ¿Puede darse torpeza mayor, imbecilidad más grande? Sé feliz, y apure yo solo las amarguras que nos ofrece este mundo hipócrita.

Elvira se abalanzó a Juan Antonio, y sacando los brazos por entre los fuertes barrotes de la reja, le cogió por el cuello, nerviosamente, fuertemente, como fiera enjaulada y hambrienta a quien pretendiesen quitar la carne que le hubieran arrojado.

—¡No! ¡Nunca! ¿Qué es lo que dices? Yo te amo, Juan Antonio, con toda mi alma, por-

que eres bueno, noble y generoso; te amaría aunque fueses bajo y miserable, y te amaré siempre, siempre... ¿Lo oyes bien? Lucharemos... lucharemos los dos aunque...

—¡Elvira!—se oyó gritar dentro la voz de doña Crescencia.—¡Elvira!

La inocente y amante criatura se alejó de la ventana, rápida y bruscamente, dejando a Juan Antonio lleno de ansiedad, próximo a la reja, escuchando con profunda atención:

Sólo logró oír por un momento la voz áspera y gruñona de doña Crescencia... Después, el silencio más absoluto, como si todo lo de dentro hubiese muerto de repente.

Y aferrado furiosamente a los barrotes, temblando de coraje, dejó pasar el tiempo.

Poco faltaba para amanecer; las estrellas desaparecían; por Oriente vislumbrábanse ya las primeras claridades de la aurora; algunos campesinos empezaron a pasar por la calle, marchando perezosamente, con la azada al hombro, hacia el campo. La noche era interrumpida por el primer bostezo del día. Empezaba, una vez más, la lucha valiente de la fulgente luz, victoriosa contra la noche, que huye replegándose.

Un gallo cantó, lanzando al espacio las vibrantes notas de su saludo al alba: a aquel canto siguió otro y otro, como eco mil veces

repetido, de trompetas de guerra que tocasen diana.

A Juan Antonio le costó gran trabajo arrancarse de la ventana de casa del notario. Cuando pudo conseguirlo, se alejó lentamente, pero no fué a acostarse. Algunos campesinos le vieron aquella mañana pasear desde bien temprano por las fértiles y poéticas márgenes del Guadalquivir.

XVII

A partir de aquel punto extremáronse las precauciones para impedir que los enamorados se vieran y hablasen.

Un amigo cariñoso dió la noticia a don Gumersindo y doña Crescencia: Juan Antonio debía marchar a Madrid el día próximo a las nueve de la mañana.

El notario y su señora respiraron fuerte; hacía quince días que dormían mal y que ejercían sobre la triste enamorada vigilancia tal, que Juan Antonio y Elvira no habían logrado verse. Ella no podía respirar sin que la escuchasen sus tíos. Estos estaban cansa-

dos, y si resistían era con la esperanza de que, quien tan mal parados y desasosegados les traía, había de marcharse pronto a Madrid, dejándolos tranquilos por algún tiempo.

Durante la ausencia de Juan Antonio estaban resueltos a continuar su obra, encaminada a hacerle odioso a los ojos de Elvira; infamia que consideraban muy fácil conseguir.

Sabedor Juan Antonio de que le era imposible ver a su amada, se propuso engañarlos e hizo correr la voz de que se marchaba, procurando que alguien noticiase a doña Crescencia y don Gumersindo la novedad.

Aunque estaba segurísimo de ser vigilado, rondó durante gran parte de la noche como si tuviese en realidad la esperanza de ver a Elvira.

Doña Crescencia, un rato, don Gumersindo, durante dos horas, presenciaron las idas y venidas de Juan Antonio; gozándose de la impaciencia y del coraje que se figuraban sentiría el enamorado al ver que no podía despedirse de su amada.

Los tíos de Elvira, o mejor dicho, doña Crescencia, sospechó muy pronto que lo de la noticia del viaje podía ser una añagaza del joven para que ellos se durmiesen tranquilos y poder él burlar la vigilancia que sobre la muchacha ejercían.

Para quedar por completo tranquila y fuera de aquel cuidado, dió la comisión a su marido de que vigilara a Juan Antonio hasta que le viera dentro del tren y éste en marcha.

A las ocho y media de la mañana Juan Antonio volvió a pasar por la casa del notario un par de veces y se encaminó hacia la estación, observando que don Gumersindo le seguía de cerca. El equipaje del estudiante estaba ya en la estación y Juan Antonio lo facturó para Madrid, y salió al andén tras de tomar un billete.

El notario aprovechó la ocasión para acercarse al mozo y preguntarle con qué destino fué facturado el equipaje.

—Va a Madrid—le contestaron.

El tren llegó y don Gumersindo pudo observar que Juan Antonio tomaba asiento en un vagón de tercera clase, y que el tren salía de agujas y adquiría velocidad llevándosele; y volvió a su casa satisfecho, y seguro de que el enemigo se había alejado para mucho tiempo.

Así precisamente lo participó a doña Crescencia, que, al saber la noticia, tuvo gran regocijo.

—Pero, ¿le has visto tú marchar —preguntó, no obstante.

—Sí, mujer, con mis propios ojos.

—¡Gracias a Dios!

Desde aquel momento, pues, podía cesar la presión que venían ejerciendo sobre Elvira; dejarla más libre, dormir ellos más tranquilos y emplear otra táctica, si no más persuasiva, menos violenta.

Muy felices se las prometían ignorando que mientras ellos se regocijaban, Elvira leía con avidez una carta de Juan Antonio, que manos amigas llevaron a las suyas.

Entre otras cosas que le resultaron dulces y tiernas, Elvira leyó:

«Si lo que proyecto me sale bien, esta noche podremos vernos. Tus tíos no nos estorbarán, así lo espero, porque están en la creencia de que he salido para Madrid. No nos veremos por la ventana, porque quiero evitar que la gente me vea. He logrado conquistar a uno de mis amigos, vecino tuyo, y podré entrar en tu casa saltando la tapia del corral. Si no tienes miedo, espérame allí a las doce; quiero que quedes segura del inmenso amor que te profeso.»

Después, Juan Antonio extendíase hablándole de las mil trivialidades que son el alimento del amor y el alma de la vida. Y terminaba, tierna y dulcemente, con la oración de gracias.

La alegría de Elvira fué inexpresable. No

se le ocurrió pensar en si sería peligroso recibir a su amado en su casa misma; eso le importaba poco. Lo que anhelaba era verle y oír de sus labios que la seguía queriendo con toda su alma, a pesar de cuantos obstáculos y contrariedades se oponían a sus amores.

Tampoco se le ocurrió pensar a la joven en que cualquier accidente inesperado podría destruirlo todo, ni en que, tal vez, el muy amado no habría podido conseguir el fin que se proponía. Figurábase que Dios protegería aquella cita. ¡Necesitaba tanto verle!

Por fortuna, la tranquilidad que don Gumersindo Colmenares había llevado a su casa con la noticia de la marcha del estudiante, y la misma tranquilidad y decisión de Elvira, eran agentes protectores de sus planes.

Cuando llegó la noche, don Gumersindo y doña Crescencia pensaron en que podían pasarla con tranquilidad absoluta, como hacía tiempo no ocurría.

Después de cenar dijeron que iban a acostarse, y así lo hicieron tras de cerrar la puerta y de recomendar a Elvira que lo dejase todo en orden, las luces bien apagadas y extinguido por completo el fuego de la cocina.

Así lo prometió la muchacha, y poco después sintió que sus tíos roncaban como bien-

aventurados, sin que sus elásticas conciencias les robasen un segundo de reposo.

Encontrábase Elvira emocionadísima y temblorosa; sentía anhelo infinito y respiraba con dificultad, como si la agobiase un peso inconmensurable. Deseó durante mucho rato ver acostados a sus tíos y encontrarse sola, y al realizarse aquel deseo vehemente, experimentó miedo y permaneció muy quieta y encogida, más de media hora, sin lograr darse cuenta de la realidad; su pensamiento parecía paralizado.

Aún no habían dado las once; quedábale, pues, más de una hora; una hora que tendría la duración interminable de las esperas ansiosas.

Hubiese querido hacer correr el tiempo con velocidad vertiginosa; impulsar las manecillas del reloj haciéndolas llegar en un momento a las doce.

Conforme se fué acercando la hora de la cita, experimentó sentimientos extraños. Anhelaba que pasase pronto aquella hora y tenía miedo de que llegase. Pero el primer deseo prevalecía.

Sentada, silenciosa, sin respirar apenas, sintiendo los ronquidos de su tía, parecidos al trompeteo de un órgano en las notas bajas, y el lento tic-tac del reloj del comedor,

Elvira aguardaba en su cuarto, sin moverse, temiendo que al ruido más imperceptible despertaran sus verdugos, y le arrebatasen aquella felicidad que parecía concederle el cielo, permitiéndole estrechar la mano de Juan Antonio y decirle adiós.

Dolorosa, sí, dolorosa y angustiosísima iba a ser aquella despedida, pero mucho más dolorosa sería la ausencia, sin el adiós que parece arrancar del corazón algo de la misma esencia de la vida.

Hasta muy cerca de las doce permaneció sentada, con el oído atento en espera de las campanadas del reloj, que iba marcando con lentitud parsimoniosa, que irritaba, los momentos, y que luego correría implacable hacia el día, sin compadecerse de los enamorados que encontrarían cortísimas las horas.

Por fin, cansada de tanto esperar, se puso en pie. El corazón le palpitaba desusadamente, y temblábanle de modo tan extraordinario las piernas, que no parecía sino que se negasen a sostener el peso ligerísimo de su cuerpo.

Con gran sigilo, como espía práctico, se detuvo unos momentos ante la puerta de su cuarto y escuchó. En la casa reinaba el silencio sólo interrumpido por el monótono y acompasado roncar de doña Crescencia.

Notó que le faltaban las energías indispensables para llevar a cabo su obra, pero hizo un esfuerzo poderoso y logró sobreponerse al miedo que la turbaba.

Muy despacio, deslizándose con sigilo felino, como gato que quiere sorprender al indefenso ratón, avanzó Elvira hacia el patio. Ardíale la frente, y tan febril estaba, que de haberla reconocido entonces un médico, habríaela tomado por una enferma grave a quien arrojaba de la cama el delirio.

Como conocía bien el terreno, no titubeaba, sino que iba derechamente hacia el sitio que se había propuesto. Al atravesar el portal, zumbábanle los oídos, atontándola, y el miedo no la dejaba respirar.

Al llegar al patio y recibir sobre su cara el aliento fresco de la noche, sintió alivio y aspiró con ansia el aire. Allí las parras añosas, extendiendo sus desnudos y retorcidos sarmientos, parecían cobijarla y protegerla; el jazmín del testero de la derecha, cuajado de florecillas blancas, embalsamaba el ambiente. De la lejanía, y envuelto en la brisa refrigerante, llegaban, confusos y débiles, los rumores poéticos del campo en reposo; las notas temblorosas y gimientes de la guitarra de algún enamorado rondador parecían ir a expirar entre los frondosos pámpanos.

Elvira continuó marchando arrimada a la pared, sin producir ruido, como aparición aérea de la noche; vestía de blanco, y la débil y delicada silueta de su cuerpo perdíase confundida con la blancura de la pared enjalbegada.

Llegó a la puerta del corral como una sombra, deslizándose pausadamente, volviendo la cabeza a uno y otro lado, avizorándolo todo con minuciosidad temerosa, haciendo lo posible para evitar cualquier tropiezo que pudiera ser obstáculo a su marcha. El ruido que los pámpanos producían al ser agitados suavemente por la brisa le hacía estremecerse; su misma respiración la asustaba; sentía en las sienes brusco golpeteo; el miedo la tenía tan fuera de sí, que sentía como si la tirasen de la falda entorpeciendo sus movimientos.

La primera dificultad surgió presentándose a su vista gigantesca y aterradora. Ni imagen ni figura alguna existe de que pueda valerme para daros a conocer su espanto; quedó helada, como soldado bisoño que oye el primer disparo del enemigo y ve caer a su lado a un compañero mortalmente herido: ¡La puerta del corral estaba cerrada y tenía corrido el cerrojo! ¡Aquella puerta, en la que hubiera podido ponerse, para Elvira, en lugar del

«Abandonad toda esperanza» grabado en la del infierno de Dante, «Por aquí se va a la felicidad: al país de los sueños de amor», se oponía a su marcha!

El cerrojo, mohoso a fuerza de estar a la intemperie, chirriaría endemoniadamente al ser descorrido. Elvira lo sabía y su consuelo sólo podía ser comparable con su angustia. ¿Cómo abrir aquella puerta sin hacer ruido?

En medio de su aturdimiento, la primera idea que tuvo fué la de no seguir más adelante; pero no retrocedió. Estaba indecisa y acobardada, como debe de estarlo el ladrón que al ir a robar por primera vez tropieza con el primer obstáculo. Aunque hacía soberanos esfuerzos para tranquilizarse, su azoramiento aumentaba. La voz de su tía, llamándola en aquel instante, la habría dejado muerta.

Llevóse ambas manos a la cabeza y apretóse las sienes queriendo evitar aquel dolor agudo que la martirizaba...

Las indecisiones duraron poco.

Elvira recordó que detrás de aquella puerta esperaba Juan Antonio, el único a quien amaba, el solo por quien habría sido capaz de todas las locuras y de las abnegaciones todas.

El recuerdo del muy amado, si no la tranquilizó, dióle por lo menos nuevas fuerzas.

El deseo de verle, luchando con el miedo, venía. ¿Era posible, acaso, detenerse? La detención hubiera sido renunciar al amor, y la fuerza del suyo era poderosa.

Elvira echó mano al cerrojo y lo levantó con sumo cuidado. Luego empezó a forcejear levemente, con cuanta habilidad pudo. Al principio consiguió su objeto; todo iba bien; el ruido producido por el cerrojo al descorrerse era un ruido de rozamiento tenue y opaco; pero cuando más confiada estaba, un chirrido, que a ella le pareció estridente, le hizo retirar la mano con viveza y dar algunos pasos atrás. Miró a todos lados, azorada y temblorosa. Experimentó un deseo desesperado de morir, y extrañó que no se abriese la tierra para recibir su débil cuerpecillo de virgen enferma, o por lo menos que no viniesen en su busca sus tíos y todos los vecinos para morfarde de ella y castigarla duramente por su pecado.

El chirrido del cerrojo estremeció todo su cuerpo y sonó en su oído con la intensidad atronante con que debe de sonar la trompeta del ángel del Apocalipsis que ha de despertar a los muertos para que vayan a presentarse al juicio supremo de Dios.

Las fuertes palpitaciones de su corazón hicieronla temer que se le saldría de su sitio, y

se llevó las manos al pecho, angustiada. Tuvo que avanzar unos pasos para apoyarse en la pared, porque las piernas, doblándosele por las rodillas, se negaban a sostenerla.

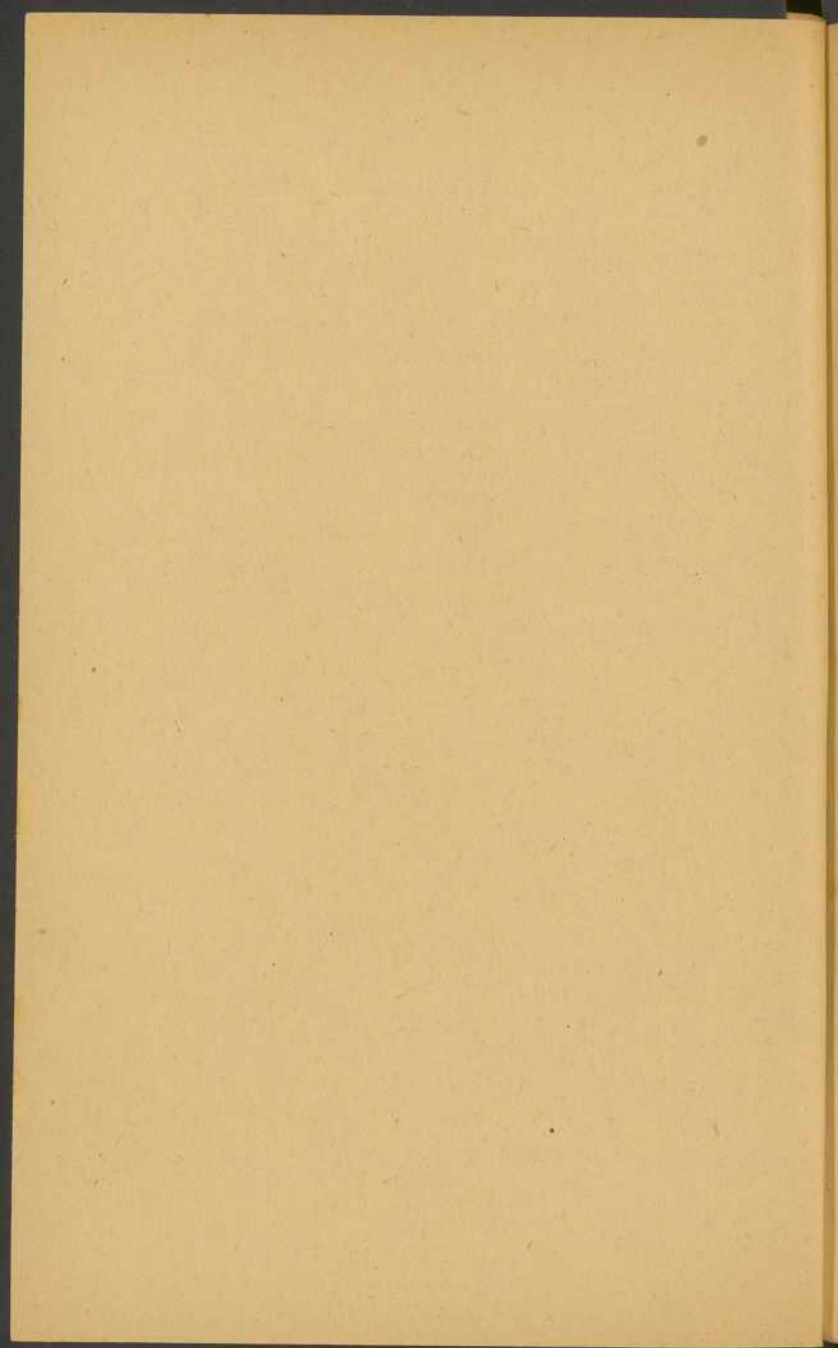
De nuevo pasó por su imaginación la idea de volver a su cuarto para meterse en la cama y llorar allí su desventura. Las fuerzas la habían abandonado y todo lo que la rodeaba le parecía gigantesco, fantástico y aterrante. Los claros que las ramas del jazmín dejaban ver de la pared, antojábansele ojos que la miraban; el ruido de los pámpanos al chocar unos con otros sonaba en su oído como voces de alarma; creyó que hasta las piedras del patio se estremecían para impedirle andar... su carita continuaba pálida como la de las vírgenes muertas por consunción.

Más de cinco minutos, que para la infeliz niña resultaron mortales; tardó en poder recobrar la tranquilidad relativa con que había atravesado el patio. El ruido que produjo no debió ser tan estrepitoso como ella creyó al principio, cuando no iban a buscarla.

Tal pensamiento le hizo pensar de nuevo en Juan Antonio, y acercarse a la terrible puerta, causa de su tortura. Con miedo volvió a coger el cerrojo y esta vez fué más afortunada; porque se descorrió lentamente, sin alarmarla.

La puerta cedió al fin al suave impulso de su mano. Elvira penetró en el corral, deslizándose rápidamente y volviendo a cerrar con cuidado. En seguida atrancó la puerta con un palo, para que, en caso de ir a sorprenderlos, tuviese Juan Antonio tiempo de huir, ya que, atrancada por dentro, para entrar en el corral tendrían necesidad de derribar la puerta.

Y no tuvo fuerzas para más. Dejóse caer sobre una gran pila que en otro tiempo debió servir de abrevadero para el ganado, y que estaba seca y abandonada, y rompió a llorar amarga y copiosamente.



XVIII

La espera no tuvo que ser larga; Juan Antonio había abandonado el tren en la estación inmediata, punto hasta donde había tomado el billete, facturando el equipaje aparte. Pasó el día en un cortijo situado a más de una legua del pueblo, y a las diez de la noche, después de cenar y despedirse de los cortijeros, emprendió la marcha con rapidez de andarín, llegando a las inmediaciones del pueblo en treinta y cinco minutos.

Aguijoneado por el deseo de ver a Elvira, no se fijaba en las bellezas que recorría ni le entusiasmaban los encantos inconcebibles de la Naturaleza en reposo.

A derecha e izquierda del camino había grandes extensiones sembradas de trigo, seco ya; la mies, a impulsos de la brisa, mecíase suavemente como mar tranquilo. Las estrellas derramaban su luz, blanca y débil, sobre aquel mar coronado de espigas. Los grillos entonaban incansables su canto monótono; a lo lejos, el Guadalquivir se deslizaba suavemente, produciendo en su huida susurro adormecedor. Cuando después de subir una cuesta dió vista al pueblo, se detuvo un momento a contemplarlo, mientras respiraba como fatigado.

Desde allí vió Juan Antonio la torre, que se destacaba con su esbelta gallardía, semejante a un centinela incansable y gigantesco que velase por la tranquilidad del pueblecillo; la iglesia árabe elevando sus cúpulas por encima del modesto caserío, que parecía agruparse a su alrededor como acogiéndose a su protección...

Aquella agrupación de casas, alrededor de la iglesia, despertó en su imaginación la idea de los débiles acogiéndose al amparo de los fuertes.

Continuó su marcha y con la vista buscaba el punto hacia donde debía estar situada la morada de Elvira. Allí estaría ella esperán-

dole, con el alma rebosante de angustia, y manteniéndose con la esperanza de un día en que pudieran estar los dos juntos y luchar unidos por el bienestar y felicidad de toda su vida.

Como Juan Antonio andaba de prisa, tardó poco en llegar a las inmediaciones del pueblo. Miró el reloj y vió que aún faltaba hora y media para la de la cita. Entonces, por miedo a encontrar a algún amigo que pudiera dificultar sus planes, sentóse sobre uno de los vallados del camino, encendió un cigarro y esperó.

Más avezado que Elvira a las luchas de la existencia, no sentía gran impaciencia, aunque su deseo de que llegase la hora en que había de verla era grande. Hizo el camino a toda prisa por temor a llegar tarde, pero convencido de que sería puntual, se decidió a esperar pensando en la muy amada.

Sentía extraordinario cansancio, y se recostó sobre la hierba fresca del vallado, dirigiendo sus ojos al cielo estrellado. En aquella postura oyó las campanadas del reloj de la torre que daba las once, y media hora después se puso en pie, y emprendió de nuevo su marcha. Para no llamar la atención, caminaba despacio, evitando el taconeó de sus bo-

tas. Al llegar a la calle en que estaba situada la casa de Elvira, extremó las precauciones y se acercó mucho a la pared, deslizándose con cuanta rapidez podía.

El amigo le aguardaba en la puerta, y cambiando con él un apretón de manos muy fuerte y muy cariñoso, por todo saludo, penetraron en la casa, dirigiéndose al corral, donde aún tuvieron tiempo de charlar un rato.

Pero Juan Antonio, no teniendo paciencia para esperar más, se dispuso a escalar la tapia, lo que consiguió sin grandes dificultades con la ayuda de una escalera, que la previsión cariñosa de su amigo había colocado allí.

Conocedor de la topografía de la casa del notario, calculó que por el lado que se proponía subir estaría el brocal de un pozo que había cerca de la pila donde Elvira se encontraba sentada.

El pozo, inutilizado, tenía tapada la boca con tablas viejas y palos que se apoyaban en el brocal.

Cuando estuvo arriba, asomó la cabeza y distinguió los vestidos blancos de la joven, que se destacaban, como mancha de leche, del color pardusco del suelo.

—¡Elvira!—llamó con suavidad, para no asustarla.

La joven se puso en pie con ligereza.

—¡Juan Antonio!—exclamó con dulzura, mientras se oprimía su corazón inquieto.

El joven se colocó a horcajadas sobre la tapia, y se deslizó después suavemente, hasta apoyarse en el brocal.

Al caer al suelo, Elvira corrió a su lado con celestial alegría.

En aquel momento daba por bien empleados todos sus dolores.

Y sin hablarse, porque la emoción les ahogaba, arrojáronse el uno en brazos del otro, y así permanecieron largo rato sin acertar a separarse, sollozando como si el instinto les dijese que no se volverían a ver tan juntos.

Dentro de la casa, don Gumersindo y doña Crescencia dormían tranquilamente, como soldados después de una batalla.

Juan Antonio y Elvira hablaban atropelladamente, haciéndose infinitas recomendaciones; luego, sentados en la pila muy juntos, se estrechaban las manos, apretándoselas hasta hacerse daño, como si una fuerza misteriosa pugnase por separarlos y ellos forcejeasen para estar más unidos.

Poco a poco fueron olvidándose de su si-

tuación, y más tranquilos volvieron a sus conversaciones y preguntas habituales. Se amaban demasiado para no estar diciéndoselo siempre y preguntándose sin tregua.

—¿De veras que me quieres tanto como me dices?

Juan Antonio, que había acabado por sentarla sobre sus rodillas como si de una pequeña se tratase, contestó:

—¿Es que puede haber alguien en el mundo que, conociéndote, no sienta imperiosamente la necesidad de amarte con locura?

Te amo con todos los amores, como no amó nadie... Oye: cuando te dejo triste y pálida, me figuro que estás enferma, y entonces lamento no ser tu madre para poderte meter en la cama, como una madre lo haría, y arroparte bien y darte cuanto pudiera hacerte provecho, para sentarme después cerca de ti y velar tu sueño y contar las veces que respirases... El otro día al verte cansada, yo habría querido ser tu padre y que tú hubieras sido una niña para poderte tomar en mis brazos.

Elvira le escuchaba con atención profundísima, y sentía deseos de rodear el cuello de su amado con su bracito débil y atraerle hacia sí para darle besos hasta caer rendida de amor.

¡Qué bueno era y cuánto habría dado por verle feliz!

Juan Antonio prosiguió:

—Otras veces te quiero con arrebató, como amante que prefiere la muerte antes que vivir sin su amada; y en esos momentos, te estrujaría entre mis brazos con vehemencia salvaje y besaría ardientemente tus ojos, porque fueron los primeros que, traicionándote, me dieron a conocer tu amor, este amor que tan poco merezco y que tan feliz me hace en medio de todo; y luego tu boca, porque tu boca me ha confesado muchas veces el amor que tus ojos me revelaron... ¡Qué deseo tan abrasador me tortura en esos casos! Pero al ver tu carita de ángel, mi alma triunfa y te quiero así, como ahora, arrebatada y sosegadamente a la vez, con amor de esposo y de amante, de una manera que no podré explicar, pero que me hace olvidar que en el mundo hay otras personas y otras cosas fuera de ti y de mí.

Juan Antonio rodeaba con su brazo fuerte la cintura de la virgen; ella le miraba embelesada al oírle decir aquellas cosas, y tanto se acercaron, que, uniéndose sus labios, se dieron un beso largo, muy largo, durante el cual eran dignos los desgraciados amantes

de que la muerte, hiriéndoles sañuda, les hubiera arrebatado de este valle de angustiosos dolores y de llanto copioso.

Empezó a clarear. ¡Hasta las tinieblas se negaban a favorecer aquellas almas atribuladas por el mayor de los dolores, huyendo cobardemente ante la presencia de la luz tímida de la aurora.

La tenue claridad fué acentuándose y vino a recordar a los enamorados la realidad sombría.

Se habían olvidado de todo, pero tardaron poco en darse cuenta exacta de su situación y en recordar el objeto de aquella cita.

Las lágrimas acudieron otra vez presurosas a los ojos de la desventurada Elvira.

La separación se imponía imperiosamente; no podrían continuar juntos ni cinco minutos más; la invasión de la luz les hacía huir como a los malhechores.

Juan Antonio, acongojado por las lágrimas de su amada, la acarició, diciéndole:

—No llores, vida mía, sigue viviendo para mí y te prometo que no te arrepentirás. Todo tiene su fin en el mundo, y nuestros dolores también han de tenerlo.

—No sé... siento una pena tan grande... pienso en que, tal vez, no volvamos a vernos y...

—No pienses en eso. Un año transcurre rápidamente y, cuando pase, la tranquilidad reinará en nuestras almas.

—No sé si tendré fuerzas para tanto...

Y la pobre niña sollozaba angustiosamente. Después agregó.

—Cuando tú te alejes de aquí, me faltará todo, y entonces... ¡Oh! entonces no podré resistir y me moriré... no lo dudes: me moriré.

Juan Antonio le pasó la mano por la cara y la besó amorosamente los ojos.

Después dijo con acento apasionado:

—Vivirás, hermosa mía, porque yo te lo mando y tú eres obediente; porque yo lo necesito y tú eres caritativa...

Los gallos de todos los corrales cantaban formando un clamoreo que amenazaba despertar hasta los más dormilones; del cielo habían ido desapareciendo poco a poco todas las estrellas; pronto el sol mandaría a la tierra la bendición germinadora de sus rayos.

Varias veces había pretendido marcharse Juan Antonio, y Elvira le había detenido suplicándole que se detuviese un momento. ¿Qué importaba un momento más, cuando, después, tendrían que separarse quizá para siempre?

Otras veces fué Elvira la que habló de separación; pero entonces se le ocurría hablar a Juan Antonio, queriendo confortar el espíritu atribulado de su amada.

Y unas veces por ella y otras por él, habrían permanecido juntos hasta que hubiesen ido a separarles.

Pero el amigo de Juan Antonio, impaciente, comprendiendo que los jóvenes eran capaces de cometer una tontería, no quiso que les sorprendieran. Por eso subió a la escalera que sirvió a su amigo para escalar la tapia y, asomando la cabeza, dijo de modo que pudiera oírle:

—¡Juan Antonio, amigo mío, no la comprometas más de lo que está!

Levantaron la cabeza para verle, pero había desaparecido; su voz fué bastante a volverles a la razón.

Y entonces se despidieron definitivamente, aunque sintiendo el deseo de permanecer unidos toda la vida.

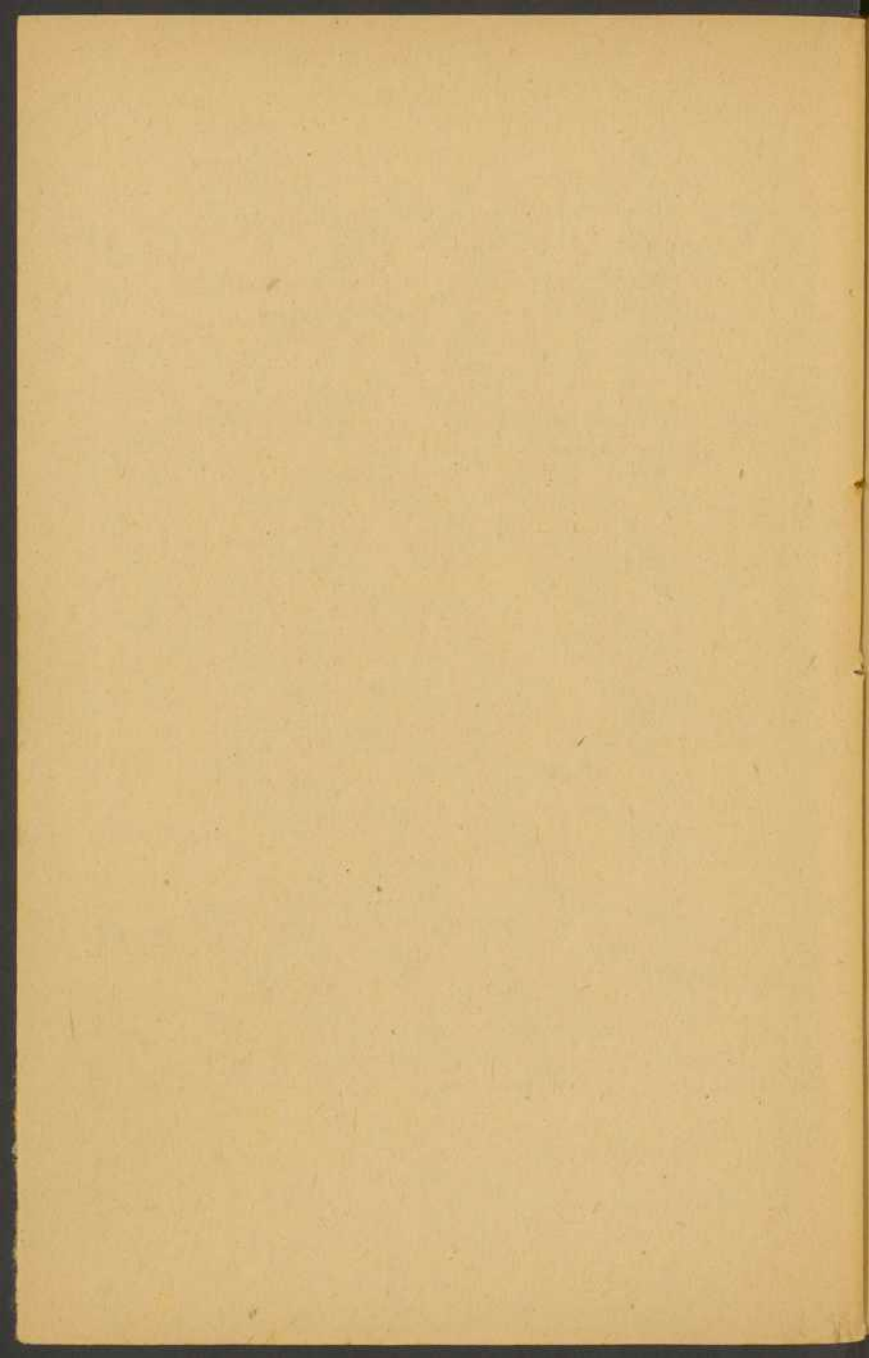
Elvira pudo desprenderse al fin de los brazos de Juan Antonio. Este subióse sobre el brocal y volvióse a colocar a horcajadas en la tapia, dando a la muy amada u último diós.

Un momento después, Juan Antonio había desaparecido y Elvira, falta de fuerzas, caía

de rodillas, apoyando sus manos en el brocal del pozo, hecha una Dolorosa.

Desde allí elevó al cielo la oración más ferviente que ha salido de boca de criatura.

Los gallos continuaban cantando; en la calle empezaron a oírse pasos de gente que se dirigía a sus faenas diarias; el pueblo despertaba anhelante de luz y de vida.



XIX

Mientras Elvira quedaba sufriendo lo indecible bajo el poder tiránico de aquellos tíos que tenían miedo de que pudieran despojarles de lo que ya tenían por suyo, Juan Antonio trabajaba en Madrid sin descanso.

Jamás individuo alguno desarrolló actividad semejante. No se daba punto de reposo; sabía bien que de su trabajo y del éxito de sus exámenes dependía la suerte futura de los dos, y, dado su carácter, habría creído criminal la más inocente distracción.

Aunque preocupado constantemente por el pensamiento de Elvira, esto, en lugar de res-

tarle fuerzas, aumentaba sus poderosas energías de hombre saludable que sabe luchar con más tesón aún en los días adversos que en los prósperos.

Cuando otro cualquiera, de espíritu más débil, se habría abandonado para no pensar en otra cosa que en sus desgraciados amores, Juan Antonio afirmaba su reputación de estudiante pundonoroso y hombre trabajador; quería salir, cuanto antes, de aquella situación, y trabajó con tal ahinco, que a principios de marzo habría podido examinarse de las asignaturas que le faltaban para acabar la carrera.

No fué a los teatros los sábados, ni los domingos al café, como acostumbraba; sabidas sus asignaturas, dedicaba el tiempo que le quedaba libre a hacer trabajos para sus compañeros, que no podían pagarle con largueza, pero que le pagaban, ayudándole así a economizar algún dinero del que indudablemente había de necesitar para llevar a cabo sus proyectos en relación a Elvira.

Juan Antonio asistía desde hacía dos años a la clínica particular de uno de los profesores de San Carlos, en calidad de practicante; trabajo por el cual el doctor, que le quería entrañablemente por su bondad y aplicación, solía darle de tanto en tanto alguna

retribución, que el estudiante guardaba cuidadosamente para poder pasar un mes en su pueblo en la época de vacaciones.

A pesar de que Juan Antonio tenía motivo para estar verdaderamente satisfecho de los resultados que su laboriosidad le producía, su vida no era nada envidiable. La ansiedad le torturaba cada vez más y aumentaba a medida que el tiempo transcurría.

No tenía noticias de su amada, por lo menos noticias directas. Su amigo, sí, le había escrito con alguna frecuencia, asegurándole que no había podido entregar a Elvira ninguna de las cartas que para ella le había mandado Juan Antonio.

Decíale que, desde la madrugada última que pasó el estudiante en el pueblo, no había vuelto a verla.

Según pudo enterarse, la pobre muchacha tuvo que guardar cama después de la noche aquella, presa de horrible decaimiento y con una enfermedad que el médico del pueblo, un viejecito más venerable que sabio, no supo diagnosticar.

En las cartas sucesivas, aquel amigo cariñoso habíale seguido dando noticias de cuanto con la joven podía relacionarse. En una afirmaba que había visto a Elvira ir con doña Crescencia a la iglesia; la había encontrado

bastante desmejorada y muy triste; como siempre iba con la señora de Colmenares, no había podido entregarle las cartas de Juan Antonio, que siempre llevaba en el bolsillo en espera de una ocasión propicia.

Más tarde y por idéntico conducto, supo Juan Antonio que Elvira había pasado muy mal el invierno y que, según se decía por el pueblo, echaba con frecuencia sangre por la boca y estaba tísica.

Los tíos, entretanto, hacían novenas por su salud, y hasta llegaron a costear una misa solemne por igual motivo, aumentando con esto la fama que ya tenían de gentes piadosas, creyentes y casi dignas de un altar.

Tales noticias torturaban horriblemente el corazón de Juan Antonio, que rechinaba rabiosamente los dientes y apretaba los puños poseído de terrible ira.

En algunos momentos habría dado parte de su vida por poder coger entre sus manos a don Gumersindo y su señora y haberlos ahogado sin piedad; pero en su pecho generoso no echaban raíces aquellos proyectos de venganza. Acababa siempre por renegar de la impotencia a que el destino implacable y cruel le condenaba.

Estos desalientos tampoco duraban mucho en él. Tenía gran esperanza en el porvenir;

pronto sería médico y entonces se uniría a Elvira, y con mucho cuidado y mucho mimo, y procurando que llevase una vida tranquila por todos conceptos, había de acabar por verla sana y robusta, madre de algunos hijos que sin duda les concedería el cielo, y al lado de los cuales sentirían deslizarse la vida, alegres y satisfechos, sin que jamás nublasen los ojos de la inestimable Elvira lágrimas de desengaño.

Como los trabajos a que se había obligado eran diversos y no escasos, quedábale poco tiempo para desesperarse. Algunas noches se desvelaba pensando en Elvira, pero como su salud era fuerte y llegaba muy cansado a la cama, tardaba poco en dormirse con el sueño profundo y tranquilo de los que supieron aprovechar las horas del día y no descansar en muchas de la noche.

Así llegó el mes de abril.

Juan Antonio recordaba el pueblo; pensaba que en aquella época los melocotoneros abrían sus florecillas rosadas; las ramas de los membrillos parecían guirnaldas fabricadas por las misteriosas ninfas de la primavera; los naranjos y limoneros se cuajarían de azahar, la florecilla olorosa que adorna el pecho y la cabeza de las vírgenes. A primeros de mayo las acacias, convertidas en ramilletes

blancos, y las flores todas, se abrirían como si la tierra acabase de recibir la bendición del dios Pan.

¡Qué feliz habría sido él paseando al lado de Elvira, mostrándole las bellezas inconcebibles de la Naturaleza fecunda; decansando a la sombra de los guindos, tan cuajados de flores que parecían nevados!

¡Qué acción de gracias tan ferviente y pura hubieran elevado sus corazones al cielo, cobijador augusto de belleza tanta!

Y pensando en aquellas cosas, los suaves y misteriosos dedos del sueño cerraban sus ojos

XX

Los tíos de Elvira no se daban por satisfechos; aunque habían aumentado la fama de piadosos que ya gozaban, encargando misas y rezando novenas por el pronto y total restablecimiento de Elvira, no dejaban a ésta tranquila.

Solían hablarle mal de Juan Antonio, y como no había nadie que pudiese salir en defensa del estudiante, y como tanto don Guersindo como doña Crescencia eran partidarios de que «a moro muerto, gran lanzada», ensañábanse cobardemente.

¡Juan Antonio! ¡Oh, Juan Antonio! ¡Va-

liente pillastre estaba hecho! No acabaría nunca la carrera, porque era un gandul que no estudiaba y un granuja que tenía queridas, y un hombre de mala conducta, jugador y tramposo que no podía vivir en la corte dos meses seguidos en un mismo barrio.

Elvira habría de llegar a convencerse, y no muy tarde, de lo bien que hicieron y de lo mucho que tenía que agradecer a sus tíos por no haberle consentido continuar aquellas relaciones que, indudablemente, habrían sido su perdición. A ella, en las actuales circunstancias, no se le alcanzaba nada de aquello, porque conocía bien poco y bastante mal el mundo; pero cuando pudiera pensar seria y detenidamente en aquel asunto, se congratularía en extremo de que don Gumersindo y doña Crescencia, conocedores profundos del corazón humano, hubiesen tomado cartas en la cuestión librándola de caer en las manos de un pícaro que no la amaba sino porque la creía rica.

Este machacar en contra de Juan Antonio no cesaba nunca; todos los días, sobre todo a la hora de comer, doña Crescencia volvía al mismo tema, deseosa de que, al fin y al cabo, Elvira acabase por odiar al estudiante con toda su alma, como odian los raquítics

de espíritu todo lo que les daña, sea de la naturaleza que sea.

Y en su ceguedad no veían que la pobre muchacha iba muriéndose poco a poco, a fuerza de disgustos.

Elvira esperaba, sin cansarse nunca de esperar, con esa buena fe adorable de las almas puras que creen firmemente en la bondad ilimitada de las personas a quienes aman, en las cuales nunca encuentran el más insignificante de los defectos.

No había dudado, ni se le ocurrió dudar un momento de Juan Antonio, porque ella no podía dudar de Dios, y dudar de su amado equivaldría a dudar de El.

Lo que sí empezó a creer firmemente fué que sin duda ella habría cometido un crimen horrible, aunque sin intención alguna, y que Dios, que todo lo escudriña y penetra, la castigaba por él.

Esta idea, tan desconsoladora para la pobre niña, le obligaba a repasar su memoria y a hacer continuamente examen de conciencia sin sacar nada en claro; y por la noche, al encontrarse sola en su cuarto, arrastrábase de rodillas con fervor infinito, suplicándole a Dios el perdón de aquellas culpas ignoradas que tan rudo y cruel castigo merecían.

Como no se recordaba grandes pecados, ni

pequeños tampoco, acabó por creer que, indudablemente, lo que Dios le reprochaba era aquel amor inmenso que hacia Juan Antonio sentía.

Este pensamiento redobló sus amarguras, porque comprendió que, si aquel era el gran pecado, no sólo no podía dejar de cometerlo, sino que estaba ciertísima de que no había de sentir arrepentimiento, ya que experimentaba cierto placer, amarguísimo, pero placer al fin, en los sufrimientos a que por Juan Antonio se veía condenada.

A cada nuevo obstáculo que se presentaba, su amor crecía prodigiosamente, hasta el punto de llegar un momento en que no cesaba de nombrar a Juan Antonio y de dirigirle frases cariñosas, parecidas a las fervientes plegarias que antes dirigía a los santos para que la librasen de todo mal.

Se vió obligada a confesarse nuevamente con don Manuel, y éste continuó con sus torpezas y cinismo incalificables; hablóle otra vez de los peligros que lleva en sí el amor mundano, fuente de todo mal, locura irrefrenable de los sentidos, abismo fatal que nos aleja de Dios, derrotero que nos conduce a la perdición eterna por fáciles y breves caminos...

Y todos veían claramente que la muchacha

se moría, poco a poco; que la sangre se escapaba de aquel cuerpo lentamente; que se espiritaba; que parecía empeñada en emprender el vuelo hacia las regiones infinitas, para recibir el abrazo supremo del Gran Espíritu vivificador del mundo y confundirse con él.

Pero a don Manuel le importaba bien poco todo aquello, y don Gumersindo Colmenares y doña Crescencia se alegraban de que fuera desapareciendo aquella muchacha que podía comprometerles.

Nadie se esmeró en prodigar cuidados a la pobre mártir, porque todos estaban sombríamente satisfechos del martirio a que la sometieran.

Y hasta hubo momento en que aquellos seres se figuraron que tal vez estaban haciendo una obra de caridad, valiéndose de aquellos medios que conducían a un fin poco caritativo.

¿Quién les decía que Juan Antonio no era tal y como ellos le pintaban, sin haberse metido a averiguarlo? En tal caso, real y verdaderamente, libraban a Elvira de un mal considerable.

Por eso y por el fin a que se proponían llegar, doña Crescencia, lejos de hacerle a Elvira menos dura su desgracia, siempre que

encontraba ocasión para ello, al verla tan enfermucha y decaída, solía asegurarle que Dios la castigaba por amar de tan desatentado modo a aquel hombre sin corazón y sin conciencia, condenado sin duda alguna, y que si Elvira se empeñaba obstinadamente en seguir por aquel camino de perdición, condenaríase también, entrando de patitas en el horripilante y temible fuego eterno.

Aquel sufrimiento constante, empeoraba a la pobre niña: el poco apetito que le quedaba se acabó; no comía apenas, y si se iba sosteniendo, gracias podía darle a la loca esperanza, que la acompañaba constantemente, de que a la hora que menos lo esperase presentaría Juan Antonio a salvarla de aquel martirio cruento.

Mayo llegó con su floración vigorosa, promesa bendita de alegre abundancia; llegaron con él las tardes de crepúsculos largos; en el ambiente, embalsamado de aromas, había amor; amor en las brisas frescachonas que iban oreando pausadamente las verdes espigas que, pronto secas ya, darían a la extensa campiña tonalidades de oro; en las mariposas había amor, y amor en los pájaros, y en las fuentes y en las cañadas umbrosas... y los hombres se abrasaban de amor...

Fué un mes de mayo que parecía invitar a

la vida; algo así como la copa sagrada de las benditas embriagueces...

Elvira no sintió el influjo de la estación joven y bella. Para la desventurada todo lo que no fuera Juan Antonio nada significaba; era como flor temprana que deshojaron los vientos. Cada vez más melancólica y decaída, empezó a no poderse dedicar a ninguna de sus tareas habituales; no tenía fuerzas para nada, y el más ligero esfuerzo la fatigaba muchísimo.

Sus tíos se vieron obligados a tomar una criada, aunque no era muy de su gusto que alguien extraño a ellos durmiese allí. Hasta entonces se habían contentado con utilizar los servicios de una vieja, que por la mañana bien temprano iba a la casa con el fin de encargarse de comprar en la plaza lo que necesitasen. Hecha la compra, volvía a casa del notario la vieja, se la entregaba a Elvira, a quien rendía cuentas, y se despedía hasta la mañana siguiente.

Demorando anduvo doña Crescencia el día en que había de meter una criada en su casa, y cuando llegó la hora, como si quisiera aminorar el alivio que experimentaría Elvira con que la sustituyesen en aquella tarea que le resultaba angustiosa por el mal estado de su salud, le dijo:

—Créeme, hija mía, que hacemos un gran sacrificio con meter una boca más en casa ; pero me es muy amargo que trabajes encontrándote algo delicadilla y por eso lo hago. Pero es preciso que dejes de amar a ese perdido de Juan Antonio.

Con crueldades de tal índole, Elvira fué adquiriendo la tristísima convicción de que doña Crescencia deseaba matarla.

Esto la entristeció doblemente y tuvo que sacar a relucir la inmensa bondad y misericordia que atesoraba su alma, para hacerse la ilusión de que aquel pensamiento era una locura y que sus tíos la querían entrañablemente.

La sirvienta que entró en casa de don Gumersindo era muchachota honrada, sencilla y de buen corazón. Rolliza y frescachona, tenía la fuerza de un toro, y ni lo más espeluznante hubiérala arredrado. Su cara era angulosa, de nariz larga, boca grande de labios finos, y ojos pardos y pequeños que miraban bondadosamente. En conjunto, su cara resultaba agradable y simpática.

Traoajaba sin desmayo, con verdadero afán, y pronto tuvo la casa tan limpia que daba gloria.

Eufrasia (llamábase así la criada) sintió desde los primeros momentos vivísima sim-

patía hacia Elvira. Veíala siempre triste y pálida, con su expresión melancólica de mártir resignada, y de buena gana hubiera hecho un sacrificio para que la pobre enamorada no sufriese tanto. Pero ante la realidad no valía hacerse ilusiones, y Eufrasia se limitaba a hacer lo posible por animar a la joven, cuyo estado angustioso habíala conmovido.

Poco se le alcanzaba a la sirvienta de cuestiones médicas; pero aunque no comprendía el porqué su señorita se consumía poco a poco, como fuego falto de combustible, sospechaba que no tardaría mucho en cerrar los ojos para siempre.

Sintió pronto por Elvira ese cariño protector y misericordioso que suelen sentir los fuertes por los débiles.

—Oiga usted, señorita—solía decirle siempre que para ello encontraba ocasión,—no sea usted así ni se aflija; ponga la cara alegre como yo, y trajine para abrir las ganas y verá qué poco tarda en ponerse buena.

Para Eufrasia el misterio de la prolongación de la vida estaba en un buen guiso comido con hambre.

Elvira sonreía dulcemente, agradeciéndole a la muchacha su buen deseo y asegurando que ella quería estar buena y firme, pero que no podía conseguirlo.

Eufrasia era la única que se acercaba a la enfermita para cuidarla, y la única que no se cansó de aquella larga enfermedad.

El destino no era tan cruel como doña Crescencia y daba a la pobre mártir una amiga en quien poder depositar su confianza, contándole sus íntimos pensamientos y participándole sus dolores secretos.

Elvira, harta de no hablar con nadie, se confesó un día con aquella muchachota ple-tórica de vida: se lo dijo todo, sin omitir el menor detalle, dando rienda suelta a su verbosidad tanto tiempo contenida, y habló de Juan Antonio con entusiasmo tanto, que Eufrasia quedó sorprendida de que se pudiera querer de aquella manera.

Mientras Elvira descansaba del esfuerzo que tuvo que hacer para hablar tanto, la muchacha tomó la palabra:

—¡Oh, sí; la señorita tenía razón! El señorito Juan Antonio era muy guapo y muy bueno.

Ella le conocía. Cabalmente el verano pasado le dió el padre de Eufrasia un remedio que le devolvió la salud. Ella y su padre estaban muy agradecidos al señorito Juan Antonio, y su padre decía que aquel muchacho había de ser un hombre de provecho.

Elvira sintió un regocijo inmenso al oír ha-

blar así de su amado. Por primera vez, desde la marcha de Juan Antonio, sus ojos brillaron de alegría, y con ternura inmensa abrazóse al cuello de Eufrasia y la besó una vez y otra, sintiendo hacia ella agradecimiento infinito.

—Pero ¿por qué llora usted, señorita?

Lloraba sí, pero no lloraba de pena como otras veces, sino de alegría, y grande; Eufrasia había sido la primera en hablar bien de Juan Antonio; sus tíos...

Aquí refirió los tormentos que le habían ocasionado aquellos amores.

Pasáronse hablando casi una noche entera, y al otro día volvieron a hablar de lo mismo, y al otro, y siempre sus conversaciones versaron sobre el mismo tema.

Eufrasia era discreta y Elvira no tenía inconveniente en descubrirle los más ocultos rincones de su corazón y de su pensamiento. Verdad es que, aunque no hubiera sido discreta ni sentido interés por ella, la habría hecho sabedora de sus dolores, porque su espíritu atribulado necesitaba de aquella comunicación y de aquel desahogo. La desgraciada niña habría llamado al primero que pasase por la calle para referirle sus desgracias, porque, tanto en las grandes alegrías como en los dolores inmensos, hay siempre algo

que se nos quiere salir por la boca en torrente de palabras.

Eufrasia no podía disimular la admiración que le causaba aquel amor tan grande que Elvira sentía por Juan Antonio. Figurábase que se podía querer mucho a una persona; desear con desatentada ansiedad, verla y hablar con ella, pero nunca imaginara que un amor ocasionase a una persona una enfermedad y le hiciese echar sangre por la boca.

¡Qué desgraciada debía de ser, y cuánto debía de sufrir su señorita por Juan Antonio, cuando tan enferma se encontraba por aquel amor!

Las confidencias continuaron; Elvira sentíase feliz en medio de su desgracia, porque podía comunicar a alguien las reconditeces de sus pensamientos y los dolores agudísimos de su corazón.

Eufrasia, compadecida de ella, llegó a amarla entrañablemente, y acabó por jurarse ayudar a su señorita por cuantos medios tuviese a su alcance.

Un día le facilitó pluma, tinta y papel, para que pudiese escribir a Juan Antonio y darle cuenta de cuantas cosas sucedieron desde que se fué.

Eufrasia misma se encargaría de hacer lle-

gar las cartas a su destino, y estaba segura de salir airosa.

Diffícil y comprometida era la empresa; la señora de Colmenares vigilaba constantemente, y cuando admitió a Eufrasia le había recomendado mucho que quería estar al tanto de cuanto hiciese Elvira. Sobre todo, si en alguna ocasión la desgraciada niña le daba alguna carta para que la llevase al correo, Eufrasia debía entregársela a doña Crescencia sin demora. La criada aseguró que así lo haría, pero al conocer los dolores de la infeliz enamorada se le quitaron los deseos de cumplir el mandato de la señora Colmenares, si alguna vez los había tenido.

Elvira, que no estaba en el caso de desaprovechar las ocasiones, escribió a Juan Antonio una carta muy larga y muy tierna, reiterándole promesas y juramentos, y asegurándole que no le olvidaba ni un instante y que ardía en deseos de verse a su lado para no separarse de él jamás. Luego referíale, aunque deprisa y desordenadamente, cuanto había ocurrido durante su ausencia, aun cuando por no asustarle le ocultó el mal estado de su salud y los temores que tenía de que sus esperanzas fuesen quimera, y el sueño de amor, de toda su vida, algo que iba a tener un fin trágico que no estaba muy lejos.

Pocos días después de escribir esta carta, Eufrasia entró en el cuarto de su señorita, aprovechando la ocasión en que doña Crescencia se encontraba en misa y don Gumer-sindo en su despacho con uno de sus deudores, y mostrando un paquete de cartas que sacó del corpiño dijo alegremente:

—¡Ya ha contestado!

—¡Trae, trae!

—Una es de hoy, y las otras atrasadas. Me las ha dado el vecino, y dice que son del señorito Juan Antonio.

La pobre enferma cogió de manos de la criada las cartas, las apretó contra su pecho con ardiente entusiasmo y las besó repetidas veces, llorando llena de emoción. Después pretendió abrirlas, sin conseguirlo, porque era tal el temblor de sus manos y el de todo su cuerpo, que no podía manejarse.

Pasado un rato que para ella fué un siglo de impaciencia mortal, pudo empezar a leer, por la última, por considerarla la más interesante en aquellos momentos.

Escrita en estilo sencillísimo, encerraba tanta ternura y era tan conmovedora, que obligó a Elvira a llorar copiosamente.

Anunciábale Juan Antonio que no tardarían en empezar los exámenes, para los cuales estaba admirablemente preparado. Por

consiguiente, esperaba no tener que aguardar mucho tiempo para verla y encontrarse en situación de poder realizar el sueño dorado de toda su vida uniéndose a ella ¡para siempre! costase lo que costase.

Aquel «¡para siempre!» gustó muchísimo a Elvira y hasta pareció animarla; pero pronto se acordó de lo débil y sin fuerzas que se encontraba y suspiró tristemente.

Leyó las otras cartas con ansiedad inmensa, y volvió a leerlas una vez y otra, y al notar que Juan Antonio se esforzaba en todas por hacerle concebir seductoras esperanzas, sonrió moviendo la cabeza acongojada.

¡Juan Antonio no sabía lo mala que se encontraba Elvira! Y pensando en esto, la pobre muchacha derramó abundantes lágrimas.

Por mucha prisa que se diera, no llegaría a tiempo. ¡Qué había de llegar!

Elvira notaba que la enfermedad de que era víctima hacía rápidos progresos.

Después de leer las cartas de Juan Antonio, que tan hondísima emoción le produjeron, se puso tan mala, que creyó llegado el último momento de su vida.

Por la noche tuvo un acceso de tos y volvió a echar sangre por la boca. Encontrábase en ese estado en que todo para los enfermos

es fatal y peligroso : las ligeras alegrías y los dolores insignificantes.

Tal mala la encontró doña Crescencia por la mañana, que mandó recado al médico.

Este, tras de pulsar y auscultar a la enferma, confesó una vez más que la vida huía de aquel cuerpo, y que no había medio alguno que fuese capaz de detenerla.

Acabó por aconsejar que estuviesen preparados para todo, pues encontraba a Elvira tan débil, que no podría resistir un día de calor, y que si un día hacía frío, moriría también.

Quedó en volver más tarde, aunque se reconocía impotente y sabía que no quedaban más recursos que los que pudiera proporcionar el cielo ; el vómito de la noche anterior la había matado y, con él, el médico acabó por abandonar toda esperanza.

Si don Gumersindo Colmenares quería mandar a la ciudad inmediata en busca de otro facultativo, podía hacerlo sin reparo alguno, pues él había agotado todos los recursos con que contaba.

Y el médico hacía aquella declaración de impotencia con la cabeza caída tristemente sobre el pecho, y las manos a la espalda en actitud lastimosa de vencido.

¡ Era muy doloroso para él que se le mu-

riesen los enfermos! ¡Y más doloroso todavía no poder salvar a aquella enfermita!

¡Oh, sí! La llevaría grabada siempre en su memoria, con su carita larga, alargada cada vez más por la enfermedad, su color pálido que daba a sus mejillas transparentes nacarinas, sus ojos grandes, negros y bondadosos, en los que brillaban los últimos destellos de la vida, la expresión amarguísima de sus labios, que se esforzaban en sonreír algunas veces, con una sonrisa que hacía llorar...

Eufrasia acompañaba a Elvira siempre que las ocupaciones se lo permitían, y por la noche la velaba hasta muy tarde, haciéndole tomar las medicinas que el médico recetaba, y que para nada servían ya.

La enferma, cuando se sentía con fuerzas, empleábalas en hablar de Juan Antonio, al que recordaba constantemente. Si se cansaba de hablar, rogábale a Eufrasia que le refiriese cosas de él, de modo que las que la sirvienta sabía se las tuvo que repetir infinitas veces.

La muchacha nunca se olvidaba de referir que su padre estaba bueno por aquellos remedios que le dió el señorito Juan Antonio.

Entonces, la enferma recobraba su alegría y su esperanza. Su amado tardaría poco en

llegar al pueblo, y la curaría como curó al padre de Eufrasia.

A medida que las fuerzas se acababan, experimentaba mayor apego a la vida, y sentía inconmensurables deseos de vivir, para poderse consagrar en cuerpo y alma a Juan Antonio, que tanto sufrió y estaba sufriendo por ella.

Pero sus alegrías duraban poco, y no tardaba en caer en angustioso sopor, permaneciendo así horas y horas, con los ojos entornados, como si le faltasen fuerzas para tenerlos abiertos, pensando siempre en Juan Antonio, a quien, como amaba con tal delirio, solía ver hasta durmiendo.

Doña Crescencia continuaba yendo a la iglesia, y ofrecía rosarios y misas por la salud de la enferma, según manifestaba a las devotas que por el estado de Elvira le preguntaban.

Llegó un día en que acordaron los tíos que fuese don Manuel a la casa a ejercer su ministerio, para que la enferma no dejase el mundo sin confesar los pecados que hubiere cometido.

Y don Manuel fué con ánimo de confesarla para que pudiera recibir el Viático que «da la salvación al alma y la salud al cuerpo si le conviene».

Elvira, al ver entrar en su alcoba al cura en calidad de negro mensajero de la muerte, sintió que sus nervios vibraban en un estremecimiento poderoso de protesta, pero faltaban alientos para resistirse, y se echó a llorar con desconsuelo infinito.

¡Ella quería vivir, y aquel atuendo parecía anunciarle el fin de su vida!

Don Manuel, dando una prueba más de su crueldad imbecil, estuvo más de media hora con su sermón eterno del mundo, el demonio y la carne, e invitó a Elvira al olvido absoluto de todo lo terreno, y a no pensar en nada, fuera de Dios, si quería salvarse.

Para tener derecho a gozar del Eterno Bien, era indispensable olvidar por completo todo lo perecedero: hombres y cosas, haciendo caso omiso del corazón, que había que arrancarse, ya que como perecedero sólo amaba cosas perecederas.

Elvira pensaba que aquellas promesas de gloria eterna, imponiendo tales condiciones de olvido y desamor a lo mundano, equivalían a una condenación segura, al fuego eterno, porque aunque la razón pretendiera triunfar en un esfuerzo poderoso, no triunfaría nunca. Los afectos no se matan en un momento; la voluntad no aniquilará nunca al

corazón, porque no será nunca bastante firme para matarlo.

Al infierno, pues, a la caverna horrorosa del fuego y de los dolores inacabables sería condenada por su amor.

Una fuerza irresistible, que nada ni nadie hubiera podido contrarrestar, traía el nombre de Juan Antonio a los labios; la cruel memoria de Elvira recordábale minuciosamente la última entrevista con todos sus sobresaltos y sus lágrimas, y experimentaba placer inexplicable evocando los abrazos nerviosos, casi epilépticos, y los besos ardientes de la última noche que pasó en el corral al lado de Juan Antonio...

¡Oh, iría al infierno, sí; al espantoso lugar de los dolores inacabables! No podía olvidarse del muy amado, ni se arrepentía de amarle con aquel delirio; lejos de eso, le esperaba con ansiedad infinita, saboreando, ya que no podía otra cosa, el inexplicable goce de morir en sus brazos con la dulce confianza de que quedaban allí las manos piadosísimas de Juan Antonio para cerrarle los ojos.

XXI

Juan Antonio se consumía de impaciencia.

Desde que tuvo noticias directas de Elvira, los sobresaltos aumentaron. En aquellas cartas de enamorada constante, dulce y tierna, adivinó el estudiante que el martirio de su amada no había cesado. A veces eran cortas como suspiros, á veces largas como el sufrimiento, y en todas ellas había mucho amor, mucho anhelo, infinita tristeza.

Luego, cuando la correspondencia cesó, acabó por desesperarse por completo; adivinaba en aquel silencio un nuevo obstáculo, que no podía ser sino un martirio nuevo para Elvira.

Escribió a su amigo rogándole que le sacase de la incertidumbre cruel que maltrataba su corazón. Suplicábale que indagase la verdad de cuanto ocurrir pudiera y que le tuviera al corriente.

Pocos días después recibió una carta larguísima en contestación a su súplica. En ella se le daba cuenta de la enfermedad de Elvira. Aunque su estado no era desesperado, podía calificarse de grave.

Eufrasia, que fué la que informó al amigo de Juan Antonio, aseguraba que su señorita estaba cada vez peor, aunque a ratos le animaba la esperanza de que pronto Juan Antonio estaría de vuelta en el pueblo, a donde iría para salvarla.

A tal punto llegó la desesperación de Juan Antonio al recibir tales noticias, que estuvo tentado de marcharse sin aguardar a los exámenes, que ya habían empezado; pero el gasto a que se vió obligado para pagar la matrícula le dejó sin dinero, y nada podía hacer sino desesperarse y consumirse pensando en su importancia.

En más de una ocasión tuvo la idea de marchar a la estación, hablar con el conductor de cualquier tren que por el pueblo pasase, referirle sus penas y rogarle de rodillas que le llevase con él.

Otras veces abrigó el pensamiento de emprender la caminata a pie, sin descansar en ninguna parte, hasta llegar junto a la cama de Elvira.

Pero cuando su exaltación aminoraba y sus nervios irritados languidecían, pensaba en que su viaje habría sido inútil por completo, pues, por más que hubiese rogado a don Gumersindo y a su señora, no le habrían consentido ver a la que amaba su alma. ¿Qué haría, pues, en el pueblo sin dinero y sin poder velar por la salud de la desgraciada niña?

Por otra parte, y como para consolarse, pensaba en que probablemente la enfermedad de Elvira no revistiese los caracteres de gravedad que su amigo suponía.

Calculó, pues, que lo más acertado sería quedarse.

Tres o cuatro días, a lo sumo, tardaría en examinarse, y entonces, ya médico, y libre de todo compromiso, podría llevar a cabo algún plan más útil y de mejores resultados.

Se propuso buscar dinero; el que creía indispensable para poder tomar el título y empezar a ejercer, mientras se preparaba para concurrir a las primeras oposiciones que se presentaran.

Para cumplir su propósito determinó con-

sultar con el doctor en cuya clínica estuvo Juan Antonio de ayudante durante los últimos años de su carrera.

Sin ambages se presentó a él y le puso al corriente de su verdadera situación y de los deseos que le animaban respecto a Elvira. Necesitaba el dinero para el título, si salía bien de los exámenes, y algún dinero más para poder llevar a cabo su propósito de depositar a Elvira, si persistían sus tíos en no dársela en matrimonio, casarse en seguida y volver a Madrid a trabajar.

Juan Antonio, laborioso y aplicado, contaba con el cariño de aquel caballero.

—Perfectamente—dijo el doctor cuando el estudiante acabó de hablar;—me parece muy bien lo que usted piensa y honorabilísima la conducta que se propone seguir. Me felicito una vez más de no haberme engañado con relación a usted.

Juan Antonio le dió las gracias, emocionado.

El doctor prosiguió:

—No debe usted pensar en los gastos que le origine el título, porque desde hace tiempo tenía la intención de costeárselo por mi cuenta: es una gratificación que usted merece por su laboriosidad y por los buenos servicios

que me ha prestado. Esto es, pues, cuenta mía.

Juan Antonio balbuceó unas frases de agradecimiento.

—En cuanto a colocación—agregó el médico,—tampoco tiene que pensar en ella; si aprueba las asignaturas y quiere quedarse a mi lado, se lo agradeceré; Cambronero se marcha a Sevilla y usted puede ocupar su puesto con cincuenta duros al mes. En cuanto al empréstito, no todo han de ser gangas, amigo mío — dijo dándole unos golpecitos muy cariñosos, verdaderamente paternales,—yo le facilitaré a usted de mi bolsillo dos mil pesetas para que arregle sus cosas de la mejor manera posible, pero con la condición de que me las ha de devolver cómo y cuando le parezca.

Había tal delicadeza en el modo de ofrecer, con tanta ternura hablaba el respetable doctor, que Juan Antonio no podía articular palabra, y, cogiéndole una mano, pretendió besársela, pero el médico le tendió los brazos, y en ellos se arrojó sin acertar a manifestar su agradecimiento, porque el llanto ahogaba su voz.

Pocos días después Juan Antonio se examinó de las asignaturas que para terminar

la carrera le faltaban. El resultado fué brillante como de costumbre.

En todo el curso fué la primera alegría que experimentó.

¡Ya era médico! ¡Ya tenía colocación y título para poder ejercer! ¡Ya para ser feliz no le faltaba otra cosa que ir a buscar a Elvira, arrancarla al poder tiránico de sus tíos, casarse con ella y volver a Madrid, dispuesto a trabajar sin descanso y a conquistar gloria y fortuna por ella y para ella!

Hizo deprisa y corriendo algunas gestiones, las que consideró indispensables, fué a despedirse del doctor a quien tanto debía y, aquella misma tarde, salió de Madrid anhelando llegar cuanto antes al pueblo, dispuesto a luchar valientemente hasta conseguir encontrarse al lado de su amada.

Tal fué su apresuramiento y tan atolondrado iba, que dejó olvidada la maleta en la casa de huéspedes. Notó la falta en la estación, a donde llegó con una hora de tiempo; pero el temor de perder el tren le aconsejó no ir por ella.

De todos modos bien segura quedaba en aquella casa donde tanto le querían.

La espera se le hizo insoportable. Paseábase nervioso, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la cabeza baja, como

si se obstinase en buscar por el suelo algo imperceptible.

Cuando abrieron el despacho, él fué el primero en tomar el billete, el primero en penetrar en el andén y el primero en subir al tren, a aquel tren que parecía no tener prisa en ponerse en marcha.

Sentábase y volvíase a poner en pie agitado, impaciente. Hubiérase querido pasear por la estación, pero su misma impaciencia le retenía en el coche. ¡Tal vez los empleados tardasen en dar la salida por esperar a que subiese él!

Estaba rendido de tanto ponerse en pie y sentarse, y su impaciencia subía de punto.

Acabó por pensar que tal vez se había equivocado metiéndose en un coche aislado. En aquel momento pasaba junto a la ventanilla del coche que ocupaba, el interventor.

Juan Antonio le llamó para preguntarle si era aquel tren el que debía marchar por la línea de Andalucía.

—Sí, señor; es éste, pero faltan cinco minutos para la salida.

—¡Cinco minutos! ¡Oh, cómo se conocía que aquellos empleados eran gente perezosa e impasible!

Estaba desesperado, locamente desesperado.

Poco a poco fué llenándose el vagón que

ocupaba, de gente, que a juzgar por su apariencia tranquila no tenían tantos deseos como Juan Antonio en llegar al término de su viaje.

Los cinco minutos pasaron y la campana del jefe de estación ordenó la marcha.

El tren se puso en movimiento con parsimonia, como siempre, y poco a poco fué adquiriendo velocidad.

Juan Antonio, sentado cara a la máquina, apoyaba los pies en el asiento de enfrente... Sin darse cuenta de ello, por movimiento inconsciente de su instinto, hacía fuerza como si pretendiese aumentar la velocidad de la máquina. Nada veía ni oía; el hermoso paisaje que pasaba ante sus ojos con rapidez que causaba vértigo, era cosa muerta para él, como cosa muerta eran también los ruidos que hasta él llegaban confusos.

Lo único que aumentaba su excitación nerviosa era que aquel tren paraba con una frecuencia irritante; a aquel paso, no llegaría nunca a su destino. Cada nueva parada era para él un nuevo martirio, cruel e insoportable.

Muchas veces hizo el mismo viaje con ansiedad; pero jamás le pareció tan largo y pesado.

El recuerdo de Elvira no se apartaba de él

un momento. Ideas espantosas le asaltaban produciéndole frío, pero la esperanza, esa bendita loca que se empeña algunas veces en acompañarnos, no se separaba de él.

Figurábase que aún llegaría a tiempo: aún podría triunfar en toda la línea y volver a recorrer otra vez aquel camino, en dirección contraria a la que llevaba, hacia Madrid, con Elvira a su lado, haciendo proyectos venturosos.

Y pensando así unas veces, e impacientándose otras, pasó la noche y vió transcurrir la mañana, sin pensar en el descanso que tanto necesitaba su ajetreado cuerpo.

A las once paró el tren en la estación del pueblo término de su viaje, y tales fueron las prisas de Juan Antonio para abandonar aquel tren donde tanto había sufrido, que poco le faltó para bajar de cabeza.

Fué aquél un día de los más calurosos del mes de julio. El viento suave y calentón que venía de la sierra hacía crujir los tallos secos del trigo; el sol quemaba el suelo. Allá lejos, en los llanos de San Julián, una cuadrilla de segadores trabajaban penosamente agobiados por el calor. Las cigarras cantaban desesperadamente...

Juan Antonio atravesó ahogándose aquellos campos, sin pensar en detenerse, ni darse

cuenta siquiera de su fatiga. Al llegar a los olivares se detuvo un poco a respirar.

Allá lejos, divisó la torre árabe del pueblo, esbelta y gallarda, y experimentó vaga alegría. Aquel campanario a cuyo alrededor se agrupaba el pueblo, tenía para él algo de sagrado: él fué un testigo mudo de su felicidad; le había visto hablar con Elvira por la ventana.

XXII

Mientras Juan Antonio viajaba, consumiéndose de impaciencia en aquella interminable noche, que no podría olvidar aunque mil años viviese, en la casa de don Gumersindo Colmenares había animación desusada.

El despacho del notario se veía lleno de gente; lo principalito del pueblo estaba allí. Las mujeres vestían de negro y los hombres permanecían silenciosos y cabizbajos.

Doña Crescencia, allá en un rincón, con un pañuelo negro de seda puesto de capucha y muy tirado a la cara, permanecía inmóvil, y suspiraba ruidosamente, de tanto en tanto.

Eufrasia corría de un lado a otro atónita y llorosa. El amplio portal también estaba lleno de caras tristes. Por la puerta del jardín, abierta de par en par, y por la del patio, penetraba una oleada de perfumes.

Como el calor era insoportable en el despacho, la gente fué abandonándolo poco a poco y tomando posiciones en el portal. Allí se fueron formando grupos y, aunque en voz baja, todos hablaban.

Elvira, que llevaba infinidad de días en un estado deplorabilísimo, acababa de libertarse de los tormentos de la vida. El Gran Espíritu formador del Universo había recibido en sus brazos el alma pura de la joven. El agudo sufrimiento cesó para siempre; aquel ángel, tras una agonía larga, había acabado por morir sonriendo. En sus labios quedó grabada aquella sonrisa angustiosa que hacía llorar; los ojos, aquellos ojos, propicios siempre a conjugar el verbo amar quedaron entornados ligeramente, como si todavía esperasen ver alguna cosa más de esta vida. En toda su cara y en la línea delicadísima de su cuerpo, había quedado impresa la angustiosa expresión de mártir resignada que la caracterizó en los últimos meses de su vida.

Todo había terminado en aquel cuerpo y,

sin embargo, aún parecía aguardar algo para acabar de cumplir su misión.

La gente de la casa aparentaba estar afligidísima e inconsolable.

Doña Crescencia, siempre que entraba algún nuevo personaje en el portal, si era mujer, la abrazaba lloriqueando y ensalzaba las incalculables virtudes de su desgraciada sobrina.

—¡Pobre mía! ¡Tan buena como era! ¡Oh, no la lloraré nunca bastante! ¡Ha muerto como una santa! ¡Hija de mi alma!

Y pretendía sollozar, pero de un modo que en circunstancias menos tristes hubiera movido a risa.

La visitante suspiraba también, vertiendo lágrimas, más sinceras que las de la señora de Colmenares, y acababa por decir elevando los ojos al cielo con expresión beatífica:

—¡Dios la tenga en su santísima gloria!

O bien:

—¡El Señor la haya acogido en su seno!

Igual escena se repetía siempre que entraba una nueva visita.

Don Gumersindo también daba rienda suelta a su dolor oficial, y mientras pensaba en el dinero que había de costarle el entierro y el oficio de difuntos, ponía la cara más com-

pungida del mundo, para asegurar que aquel golpe le quitaría lo menos diez años de vida.

Sólo la criada, la sencilla y bondadosa Eufrasia, al lado del cadáver, que ella había vestido ayudada de una vecina, experimentaba un dolor verdadero y profundo, y lloraba a lágrima viva, «berreando» a ratos, por creer sinceramente que sólo gritando se puede manifestar la intensidad de los grandes dolores.

Don Manuel fué durante la madrugada a rociar el cuerpo de la virgen muerta con agua bendita, y a mascullar un responso, con voz cavernosa que él creía solemne.

A la mañana siguiente repitió varias veces la visita con idéntico fin.

A las cinco de la tarde, según habían participado a los amigos, se verificaría el entierro de la infortunada.

A las cuatro, la casa estaba llena de gente preparada ya para el sepelio. Se habían puesto en el portal y en la sala cuantas sillas había, y algunas más que prestaron los vecinos y que ya estaban ocupadas.

Los más despreocupados cuchicheaban entre sí. En la penumbra de uno de los rincones del portal, doña Crescencia suspiraba. Cerca de ella estaban don Gumersindo y don Manuel.

Los muchachos del pueblo, a quienes el maestro dió suelta para asistir a la conducción del cadáver, se agrupaban alrededor de la casa y se subían a las rejas curioseando.

Por delante del cadáver desfilaron algunas mujeres. Iban llorosas y silabeaban oraciones, para rogar a Dios por el descanso de la que había huído del teatro de la vida.

Poco después de las cuatro, don Gumerindo Colmenares, don Manuel, doña Crescencia y los allí reunidos, vieron entrar a Juan Antonio, que atravesó el portal dirigiéndose con paso firme y ademán resuelto a la sala, en el centro de la cual estaba colocado el féretro donde descansaba el cuerpo de la virgen muerta.

Todos se sorprendieron grandemente. ¿A qué iba Juan Antonio allí? ¿Qué pretendía?

Doña Crescencia, repuesta pronto de la sorpresa que la presencia del joven le causara, se puso en pie vivamente y se adelantó, dispuesta a impedir que aquel intruso diese un paso más.

Iba a preguntarle con qué derecho se presentaba allí; pero al acercársele interponiéndose en su camino con los brazos levantados en señal de indignación, Juan Antonio la cogió por el derecho, y apretándoselo nervio-

samente hasta hacerle daño, dijo con firmeza y energía:

—Vengo a verla.

Y la apartó hasta dejar el paso libre.

Tal expresión había en su cara, y tal era la decisión que se notaba en su acento, que doña Crescencia, acobardada, vencida, retrocedió con espanto, volviendo a ocupar su asiento cabizbaja y temblorosa.

Juan Antonio continuó marchando con resolución, y al llegar a la sala se descubrió con recogimiento religioso, acercándose al féretro con seguro paso.

Estaba muy pálido, con los ojos muy abiertos y los labios plegados en un gesto de angustia suprema y de coraje. Adivinábase en él un dolor sobrehumano; una desesperación sombría superior a todas las fuerzas.

Miró fija y largamente la carita delgada y pálida de la muerta queridísima, y así permaneció, dando vueltas a su sombrero entre sus manos crispadas por la angustia.

Después... no pudo sostenerse en aquella actitud; sus piernas temblaron y cayó de rodillas, ocultando su cabeza entre los blancos pliegues del túmulo y prorrumpiendo en sofocados y dolorosísimos sollozos.

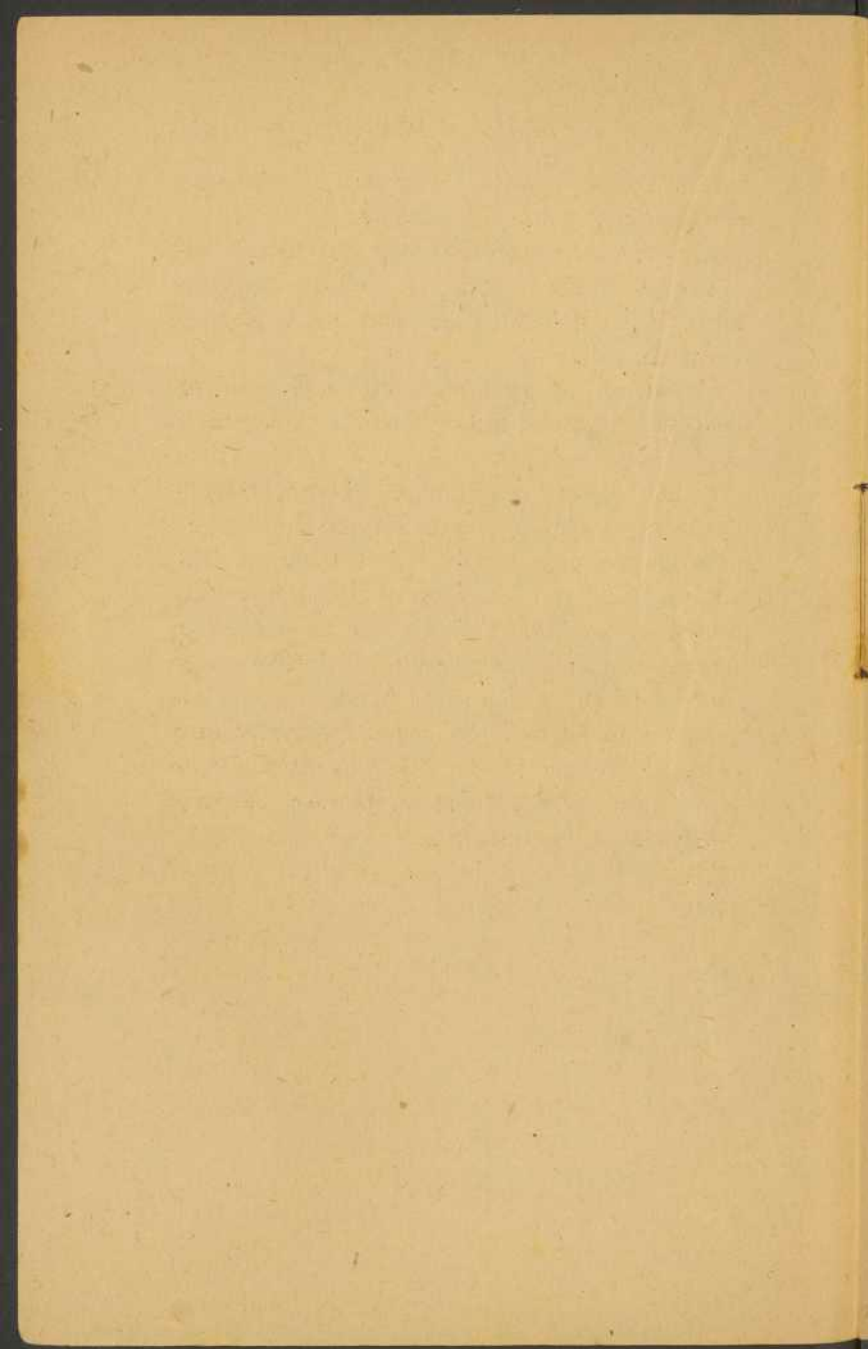
Ante aquel dolor tan inmenso como intensamente sentido, los que le contemplaban no

se atrevían a respirar; estaban hondamente emocionados y muchos lloraban.

Más de cinco minutos pasó arrodillado sin que se escuchasen en la casa más que sus sollozos afflictivos, sin que nadie fuera osado a acercarse a él.

El paroxismo pasó; los gimientes sollozos cesaron y Juan Antonio volvió a ponerse en pie.

Todas las miradas estaban fijas en el protagonista de aquel poema de dolor, y todos pudieron verle inclinarse sobre el cuerpo inanimado de Elvira, acercar sus labios temblorosos a la frente de la muerta, estampar en ella un beso tiernísimo y gimiente... y luego ponerse el sombrero y salir de la casa como había entrado: con paso firme y aire resuelto, sin dirigir a nadie una mirada, como el que acaba de cumplir la más solemne y sagrada de las misiones.



XXIII

Poco tiempo después las campanas comenzaron a tocar a entierro. Las mujeres de la calle fueron acercándose a la casa para ver a la muerta por última vez. Los chiquillos, agrupados en la puerta, dificultaban el paso.

Don Manuel, que momentos antes había salido de casa de don Gumersindo, tardó poco en presentarse, revestido con su capa pluvial.

Llevaron el féretro a la iglesia, colocándolo bajo el arco inmenso de la puerta del Perdón, y allí entonaron los curas un responso. El órgano parecía gemir, llorando por la

muerta. Las notas luctuosas del solemne «Dies ira», retumbaban lúgubrementes, bajo la severa bóveda de la iglesia árabe, parecida a un gigante esqueleto, como todas las obras que respondieron a ideas de otro tiempo, caducas ya. De aquella iglesia sólo la torre era simpática; la torre esbelta y gallarda que se elevaba majestuosa a las alturas, siempre recta, como una aspiración infinita, símbolo del anhelo de los hombres en busca del eterno «más allá»; en prosecución del progreso y de la perfección.

También Juan Antonio penetró en el templo; había acompañado al entierro desde la casa mortuoria, y desalentado, viendo que todos le miraban y cuchicheaban entre sí, determinó quedarse solo con su dolor y subir a la esbelta torre para desde allí contemplar el cortejo fúnebre de sus ilusiones.

Pero antes, apoyado en una de las columnas de la nave central, vió cómo los hombres cogían de nuevo el féretro y se encaminaban, con paso medurado, al cementerio.

Y oyó también aquellos rezos monótonos, ejecutados mecánicamente, sin fe, por los curas, que ponían en aquellas plegarias menos alma que la que pone en su pregón un vendedor ambulante.

Las lágrimas volvieron a mojar las mejis-

llas del infortunado, y los sollozos histéricos se repitieron mientras subía a toda prisa la escalera de caracol que daba acceso a la torre.

El campanero, al verle, no se atrevió a decirle nada; le conocía. A más, él le dijo:

—Vengo a ver el entierro.

Y el otro no supo contestar sino encogiéndose de hombros.

—Bueno—dijo.

Juan Antonio, asomado a uno de los balcones, vió marchar la comitiva hacia el Camposanto, lentamente. Delante, y llevada por cuatro hombres vestidos de negro, iba Elvira, metida en su caja blanca, ceñida la cabeza con la corona de las vírgenes. Detrás seguía el acompañamiento, que caminaba con aire de aflicción en señal de dolor oficial. Las mujeres salían a las puertas y ventanas y subíanse sobre las sillas empinándose para ver mejor. Algunas lloraban, otras murmuraban palabras piadosas dando el último adiós a la que había muerto sin haber saboreado los placeres de la vida...

Las puertas del cementerio abriéronse de par en par, para dar paso al nuevo visitante. En la capilla rezaron el último responso, y el cortejo se deshizo, después de acompañar a la difunta hasta el lugar a donde había de ser sepultada.

Juan Antonio, inmóvil, lo veía todo, y sentía como un desgarramiento de su alma... Alocado, preguntábase el motivo de todo aquello, sin acertar a darse una contestación categórica. La fuerza del dolor parecía anestesiarle.

Empezó a recobrar el sentido de la realidad y se acordó de los sufrimientos de Elvira, de su amor inmenso que la había matado... Creyó ver bocas abiertas, espantosas y endemoniadas, pronunciando palabras misteriosas e incoherentes que acababan por formar calumnias...

Y sintiendo indignación, asco moral, retorcimientos irritantes de nervios... crispadas las manos, los ojos extremadamente abiertos, la cabeza enloquecida por el dolor, y el corazón oprimido con brutalidad, se abalanzó a uno de los anchos balcones de la torre, saltó resuelto la barandilla y, ya en la balaustrada, miró por última vez al cielo con expresión singular, y se lanzó al vacío, yendo a estrellarse contra los pedruscos de la plaza.

Tan rápida fué la acción, que el campanero no pudo darse cuenta de ella, y cuando al bajar del campanario quiso avisarle, creyó que se había marchado, escaleras abajo, sin despedirse.

Después se verificó el levantamiento del cadáver y fué llevado al depósito del cementerio.

... ..
... ..

*
* *

La sensación producida por aquel suicidio fué horripilante, la más espantosa que recordaban haber recibido aquellos aldeanos.

Don Manuel se negó a dar su consentimiento para que lo enterrasen en sagrado; era un hombre de mala conducta; había pasado muchos años sin confesarse, y la primera vez que se le ocurrió entrar en la iglesia fué para tirarse desde la torre.

Como no había otro remedio, el alcalde mandó hacer un hoyo detrás de la tapia del cementerio y allí sepultaron a Juan Antonio sin ninguna ceremonia.

Hasta los sacerdotes del lugar olvidaron en

aquella ocasión que una de las obras de misericordia es la de enterrar a los muertos.

Cuando los tíos de Elvira se enteraron del suceso, doña Crescencia puso la cara más cómica y triste del mundo, exclamando en un suspiro:

—¡Pobrecillo! ¡Estaba loco! ¡¡Dios le haya perdonado!!

F I N



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

OBRAS EN VENTA

MIQUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

El Celoso Extremeño Un tomo 0'75 ptas.

Como todo lo que brotó de la pluma del manco de Lepanto esta novelita merece ser releída por todos los amantes de nuestra literatura clásica.

C. COSTI LASSO DE LA VEGA

El último Jesuita Un tomo 2 ptas.

Novela histórica basada en la expulsión de los jesuitas en la época de Carlos III, llena de episodios reales e interesantes.

RAMÓN SARMIENTO

La gran Araña Un tomo 2 ptas.

Es la historia íntima y escabrosa del jesuitismo contada por uno de sus miembros.

SEBASTIÁN GOMILA

Tití Un tomo 2 ptas.

Trátase de una hermosa producción literaria que como todo lo brotado de la pluma de tan eximio publicista y literato, cautiva por su donaire y buen decir.

R. CAMPOAMOR

Los pequeños poemas. Un tomo 0'75 ptas.

Dada la fama mundial del autor de «Las Doloras» omitimos todo juicio sobre el libro que ofrecemos a público.

W. KORENKO

El músico ciego Un tomo 0'75 ptas.

Novela pasional instructiva a la vez que amena, traducida con esmero, de abundante lectura y espíritu moral.

EMILIO ZOLA

La calda del Abate Mouret Dos tomos 4 pts.

Esta obra forma parte de las famosas que constituyen la colección de los «Rougon Maquart» y sin duda la más hermosa del eminente escritor.



Biblioteca Tragi - Romántica

- IBO ALFARO.—El paraíso de las mujeres
I. Á. El infierno de los hombres
» El purgatorio de las solteras
» Su Majestad el Amor
» Por qué se casan los hombres
» Por qué se casan las mujeres
» Por qué reinciden las viudas
» Por qué pecan las mujeres
» Por qué murmuran las viejas
» Las hijas del champagne
» ¡Viva mi novia!!
» Amor y martirio
» Pasionarias de amor
» Arte de buscar marido
» El novio prestado
» La corte del amor
» Las Evas modernas
» La princesa del dólar
» Malditos sean los celos
» El alma en un beso
» Calvario de amor
» La hiel en los labios
-

CONCESIONARIO DE VENTA:

FILMS SELECTOS

Vergara, 3.—BARCELONA

L. A.

OT

IR

IT

ER

MA

TR

XR

OR

OM

AM

IT

MA

TR

ER

OM

AM